

GIANRICO CAROFIGLIO

*Las tres
de la mañana*



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada

Nota del autor

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

Epílogo

Notas

Créditos

NOTA DEL AUTOR

Este libro y sus personajes (salvo uno) son pura ficción. La trama, sin embargo, está inspirada en hechos reales. Doy las gracias a quien me los contó.

Acabo de cumplir cincuenta y un años, la edad que entonces tenía mi padre. He pensado que podría ser un buen momento para escribir sobre aquellos dos días y sus noches.

Si papá viviera, ahora tendría ochenta y cuatro años. No me resulta fácil imaginármelo tan mayor. La verdad es que, por mucho que lo intento, no lo consigo.

Mamá tiene ochenta y un años y es una mujer fuerte y muy guapa. Cuando era joven decían que se parecía a Antonella Lualdi. El único indicio de que ella también envejece es que, cada vez con mayor frecuencia, se pone a contar historias del pasado. En casi todas aparecen mi padre y ella de jóvenes.

Marianne tenía treinta y siete años y los tendrá siempre. No sé nada de ella, ni siquiera si aún vive. Lo único que sé es que vivía en la rue du Refuge en el viejo barrio del Panier, en Marsella.

Yo aún no había cumplido los dieciocho. Los cumpliría pocas semanas más tarde, el 30 de junio de 1983.

No sabría decir cuándo empezó todo. Yo tendría unos siete años, o quizás alguno más, no me acuerdo bien. De pequeño uno no tiene claro lo que es normal y lo que no lo es.

Pensándolo bien tampoco lo tienes claro cuando eres adulto. Pero esto es una digresión y, en la medida de lo posible, querría evitar las digresiones.

El caso es que más o menos una vez al mes me sucedía una cosa extraña e incluso un poco agobiante. Sin previo aviso y sin que hubiera ocurrido nada especial, me invadía una sensación de ausencia, de distanciamiento de lo que me rodeaba, acompañada de una sorprendente intensificación de los sentidos.

Normalmente somos nosotros quienes seleccionamos los estímulos provenientes del mundo exterior. Estamos rodeados de sonidos, de olores y de todo tipo de entes visibles. Pero no somos objetivos, no oímos todo lo que choca en nuestros tímpanos, no percibimos todo lo que llega a nuestras fosas nasales ni vemos todo lo que impacta en nuestras retinas. El cerebro decide qué percepciones trasladar a la conciencia y qué información registrar.

Lo demás se queda fuera, excluido y sin embargo muy presente. Al acecho, podría decir.

Dejad de leer un momento y concentraos en los ruidos que os rodean y de los cuales no erais conscientes hace apenas unos segundos. Aunque estéis en una habitación silenciosa, seguro que percibís un motor a lo lejos, un crujido, un zumbido; voces más o menos cercanas cuyas palabras no lográis comprender, pero que existen. Y seréis conscientes también de los movimientos, de las vibraciones que produce vuestro cuerpo: la respiración, el latido del corazón o el gorgoteo del aparato digestivo.

Puede que no sea una sensación placentera, os aseguro que para mí no lo era. De repente mi cerebro dejaba de ser selectivo y permitía que entrase de todo. A este fenómeno correspondía una supresión temporal de la capacidad de interaccionar con los demás: con tantos estímulos era imposible. Durante algunos minutos no conseguía hablar y me quedaba ahí sentado, en cualquier parte, como si estuviera borracho.

Me pasé años sin hablar de ello con nadie. Pensaba que era algo propio de mi carácter y además no habría sabido cómo explicarlo. Carecía de las palabras necesarias para contar una experiencia de ese tipo.

Un día me sucedió en casa de un compañero de clase. Ernesto, el hijo de un oficial de los *carabinieri* que vivía en un enorme pabellón de servicio. Estábamos jugando al fútbolín en el comedor de la casa después de habernos comido –a saber por qué me acuerdo aún de este detalle unos tofes.

Su madre estaba sentada en una butaca, puede que haciendo punto.

Yo atacando y a punto de tirar a puerta desde una posición muy ventajosa, pero no lo hice. De pronto, y con una violencia que nunca había experimentado, fui azotado por una enorme cacofonía que me arrolló como un torrente cargado de desechos. El impacto fue tan potente que por algunos instantes perdí el conocimiento.

Me desperté en la butaca que antes ocupaba la madre de Ernesto. Ahora, inclinada hacia mí, me acariciaba la cara y me hablaba con tono preocupado.

–Antonio, Antonio, ¿cómo te sientes?

–Bien –respondí nada convencido.

–¿Qué te ha pasado?

–¿Qué me ha pasado?

–No hablabas y parecía que tampoco oías. Luego te desmayaste.

El estruendo había pasado pero yo todavía me sentía confuso y no conseguía decir una palabra. Así que la mamá de Ernesto llamó a mi madre y le contó lo ocurrido. Al llegar a casa fui sometido a un nuevo interrogatorio.

–¿Qué te ha pasado, Antonio?

–No lo sé. Bueno, sí, nada nuevo.

–La madre de Ernesto dice que te hablaban y tú no respondías, como si estuvieras inconsciente o te hubieras quedado dormido.

–A veces me pasa...

–¿Qué es lo que te pasa?

Hice el esfuerzo de describir lo que de vez en cuando me ocurría, y que esa tarde se había manifestado de forma mucho más violenta.

La sensación de que alguien estuviera tocando un tambor en mi pecho. La respiración, tan presente, como para convencerme de que si me distraía y dejaba de pensar en respirar, moriría asfixiado.

Los sonidos más comunes se transformaban en una insoportable algarabía.

Y luego, con cierta frecuencia, me sucedía también otra cosa: la impresión de haber vivido ya el momento que estaba viviendo. Tiempo después me explicaron que se llamaba *déjà-vu* y que era un fenómeno relativamente normal. Pero entonces yo no lo sabía y en ocasiones me parecía estar viviendo en un mundo fantasmagórico.

Mi madre llamó a mi padre y media hora después ya estaba allí con nosotros. Eso me hizo pensar que el problema era bastante serio y que quizás yo había infravalorado los síntomas. Mis padres se separaron cuando yo tenía nueve años, y desde entonces papá entraba en casa de mamá –que antes era también su casa– poquísimas veces, y nunca de noche. Cuando yo iba a su casa, él venía a recogerme, me esperaba abajo, yo subía al coche y nos íbamos.

Volvió a hacerme las mismas preguntas, a las que yo di, creo, las mismas respuestas. Después llamaron al doctor Placidi, nuestro médico de familia. Era un anciano, un hombre simpático con un enorme bigote blanco, las venitas de la nariz rotas y un olor dulzón en el aliento que solo con los años he sido capaz de identificar. Quién sabe si mis padres eran conscientes del hecho de que su médico de confianza no era precisamente abstemio.

Vino a casa, me examinó y sobre todo me hizo un montón de preguntas. ¿Tenía convulsiones? Me explicó lo que eran y yo le dije que no, que no las había tenido nunca. ¿Tenía alucinaciones de colores o momentos de completa oscuridad? No, tampoco.

Eran solo esas sobrecargas sensoriales durante las que yo, sin embargo, seguía estando presente y podía orientarme aunque con dificultad.

Aquella tarde en casa de Ernesto todo fue mucho más intenso, aunque en el fondo no era tan diferente a cuando en el colegio me distraía, no escuchaba lo que decían los profesores y me ponía a fantasear.

–¿Sueles distraerte en el colegio? –preguntó el médico.

–A veces.

–¿Cómo si no oyeras lo que dicen los profesores?

Miré un instante a mis padres. No estaba seguro de tener que compartir con ellos ese tipo de información, pero luego decidí que había que colaborar con el médico y asentí. Él sonrió en señal de aprobación como si hubiera dado la respuesta correcta. El olor de su aliento era más fuerte de lo habitual.

Me hizo hacer unos ejercicios extraños. Tenía que estar en equilibrio sobre una pierna; cerrar los ojos y tocarme la punta de la nariz, primero con el índice derecho y después con el izquierdo, o apretar con fuerza su dedo pulgar con mi puño.

–Nada de que preocuparse –dijo al final dirigiéndose a mi padre–. Es un trastorno neurovegetativo normal, les pasa a los chavales de su edad, sobre todo a los más sensibles. Con la adolescencia el fenómeno desaparecerá.

Después se dirigió a mí y añadió:

–Tu cerebro tiene una hiperactividad eléctrica, lo cual es un signo de inteligencia.

Digamos que el diagnóstico era más bien vago. Trastorno neurovegetativo quiere decir todo y nada a la vez. Como si uno fuera al médico porque le duele la cabeza y tras la consulta oyera decir que lo que tiene es dolor de cabeza.

No obstante, el doctor Placidi tenía un aspecto tranquilizador y un modo de hablar tranquilizador –aparte de su aliento–, y de hecho mis padres se tranquilizaron. Recuperamos nuestra vida cotidiana y el episodio de aquella tarde se olvidó enseguida.

Los años pasaron sin mayor sobresalto.

A pesar del diagnóstico, más bien aproximado, la previsión del médico estaba resultando bastante exacta.

Ahora ya no me ocurría más de una vez al mes y las sensaciones eran cada vez más tenues, más difusas. Lo único que todavía me inquietaba era el *déjà-vu*, con su halo de fenómeno casi sobrenatural.

Pero bueno, era cosa de pocos segundos, así que estaba decidido a archivarlo todo como cuando vacías el armario y las cajas de tu habitación de niño y guardas para siempre los cuadernos de cuadrícula, los cuentos, las batas de rayas de preescolar o las cajas de soldaditos, animalitos y cochecitos.

Cursaba primero de bachillerato y acababa de llegar a casa del instituto. Mi madre también había regresado de la universidad y estaba preparando algo de comer o hablando por teléfono. No sé.

Yo estaba en mi habitación, en la mecedora, leyendo un tebeo de *Tex*.

En un momento dado las persianas vibraron –debido al viento, creo– y el ruido fue tal que pensé en un terremoto. Me incorporé con mucha cautela y fui envestido por la potencia de los sonidos. La televisión de la habitación de al lado, una moto que pasaba por la calle, el corazón que se me salía del pecho, la respiración forzada como en algunos documentales del mundo submarino o ciertas películas de suspense, incluso los torpes pasos que conseguía dar.

Tenía una colcha azul clara, casi celeste. De repente aquel color tenue y relajante se volvió amenazador, cobró vida, se abalanzó sobre mí como un ente psicodélico y me atravesó con una violencia descomunal. Acto seguido, la misma colcha emitió un destello de luz, una especie de arco iris, primero celeste, luego azul, amarillo y de otros colores, hasta convertirse en un blanco cegador que se iba transformando en una serie de estelas luminosas, que se entrecruzaban, se unían, se descomponían y se multiplicaban, ocupando poco a poco todo mi campo visual.

El estruendo se hizo atronador. Me tapé los oídos con las manos e intenté pedir ayuda. No sé si lo conseguí, eso es lo último que recuerdo.

Muchos años después, mi madre me contó que me había encontrado tendido en el suelo, sacudido por convulsiones, con los ojos en blanco e inconsciente.

En mi película la escena posterior al desmayo es un plano subjetivo tomado desde la cama de un hospital en una habitación con muebles color leche condensada.

Había gente a mi alrededor pero en ese preciso instante nadie me miraba. Estaba mi madre, mi padre y otros hombres con bata blanca. Hablaban entre ellos en voz baja, hasta que uno se dio cuenta de que me había despertado.

Mis padres se acercaron a mí.

–Antonio, ¿cómo te sientes? –dijo mi madre cogiéndome de la mano y acariciándome la frente. Un gesto inusual que, no sabía bien por qué motivo, hizo que me echara a llorar.

–¿Qué ha pasado? –pregunté al cabo de unos segundos.

–Te has... te has sentido mal, te ha dado un mareo muy fuerte... –El tono era extraño. Mamá

hablaba siempre de modo claro y contundente, con frases perfectas, como extraídas de un guión bien escrito. Esa vez no.

–Te has sentido mal –confirmó mi padre–, pero no debes preocuparte, ya estamos en el hospital. Los médicos te van a hacer algunas pruebas y enseguida te llevaremos a casa.

Incluso en el estado de entumecimiento en el que me hallaba –sedado con Valium– me resultó clarísima la discordancia entre las palabras tranquilizadoras de mi padre y la expresión de su cara. Parecía un chaval que de buenas a primeras se había enterado de la verdadera naturaleza del mundo y de sus peligros mortales.

Uno de los hombres de bata se situó a su lado. Tenía la piel oscura, una sombra de barba negra que le cubría la cara hasta más arriba de los pómulos y un pelo que le nacía casi de las cejas. Me preguntó cómo me sentía, qué había sentido antes de perder el conocimiento y otras cosas que no me resultaron del todo claras.

Yo tenía sueño, era como si me hubiera despertado un instante para ver lo que pasaba a mi alrededor y deseara volverme a dormir de inmediato.

De los días sucesivos, conservo un oscuro recuerdo.

Lo que tengo claro es que no fue como había prometido mi padre. No me llevaron a casa enseguida. Tuve que quedarme en el hospital bastante tiempo, más de una semana.

En aquellos días el tiempo perdió consistencia. Mañana, tarde y noche se confundían entre una profunda somnolencia y un sueño inquieto, con hombres y mujeres vestidos de blanco que cada poco venían a visitarme, a sacarme sangre, a ponerme inyecciones y a suministrarme todo tipo de pastillas y gotas.

Otras veces me llevaban a una sala llena de aparatos de aspecto anticuado y pavoroso; allí me pegaban electrodos en la cabeza, me obligaban a hacer ejercicios de equilibrio y examinaban con cara de aburrimiento los resultados que salían de la impresora.

De vuelta en la habitación, me tiraba en la cama y allí me quedaba vegetando, sin levantarme para nada. No me apetecía hacer nada, ni siquiera leer los libros y los tebeos que me traían mis padres u otros parientes que venían a visitarme, compungidos, fingiendo desenvoltura. Compartía habitación con otro chico que estaba peor que yo. Él tampoco se movía de la cama, tenía un gotero intravenoso en el brazo y parecía totalmente ausente. Solo venía a verlo su madre, una mujer precozmente envejecida, de aspecto sombrío y cuya mirada traslucía, a veces, destellos de un profundo rencor.

Tuve dos crisis más, aunque mucho menos fuertes, y así fue como me enteré del nombre de mi enfermedad. Epilepsia idiopática. Es decir, una epilepsia de origen desconocido por los médicos. Como mucho eran capaces de formular conjeturas, más o menos sensatas. *Quizás* mi epilepsia dependía de un trauma sufrido durante el parto, o *quizás* las razones eran otras y *quizás* no llegaríamos nunca a conocerlas.

El caso es que basándose en estas inquietantes premisas los médicos elaboraron un complejo plan terapéutico y tomaron la decisión de darme el alta.

Lo peor estaba por venir.

En mi memoria hay una continuidad sin matices entre los días en el hospital, en cama, sin energía, sin ganas de hacer nada, y los días en casa, en cama, sin energía, sin ganas de hacer nada.

Cuando me dieron el alta los médicos de Neurología nos entregaron algunos papeles con recetas. Tenía que tomar cuatro comprimidos al día –el antiepiléptico, las vitaminas, otro antiepiléptico y un cuarto fármaco–, cada uno a una hora diferente; algo que ya de por sí me complicaba la vida.

Pero el auténtico problema no residía en las medicinas. Uno de esos papeles contenía algunas reglas de comportamiento a las que debía atenerme rigurosamente. Eran bien diversas y –considerándolo a posteriori– un tanto absurdas.

Evitar los lugares llenos de gente, y en especial «aquellos con elevados niveles de sonoridad»; abstenerse de practicar deportes de contacto, incluido el fútbol; acostarse temprano, dormir nueve horas, evitar el café y cualquier otro tipo de alcaloide o excitante; y hacer vida normal.

Asimismo, no podía ingerir bebidas con gas, agua mineral incluida.

Bebidas con gas. Su consumo –así se lo había explicado el jefe de planta a mis padres, perplejos con la premisa científica de tan extravagante precepto– podía activar no sé qué tipo de reacción, y esta, a su vez, podía provocar una nueva crisis epiléptica.

En efecto. El verdadero problema residía en esas palabras, lo mal que sonaban, el vergonzoso olor que desprendían.

Crisis epiléptica. Epilepsia. Sujeto epiléptico.

Era un epiléptico. Condición inconfesable que de algún modo evocaba la enfermedad mental y que era mejor mantener oculta.

Lo había intuido durante mi estancia en el hospital y lo tuve aún más claro a la hora de volver al instituto, cuando mi madre me soltó un discurso muy poco claro.

–Así que mañana vuelves al cole. Estarás contento, ¿no?

No especialmente. Me sentía apático, lo veía todo gris. Me encogí de hombros, poco convencido. No se lo estaba poniendo fácil.

–Te acompaño yo –continuó– y de paso les enseño el certificado médico, para que sepan que todo está bien.

¿Todo bien?

–En el certificado consta que has tenido una conmoción cerebral a causa de una caída, que te ingresaron para hacerte pruebas y que ahora ya estás bien. –La suya era una afirmación, pero el tono era poco firme, casi interrogativo, como si estuviera formulando una hipótesis o un plan de trabajo y necesitara mi aprobación–. Como ha dicho el doctor esta... tu *condición* podría resolverse, y de hecho se resolverá, dentro de pocos años, tomando las medicinas y haciendo todo lo demás. No es imprescindible contar con pelos y señales lo que has tenido.

Me miró para saber si la estaba entendiendo. La estaba entendiendo. Mi madre había definido mi primera y oscura percepción: tenía una enfermedad embarazosa de la que sería mucho mejor no hablar.

–Los niños, y a decir verdad también los adultos, pueden ser muy estúpidos. Te etiquetan por el

solo hecho de haber tenido cierto tipo de problemas. Así que cuando te pregunten por qué has faltado a clase, di que has tropezado en casa, que te has golpeado en la cabeza y que te han ingresado para comprobar que no hubiera más daños, y que ya está todo bien. ¿Vale?

Pronunció las últimas frases de un tirón, como si se estuviera liberando de una obligación engorrosa e incómoda. Estaba saltándose uno de los fundamentos de su propia identidad: decir siempre la verdad.

–Vale –dije sin más comentario.

Me volvió a mirar. La conversación no había terminado.

–Antonio...

–¿Sí?

–No juegues al fútbol durante algún tiempo, no te canses, relájate. El médico ha dicho que probablemente lo que te ha pasado no volverá a ocurrirte, pero hay que evitar crear las condiciones que puedan activar... el problema. Hay que tener un poco de paciencia; dentro de pocos meses tienes la revisión y estoy segura de que te dirán que puedes volver a hacer lo que quieras.

–¿Cuánto tiempo?

–Ahora no te lo sé decir con exactitud... –suspiró.

No estaba acostumbrada a no saber cómo comportarse. Creo que mi enfermedad le producía una sensación de fragilidad desconocida que no podía tolerar.

–Dentro de unos meses tienes la revisión y allí veremos –prosiguió con un gesto de la mano abierta que pretendía ser concluyente pero que solo delataba frustración.

Después me repitió la serie de normas de comportamiento.

Entre ellas, la más humillante era tener que renunciar a los partidos de fútbol a la salida del instituto y a la consiguiente lata de gaseosa en el kiosco del parque.

Me sentí inválido y distinto. La cuestión era desagradablemente simple: estaba enfermo, padecía una enfermedad que había que guardar en secreto. Mi vida iba a cambiar, es más, iba a empeorar.

–Todo va a salir bien, no hay nada de que preocuparse –concluyó mamá, poniendo en práctica, igual que había hecho mi padre en el hospital, un perfecto ejemplo de disonancia cognitiva: sus palabras decían una cosa y la expresión de su rostro decía otra muy diferente.

Pero no todo salió bien, como era de prever.

Me eximieron de la clase de educación física, lo que no contribuyó a mi resocialización. No sé si mis compañeros se tragaron la historia de la caída en casa o si alguno pensó que lo que tenía era un *problema de salud* que iba más allá de las simples secuelas de una contusión. Lo cierto es que me sentía observado.

Es posible que se tratara de la típica paranoia de quien se halla en ese tipo de situaciones, pero a mí me parecía que los otros niños, los profesores e incluso los bedeles me trataban con una cautela deliberada, excesiva y casi ofensiva. Cuando pasaba por delante de un grupito de compañeros de clase, me daba la impresión de que de pronto todos dejaban de hablar intercambiándose miraditas de compasión y complicidad.

Muy pronto empecé a sentirme un paria, además de un inválido. Por la mañana, alentado por mamá, iba al instituto, pero el resto del día me quedaba en casa. No podía jugar al fútbol y no tenía ganas de dar explicaciones o contar mentiras a mis amigos. Así que me pasaba las tardes solo, tirado en el sofá zapeando y engullendo todo lo que encontraba en la nevera o en la despensa y dejándome llevar por siniestras elucubraciones sobre un mundo dominado por la predestinación, la enfermedad y la muerte.

Me apasioné por la lectura muy pronto. Ya con ocho años era mi pasatiempo preferido y, desde ese punto de vista, vivía en unas condiciones privilegiadas porque en mi casa había libros de todo tipo, enciclopedias varias y todas las obras de Salgari, Dumas, Conan Doyle, además de una rica colección de Maigret.

Después de la crisis y la hospitalización dejé de leer. Como mucho hojeaba distraídamente algún viejo álbum o tebeo, despatarrado en el mismo sofá desde el que veía la televisión, pero los libros no me apetecían para nada; si me ponía a pensarlo no entendía cómo antes me habían podido gustar tanto. Era como si no hubiera abierto uno en toda mi vida.

Es difícil determinar si esa apatía dependía de los fármacos o de mi absoluta simbiosis con la enfermedad. Era muy probable que dependiera de las dos cosas, lo cierto es que cuanto más tiempo pasaba, más empeoraba la situación.

No entendía cómo mis padres no se daban cuenta.

Un día de febrero mi padre vino a casa. Saludó a mamá con esa cortesía habitual que tanto me irritaba. Me preguntaba por qué motivo mi madre, a quien por lo visto mi padre había dejado, no guardaba ni manifestaba ningún sano resentimiento.

—El lunes que viene vamos a Marsella —dijo papá sin preámbulo alguno. Mi madre escuchaba en silencio, sin duda concedora ya del asunto.

—¿Adónde? —pregunté yo.

—A Marsella, en Francia.

—¿Y por qué tenemos que ir allí?

Tanto él como mi madre se habían dado cuenta de que la terapia que estaba siguiendo no funcionaba adecuadamente. Tenían algunas dudas sobre la cantidad y la dosis de los fármacos y sobre lo extravagante de algunas normas de comportamiento. Se habían dado cuenta de que yo no

estaba bien –brillante observación, estuve a punto de decirles con la poca agresividad adolescente que me quedaba– y que por eso creían que era necesaria la opinión de otro médico para comprobar si el tratamiento era el adecuado o si había que modificarlo.

Así que habían empezado a informarse sobre quiénes eran los mejores especialistas de *ese trastorno* –no creo que mis padres hayan pronunciado jamás la palabra «epilepsia» en mi presencia– tanto en Italia como en el extranjero. Indagando, habían descubierto que el mayor experto en *ese trastorno*, en niños y adolescentes, era un tal profesor Henri Gastaut de Marsella.

La lista de espera para poder consultar a esa eminencia era larguísima. Aun así, mi padre llamó a la secretaria para preguntarle si había algún modo de adelantar la fecha que le había dado. Resultó que casualmente un paciente había cancelado su cita y habría un hueco cuatro días más tarde. ¿Podríamos organizarnos con tan poca antelación? Sí que podíamos, respondió mi padre. Y así fue –billetes de tren, cambio de moneda, reserva de hotel–, y ahora él estaba ahí para comunicarme que nos íbamos a Francia los tres juntos.

Tuve el impulso de responder que no quería ir a Marsella, que había leído u oído en la televisión que era un lugar peligroso. Solo por contradecirle. Me molestaba que lo hubiera decidido todo a mis espaldas; o quizás la idea de viajar con mis padres, tanto tiempo separados, me transmitía una melancolía inconfesable.

En cambio me limité a resoplar en señal de protesta y cuatro días más tarde estábamos en Marsella.

La ciudad me pareció inhóspita y gris, debido a la estación y a la incesante lluvia. El mar estaba por alguna parte aunque yo no recuerdo haberlo visto. En realidad, en aquellos días no vi nada: del hotel al hospital y del hospital al hotel.

El Hôtel de Provence tenía moqueta en las habitaciones y un olor vagamente metálico, a hierro fundido. No tengo otros recuerdos de ese lugar, excepto el hecho de que mi madre ocupaba una habitación individual, y yo y mi padre dormíamos en una doble. Se comportaban como dos conocidos amables y distantes.

Una situación incómoda y triste que me hacía desear ser ya adulto y estar sano, solo y lejos de allí.

El Centre Saint-Paul para la cura de la epilepsia era un edificio enorme y moderno, más bien anónimo, situado en un lugar impreciso fuera del centro. Llegamos en taxi: mi padre a un lado, mi madre al otro y yo en medio.

A diferencia del hospital donde me habían ingresado después de la crisis, en el Saint-Paul todo funcionaba bien, se respiraba un aire de serena eficiencia. Me parecía estar en otro mundo y, teniendo en cuenta la modernidad de los aparatos, incluso en otra época.

Fuimos recibidos por un joven médico colaborador de Gastaut que se ocupó de las pruebas preliminares. El profesor pasaría a examinarme después de esos controles y una vez completada la documentación, les dijo a mis padres, que hablaban francés con total desenvoltura. Me detuve a pensar que yo jamás podría expresarme con tal naturalidad en una lengua distinta al italiano.

En los dos días siguientes me hicieron –y me hicieron hacer– de todo. El recuerdo es confuso y las imágenes se amontonan. Electrodo en la cabeza, camillas, ordenadores, diagramas, radiografías y cosas por el estilo; artilugios futuristas entre los cuales uno que te disparaba a los ojos imágenes de colores una tras otra como una especie de delirio psicodélico.

Conservo el recuerdo de muchos médicos, de miles de enfermeros y sobre todo de muchos niños y adolescentes en las salas de espera de los diferentes consultorios. Unos llevaban casco, a otros les faltaba algún diente, otros estaban llenos de vistosos moratones o tenían la cabeza vendada.

Era un espectáculo inquietante. Me explicaron que todo eso dependía de las crisis frecuentes y violentas propias de las manifestaciones más graves de la epilepsia. Aquellos chicos perdían el conocimiento, se caían de improviso y se rompían los dientes o la cabeza.

Observándolos –y vi a muchos durante mis tres días en el Saint-Paul– experimentaba dos sensaciones contradictorias, casi opuestas. Por una parte, me consideraba afortunado: las cosas podrían haber sido mucho peores. En el fondo yo me había desmayado una sola vez y no me tocaba andar por ahí con una de esas muecas desdentadas y un poco aterradoras.

Por otra parte, me invadió el temor de no estar a salvo, de que corría el riesgo de sufrir un empeoramiento y de verme metido en ese agujero infernal en que se hallaban esos coetáneos míos inválidos y tan infelices.

Llegó el momento de ver al profesor Gastaut.

La puerta de su consulta se abrió a las once en punto, es decir, a la hora a la que había fijado la cita. Lo primero que pensé cuando lo tuve enfrente fue que parecía un actor, un tipo a lo Michel Piccoli, para entendernos.

Transmitía una sensación de firmeza alegre y un poco socarrona. Tenía una barba espesa y bien cuidada, cejas pobladas y unos ojos oscuros y vivaces, de esos que andan siempre al borde de la risa y la furia.

Hojeó todo mi historial médico, deteniéndose en algún que otro documento. En un momento

dado, y poniendo cara de entre divertido y enfadado, masculló algo relacionado con las *bebidas con gas*.

Finalmente levantó la mirada y me sonrió.

–¿Hay algo en particular que te guste hacer, Antonio? ¿Música, dibujo, algo que se te dé especialmente bien? –Hablaban un buen italiano y parecía contento, incluso orgulloso, de poder demostrarlo.

La pregunta me pilló desprevenido.

–Me gusta dibujar –respondí diez segundos más tarde.

–¿Serías capaz de hacerme un retrato? Aunque sea un simple esbozo.

–Sí..., supongo que sí.

Me dio un bloc de dibujo y un par de lápices y, tal y como me había pedido, me puse a hacerle el retrato ante la mirada atónita de mis padres.

Lo terminé y le entregué el folio. Lo observó asintiendo. No sé si asentía porque le gustaba el dibujo o porque el hecho de que yo supiera dibujar de algún modo confirmaba su propia teoría.

–Hay muchos tipos de epilepsia –declaró–. La de Antonio no es grave y el pronóstico, por suerte, es favorable. En pocos años podría dejar la medicación.

Siguió explicándonos que en medicina nunca hay certezas absolutas, pero que en este caso se podría ser razonablemente optimista. No era posible establecer cuál era la causa de mi patología, que, en efecto, era una clásica epilepsia idiopática, aunque posiblemente dependiera de un trauma en el momento del parto. Había que redefinir y sobre todo simplificar la terapia. En lugar de las cuatro pastillas diarias que tomaba desde hacía meses iba a tomar una sola. En cuanto a las precauciones, quizás fuera mejor evitar el boxeo, el rugby y la lucha grecorromana, pero por lo demás era libre de hacer lo que me diera la gana, incluso podía jugar al fútbol. Nos volveríamos a ver dentro de tres años y entonces, con toda probabilidad, el asunto de mi trastorno sería archivado.

Escuchamos todo lo que dijo cada vez más aliviados. Mis padres tenían la expresión de dos imputados que acaban de oír una sentencia absolutoria y yo también estaba muy contento de oír lo que decía. Pero había algo que Gastaut no dijo y que en cambio yo quería saber.

–¿Por qué me ha pedido que dibujara? –le pregunté cuando tuve claro que quería que se lo preguntara.

Él sonrió como si se tratase de un pequeño juego.

–Llevo muchos años estudiando la posibilidad de una conexión entre epilepsia y talento, concretamente el artístico. He escrito varios artículos sobre el tema. Y entre otras cosas he descubierto que muchos grandes personajes eran epilépticos.

–¿Quién era epiléptico? –le pregunté, dándome cuenta de que era la primera vez que *conseguía* pronunciar esa palabra.

–Pues por ejemplo lo eran Aristóteles, Pascal, Edgar Allan Poe, Fiódor Dostoievski, Georg Friedrich Haendel, Julio César, Gustave Flaubert, Guy de Maupassant, Hector Berlioz, Isaac Newton, Molière, Lev Tolstói, Leonardo da Vinci, Ludwig van Beethoven, Miguel Ángel, Sócrates y Vincent Van Gogh.

Procesé la información.

Es curioso como una misma cosa, exactamente la misma, nos puede afectar de modo tan diferente dependiendo de cómo la veamos, del contexto mental en el que la situemos.

La epilepsia, desde el momento en que me la diagnosticaron, fue para mí un estigma de inferioridad y una marca de deshonor que ocultar. Mi mundo interior experimentó un giro de ciento

ochenta grados tras oír el elenco de genios que, según Gastaut, habían tenido un problema análogo al mío. Por la misma razón material, pasé de sentirme un paria a sentirme un elegido, miembro de una categoría especial de seres superiores.

–Fírmame tu dibujo, por favor –dijo Gastaut, con un tono casi formal. Yo lo firmé pareciéndome la cosa más natural del mundo, como si estuviera firmando el contrato regulador de mi nueva vida, que empezaba en aquel mismo instante.

Se incorporó, nos dio la mano y acompañándonos a la puerta nos repitió que volveríamos a vernos en tres años.

–Ah, Antonio –dijo con la mano en el pomo.

–¿Sí?

–Puedes tomarlas.

–¿El qué?

–Las bebidas con gas.

Con esa medicación tan poco agresiva y la sensación de normalidad que el diagnóstico de Gastaut me había devuelto, la vida recuperó su ritmo habitual.

La depresión paulatina en la que me había sumido después de la hospitalización se me pasó de un día para otro. Volví a hacer todo lo que hacía antes, incluso jugar al fútbol y beber gaseosa. En fin, que volví a ser uno más entre los chicos de mi edad, aunque a la vez deseara ser muy distinto a ellos. Una esquizofrenia propia de casi todos los adolescentes. Hacer lo posible para ser igual a los demás y soñar con ser diferente.

También retomé la lectura.

Esos tres años fueron lentos, casi inmóviles: una especie de eterno presente, un período esquivo lleno de fantasías y no de eventos memorables.

El hecho es que en lugar de vivir las experiencias las imaginaba. En el futuro mágico de mis sueños escribía libros, dibujaba tebeos, me inventaba dibujos animados con personajes que después se hacían famosos y amados por el público, como los de Disney o de Marvel.

Me imaginaba una existencia etérea y maravillosa, llena de viajes por todo el mundo, de aventuras y de citas románticas con chicas bellas e interesantes.

La vida real, en cambio, era algo más aburrida. Me encantaría poder decir que mi adolescencia estuvo llena de episodios inolvidables, pero por desgracia no fue así.

Los recuerdos más emocionantes de ese período son los anhelos que tenía y los momentos en que los tenía: durante un paseo; tumbado en la cama escuchando música; sentado en las escaleras en el patio del instituto durante la huelga que hicimos en primero.

Sin embargo, muy pocos fueron los *hechos*.

Tuve una historia con Mara, una chica de mi misma edad. Novios era un término que en aquella época no se usaba y que en cualquier caso habría sido inapropiado para definir nuestro breve encuentro y nuestra aún más rápida separación.

Nos conocimos en una fiesta, fuimos un par de veces al cine, caminamos cogidos de la mano algunas semanas, y nos dimos algún que otro beso y alguna que otra torpe caricia escondidos en algún húmedo zaguán. Fueron mis primerísimas experiencias –si es que se pueden llamar así– precisamente por eso nunca cayeron en el olvido. La cosa se acabó en un par de meses sin que ninguno de los dos perdiera la virginidad y sin que el tema jamás formara parte del orden del día.

Aparte del paréntesis con Mara, torpe pero real, me dediqué sobre todo a los amores imaginarios. Me enamoré a distancia de una chica que se parecía muchísimo a Sophie Marceau y que jamás se fijó en mí, ya que estaba demasiado ocupada saliendo con tíos de veinticinco con descapotables y motos de gran cilindrada; lo cual, ahora que lo pienso, fue una gran suerte, porque si se hubiera fijado en mí y me hubiera llegado a hablar, habría acabado entregándole las poesías que escribía para ella, con la carga del eterno ridículo que el hecho habría supuesto.

Otra cosa que recuerdo –parecida a una terrible pesadilla, aunque fue terroríficamente real– es el suicidio de un chico de mi escuela y de mi misma edad al que conocía solo de vista.

Una compañera me contó lo que había sucedido en la calle de camino a casa después de clase. Me lo dijo mientras pasábamos por delante de una tintorería que emanaba ese inconfundible olor a

vapor, planchas de hierro, almidón y lavado en seco. Desde entonces y para siempre el olor de las lavanderías me hace volver a pensar en aquel chico, con pinta de tímido y la cara llena de acné, que aquella mañana a eso de las ocho, en vez de ir al instituto, decidió saltar la barandilla de su balcón y lanzarse al vacío. Siete pisos de un edificio moderno son veintiún metros, fue lo primero que pensé preguntándome si en un vuelo de más de veinte metros a uno le da tiempo de saber lo que está haciendo y de pensar que podría haber hecho otra cosa.

Claro que sí, me respondí inmediatamente. Una vez en la piscina pública me tiré al agua de un trampolín olímpico de diez metros y me dio tiempo a pensar, vaya si me dio. Así que a él también, y esa es para mí la parte más terrible de la historia.

Busqué en mi memoria indicios, síntomas, cualquier señal premonitoria de lo acontecido. Imagino que todos los buscamos para convencernos de que ese chico era diferente y que lo que le había sucedido a él no podría sucedernos a nosotros.

Pero no encontré ningún síntoma ni ninguna señal premonitoria. Lo cierto es que Enrico –así se llamaba, aunque no creo haber pronunciado nunca su nombre– parecía totalmente normal, igual que los demás. Hubo muchas conjeturas sobre su suicidio, pero nunca se supo realmente cuál fue el motivo que lo indujo a hacerlo.

Si tenía alguna espina en el alma –alguna señal de predestinación– estaba tan bien oculta que nadie consiguió verla nunca ni mucho menos recordarla.

La muerte de Enrico fue la primera merma de sentido que experimenté en mi vida. La percepción del caos. Un hecho tan absurdo y desmedido que la inteligencia es incapaz de descifrarlo.

Fue tal vez para protegernos de ese vertiginoso sentido de lo absurdo, de ese enorme abismo, por lo que dos días después, como por un tácito acuerdo, dejamos de hablar de él.

Lo olvidamos como si nunca hubiera existido.

Es más, nunca *existió*.

En la escuela primaria estuve siempre entre los primeros de la clase. Sacaba buenas notas en todo, particularmente en dibujo y en matemáticas. La maestra decía que se notaba que era hijo de mi padre, matemático de profesión. Eso me gustaba cuando era pequeño, pero conforme me hice mayor empezó a molestarme hasta hacerse casi insoportable.

Debido a eso y a otras razones, cuando llegué al instituto preferí sumirme en una cómoda mediocridad. Estudiaba poco, me conformaba con sacar un suficiente y mi pertenencia al club de los primeros de la clase se quedó en un mero recuerdo de la infancia.

Un día me encontré con mi maestra de primaria. Hacía mucho que no nos veíamos y me preguntó cómo me iba en el instituto, si seguía siendo igual de bueno en matemáticas. Le respondí que las matemáticas no me interesaban para nada, que detestaba los números y las fórmulas, y que cuando fuera mayor quería dedicarme a algo que no tuviera nada que ver con eso. Recuerdo perfectamente su mirada de estupor y desagrado. Herida. Y también recuerdo muy bien la sensación de desaliento, de culpa y casi de vergüenza que me invadió después de decirle lo que le dije y el modo en que lo hice; por el inequívoco grumo de fragilidad y resentimiento que se escondía tras mis palabras.

Precisamente porque esos tres años fueron larguísimos y precisamente porque, por así decirlo,

me había olvidado de mí mismo, me pareció casi absurdo que un día mi padre me dijera que ya había pedido hora con el profesor Gastaut. Era mayo y la consulta tendría lugar en junio, justo después de que terminaran las clases.

–¿Por qué tiene que ser justo en junio? –respondí irritado.

Me miró durante unos instantes, perplejo. No entendía el tono de mi voz ni mucho menos el sentido de mi pregunta, que, en efecto, en lo relativo al mes de junio resultaba incomprensible. Lo cierto era que con esas dos inocuas pastillas diarias –el mismo fármaco, mañana y noche– había encontrado un equilibrio.

Vivía de un modo normal, la medicina no me suponía ninguna molestia y no tenía efectos secundarios. Era como lavarse los dientes: lo haces más de una vez al día sin ni siquiera darte cuenta. ¿Por qué correr el riesgo de alterar ese equilibrio?

Había olvidado –había borrado de mi cabeza– la palabra epilepsia; había olvidado –había borrado de mi cabeza– que era epiléptico; había olvidado –había borrado de mi cabeza– ese estigma de invalidez y exclusión que me había acompañado durante los meses transcurridos entre el hospital y la consulta de Gastaut. No quería volver a tocar el tema. No quería volver a tener miedo.

–¿Qué intentas decir? –me preguntó mientras encendía un cigarrillo con cara de no entender nada–. ¿Cuándo habría que ir entonces?

La réplica era simple e indiscutible, lo cual me puso aún más nervioso.

–¿No ha terminado el curso y ya tenemos que pensar en eso? ¡En junio! A lo mejor me apetece más ir a la playa, relajarme, y tengo que ir a Marsella. ¿No podemos esperar unos meses, ir en otoño o en invierno? ¡Qué coñazo!

Una mueca de exasperación se dibujó en el rostro de mi padre. Relacionarse con su único hijo, con los años, se había convertido en una empresa cada vez más difícil. Respiró hondo y empezó a hablar de un modo deliberadamente lento.

–Mira, Antonio. Cuando estuvimos en la consulta de Gastaut nos dijo que volveríamos a vernos después de tres años. Los tres años ya han pasado. Eso fue en febrero, ¿te acuerdas? Además he sabido que se jubilará dentro de poco y solo pasará consulta privada, fuera del hospital, y no dispondrá de todos esos aparatos y todo el resto. Lo resolvemos en dos días y luego podrás disfrutar de las vacaciones.

–Pero si yo estoy bien, ¿por qué tengo que ir?

–Sí, estás bien gracias al cielo, pero medicándote. ¿No querrás medicarte toda la vida? Son barbitúricos, psicofármacos, y, la verdad, no me parece una buena idea tomar psicofármacos sin necesidad.

Obviamente tenía razón. Intenté pensar en algún argumento que no resultase ridículo, pero no lo encontré. Así que me fui groseramente, sin despedirme.

Quince días más tarde salíamos para Marsella.

Mi madre no vino con nosotros. Tenía que participar como ponente en una convención internacional en Florencia. Me dijo que si yo quería les decía que no, pero yo le respondí con tono muy serio que ni hablar, que no podía renunciar a algo tan importante para ella.

En realidad su ausencia suponía un alivio. La mera idea de repetir el viaje de hacía tres años, con los dos, me producía una sensación asfixiante.

Llegamos a Marsella de noche. Llevábamos una carpeta con los resultados de los análisis y el electroencefalograma que me habían hecho en los últimos días. Gastaut me vería a la mañana siguiente y por la tarde estaríamos ya de vuelta.

El hotel era un edificio moderno, nada del otro mundo, pero desde luego mucho más cómodo que el de la vez anterior. Se hallaba en las inmediaciones de la Canebière, la calle más famosa de Marsella, que conecta el barrio burgués de Réformés con el Vieux Port.

Tras un breve intercambio de palabras con el personal del hotel, salimos a buscar un sitio para cenar.

La zona donde estaba el hotel podría ser la de cualquier otra ciudad francesa o europea, un lugar parecido a donde vivíamos y en el que podíamos sentirnos más o menos a gusto.

Pero enseguida nos dimos cuenta de que, en el mejor de los casos, se trataba de una impresión muy relativa. Conforme nos acercábamos al puerto, Marsella se iba transformando a ojos vista en una especie de metrópolis norteafricana, custodiada en cada esquina por chulos y prostitutas; transitada por pandillas de chavales magrebíes con mirada famélica; salpicada de rebosantes bazares en miniatura, de tiendas precintadas con tablones de madera, de restaurantes que olían a especias y fritura, de cafés ambiguos y de cines porno. En dos o tres ocasiones nos vimos obligados a esquivar o incluso a pasar por encima de tipos tirados por el suelo: borrachos, drogadictos o simples desesperados de la vida.

Mi padre y yo no hablábamos, pero ambos percibíamos el creciente malestar del otro. Había anochecido, y las calles transmitían un aire de extrañeza y peligro. Habría querido decirle que regresáramos, pero no sabía cómo hacerlo; no encontraba las palabras adecuadas, no quería que mi padre se ofendiera y pensara que no lo consideraba capacitado para gestionar una eventual situación de emergencia.

Supongo que él también estaba pensando algo similar y que habría preferido regresar a un terreno menos inhóspito, pero guardó silencio como yo. Encendió un cigarrillo, atento a lo que pasaba a su alrededor y tratando de no dar muestras de que lo hacía. No fuera que alguno pudiera sentirse molesto por tanta curiosidad y se acercara a pedirnos explicaciones.

De repente oímos un grito detrás de nosotros. Nos volvimos justo a tiempo de ver a un joven magrebí, diminuto y esmirriado, que corría por el otro lado de calle. Lo perseguían dos policías. Uno de ellos tenía la zancada potente e intimidatoria propia de los jugadores de rugby cuando van a la caza de un adversario. Si un peatón le obstaculizaba el paso se lo quitaba de en medio con un manotazo sin ni siquiera reducir la marcha. El joven era rápido, pero el agente era sin duda un atleta bien entrenado y, metro a metro, acortaba la distancia.

La escena transmitía una belleza rítmica y salvaje.

La última fase de la persecución tuvo lugar en paralelo a las vías del tranvía, que en ese momento parecían una pista de atletismo destinada a esa específica y despiadada disciplina deportiva. Al final el policía alcanzó al fugitivo, se le echó encima y lo arrojó al suelo. Estaban a unos cincuenta metros de nosotros y yo me acerqué para ver lo que ocurría. Tuve la clara sensación de que mi padre me iba a decir algo –¿adónde vas?, no te metas–, pero al final se contuvo.

El policía, que era rubio y parecía más alemán que francés, levantó a pulso al chaval del suelo, lo empujó contra una persiana metálica y empezó a registrarlo. Enseguida le encontró algo, algo que yo no conseguí distinguir pero que hizo que el policía se enfadara mucho. Se guardó el objeto en el bolsillo gritando palabras incomprensibles y empezó a pegarle con una violencia que yo jamás había visto. El otro policía llegó mientras se estaba formando un corrillo de gente, todos de piel oscura y con mirada de miedo y odio.

Los dos agentes hablaban frenéticamente entre sí; el primero esposó al detenido, el otro, calvo y obtuso, gritó algo al grupo de espectadores hostiles, que ahora eran ya unos quince o incluso más.

–¿Qué ha dicho? –le pregunté a mi padre.

–Que se echen para atrás o se carga a alguien.

Se echaron para atrás aunque solo unos pocos centímetros y con actitud cada vez más agresiva. Uno de ellos gritó algo, otro escupió a los policías que ahora sí que parecían seriamente preocupados. El calvo en ese momento sacó la pistola y apuntó hacia la pequeña multitud. En su iracunda voz se advertía un toque de histeria. El gesto les hizo titubear pero nadie salió corriendo.

Nosotros estábamos a unos diez metros de distancia. Mi padre me dio un golpecito en la espalda y me dijo:

–Vámonos de aquí.

–Espera –respondí sin moverme.

Él no insistió. El policía disparó dos veces al aire; un segundo después, como respondiendo a una llamada, se oyeron sirenas de policía que se acercaban. El grupo se dispersó como una bandada de pájaros.

Llegaron dos coches de los que salieron más hombres de uniforme; las luces de las sirenas seguían funcionando, iluminando intermitentemente la escena con un toque de efectos especiales de discoteca.

Metieron al chico en uno de los coches y abandonaron el lugar con un inútil chirrido de neumáticos.

Cenamos, mal, en un restaurante horrendo cerca del hotel. Me habría gustado hablar de lo ocurrido, de lo que habíamos visto, pero me di cuenta de que me faltaban las palabras y la manera de dirigirme a mi padre.

El asunto me produjo una inesperada punzada de tristeza que hizo que me sintiera incómodo. Como si mi regla de coherencia personal y el estatuto de mi rebelión familiar hubieran sido resquebrajados por ese arrebato involuntario del alma.

Nos fuimos a dormir y yo me puse a dar vueltas en la cama con los ojos abiertos de par en par. Me venía a la mente lo que había visto y escuchaba a mi padre que dormía a mi lado. Respiraba como un crujir de hojas pisoteadas. De vez en cuando murmuraba alguna palabra sin sentido.

Pensaba en la cita que tenía al día siguiente y un mal presentimiento se apoderó de mí.

Me quedé dormido inmediatamente porque de seguir así corría el riesgo de pasarme la noche en vela. Así que sin más historias pasé de pensar en Gastaut a *soñar* con Gastaut.

Estaba serio, mucho menos cordial y simpático que la primera vez. Se sentaba junto a mi madre

en un sofá, en una habitación que no era la consulta en la que me había recibido tres años antes, una habitación que no había visto nunca. Tras examinar los papeles que le había llevado, me decía que por desgracia las cosas no habían ido como él se esperaba y que, por desgracia, mi epilepsia no era tan leve. Había que regresar a la terapia de antes, dejar de beber refrescos con gas y de jugar al fútbol. Tenía que saber que nunca más podría hacer una vida normal. En ese momento intervenía mi madre diciendo que ya me lo había dicho ella, que no debía jugar al fútbol.

Después me daba cuenta de que mi padre también estaba en el sueño.

Pero como apartado, no decía nada, únicamente me producía una extraña e inexplicable ternura.

La cita con el médico era a las diez.

Desayunamos, mi padre pagó la cuenta del hotel y cogimos un taxi al hospital con nuestras pequeñas maletas de cuero semivacías. Estábamos en 1983, todavía no se habían inventado las maletas con ruedas, aunque hoy parezca que hayan existido siempre.

La idea era ir al aeropuerto directamente desde el hospital en cuanto acabara la consulta. Puede que hubiera algo de superstición en ese estrecho margen de tiempo; o puede que simplemente se tratara del hecho de que mi padre tenía al día siguiente exámenes en la universidad y se había organizado para no tener que posponerlos.

Era casi verano, el aire estaba limpio y soplaba una agradable brisa, no hacía ni demasiado frío ni demasiado calor.

La ciudad aparecía luminosa y encantadora, daban ganas de explorarla.

El hospital era también diferente a como lo recordaba. Con otra gente. Lo que más me sorprendió fue la ausencia de niños y chavales con cascots y dientes rotos. ¿Era una casualidad? ¿Quizás ahora los citaban en días específicos o los recibían en lugares separados para no perturbar a los pacientes menos graves? ¿O quizás los avances en el tratamiento de la enfermedad habían conseguido eliminar las consecuencias más desagradables de las crisis?

Me llevaron a que me hiciera los últimos controles que requerían máquinas solo existentes en el Centre Saint-Paul. Inmediatamente después me vería el profesor Gastaut.

Es extraño. Recuerdo con exactitud todas las pruebas a las que fui sometido la primera vez que estuve en el SaintPaul, pese a que se tratara de hechos ocurridos tiempo atrás. En cambio, no recuerdo lo que me hicieron esa mañana. No recuerdo nada en absoluto.

Es como si al recibirme me hubieran drogado y el efecto de la droga hubiera durado justo hasta que me vi sentado en la sala de espera contigua a la consulta de Gastaut.

Mi memoria retoma el hilo justo en ese momento.

Había que esperar un poco más, nos dijo la enfermera. Una emergencia había retrasado las citas de la mañana, pero en breve nos recibirían.

Intercambiamos un par de palabras irrelevantes, nos preguntamos si no corríamos el riesgo de perder el avión y nos dijimos que no, que aún faltaban muchas horas para la salida, así que sacamos cada uno nuestro libro. Mi padre el *Sillabari* de Parise, yo *Franny y Zooey* de Salinger, que estaba leyendo por segunda vez y que prefería mil veces más a *El guardián entre el centeno*.

Al cabo de unos diez minutos Gastaut abrió la puerta y nos invitó a entrar.

Me saludó con un apretón de manos y llamándome por mi nombre, después saludó a mi padre con otro apretón de manos y llamándolo profesor. Se acordaba bien de nosotros, lo cual me causó cierto efecto.

–Te has hecho adulto, Antonio. ¿Sigues dibujando? –me preguntó en su estupendo italiano y con su marcado acento francés. Esboqué una sonrisa y él se concentró en los informes y resultados de las pruebas.

El examen de los documentos clínicos le tomó unos minutos, y yo no podía dejar de pensar en mi pesadilla nocturna y en la posibilidad de que fuese premonitoria.

Mi padre escrutaba la expresión de Gastaut en busca de algún indicio que le anticipara el veredicto que estaba a punto de emitir. En la habitación no se oía más que el zumbido lejano de algunas máquinas.

Finalmente el doctor dejó la carpeta sobre la mesa, la cerró y nos miró primero a uno y luego al otro. Si pretendía crear algún tipo de suspense, lo estaba consiguiendo.

–Todo según nuestras previsiones.

Respiré. Crucé una mirada con mi padre a la que respondió dándome un apretón en la pierna a la altura de la rodilla. Aquel gesto habría debido incomodarme, pensé. Pero no me molestó en absoluto.

–Antonio está curado al ochenta por ciento –retomó Gastaut–. Los resultados de las pruebas son buenos aunque, para estar tranquilos, hay un último control que hacer.

–¿Qué control? –preguntó mi padre.

Le explicó que para tener la seguridad de que había sanado del todo y, por tanto, poder suspender la medicación, era necesario comprobar cómo reaccionaba mi cerebro en condiciones de estrés.

Para ello, nos dijo, tenía que estar dos noches seguidas sin dormir, tomando cada ocho horas un comprimido que él mismo nos facilitaría y que me ayudaría a mantenerme despierto. Además tendría que dejar la medicación que había estado tomando dos veces al día durante los últimos tres años.

Si a pesar de la privación del sueño, la eliminación del fármaco y la toma de esos comprimidos –anfetaminas, probablemente, aunque ni mi padre ni yo preguntamos qué eran– no sucedía nada, significaba que estaba curado y podía hacer la vida normal de un chico de dieciocho años, olvidándose de los hospitales, de los encefalogramas, de los barbitúricos y sobre todo de los neurólogos.

El nombre técnico del procedimiento era *test de reacción*. Actualmente prohibido por la deontología médica, según me ha dicho un amigo psiquiatra, pero que en aquella época todavía se usaba.

–¿Y cuándo se haría la prueba? –preguntó mi padre, algo desconcertado. Gastaut lo miró como se mira a quien hace una pregunta un tanto extraña.

–Inmediatamente. No duerme ni esta noche ni la de mañana. Volvemos a vernos pasado mañana temprano y si todo va bien nos decimos adiós para siempre.

–Pero tendríamos que regresar hoy..., tenemos el vuelo...

–Mi querido profesor, si lo prefiere podemos dejar esta prueba crucial para más adelante. Les tendrían que dar otra cita, y no será antes de fin de año. Mientras tanto Antonio deberá seguir tomando los barbitúricos. A mi entender es mejor hacerlo de inmediato, aunque naturalmente la decisión es suya. –En la voz de Gastaut se advertía un leve y educado tono de irritación.

–¿Podría tener una crisis?

–No creo, pero sí, en teoría podría suceder. Y... ¿cómo se dice? Ah, sí, es improbable pero no imposible.

–¿Qué hacemos si ocurre?

–Vienen para acá inmediatamente, incluso de noche, y hacemos todo lo que haya que hacer. Si tiene una crisis significa que no se ha curado y que tendrá que seguir tomando la medicación. Improbable, repito, pero no imposible.

Mi padre dejó pasar medio minuto y después me miró.

–¿Qué dices? ¿Lo hacemos?

Yo asentí con la cabeza, no tanto porque estuviera convencido de hacerlo, sino más bien por el modo en que me lo había preguntado. De hombre a hombre, mostrándome respeto.

–Bien. Entonces habrá que organizarse –concluyó.

Gastaut dijo que era la mejor decisión, nos repitió que era poco probable que tuviera una crisis, hizo entrega a mi padre de la caja de comprimidos que tendría que tomar cada ocho horas y concluyó diciendo que nos volvería a recibir dentro de dos días, a las nueve en punto.

–Haz todo lo que quieras en estos dos días. Puedes hacer esfuerzo físico y beber vino o café, si lo deseas. Pero sin exagerar, claro está. Tómatelo como unas vacaciones. Nos vemos pasado mañana.

–¿Y ahora qué? –pregunté mientras esperábamos el taxi que la eficiente recepción del hospital nos había llamado. Ya habíamos hablado con mamá. Se había preocupado un poco, pero mi padre supo tranquilizarla contándole solo la parte indispensable de la verdad.

–Volvamos al hotel –dijo papá– y esperemos que tengan una habitación libre para dos noches. De lo contrario habrá que buscar otro. Después tendremos que ir a una agencia de viajes para cambiar el vuelo. Y luego..., luego ya veremos –concluyó, aflojándose el nudo de la corbata y encendiendo un cigarrillo.

Nuestra habitación ya estaba ocupada, pero había otra disponible, más grande y más cara, con una hermosa vista. Mi padre se encogió de hombros y dijo que nos la quedábamos.

–Aunque de noche será mejor que ni entremos; de lo contrario, corremos el riesgo de dormirnos –dijo volviéndose hacia mí, mientras el recepcionista procedía al nuevo registro.

–Pero tú sí puedes dormir –respondí.

Me miró, a punto de decir algo, pero se limitó a sacudir la cabeza.

–¿He dicho una gilipollez? –pregunté.

–Sí, aunque teniendo en cuenta la situación, no me parece tan grave. La gilipollez, quiero decir.

Mi padre no decía nunca palabrotas. Prestaba mucha atención a eso, mucha más que mi madre, y casi nunca, salvo en alguna situación excepcional, lo había oído emplear palabras como «gilipollez» u otras parecidas. En cualquier caso, jamás del modo natural y corriente que había utilizado en ese momento. Había algo que se me escapaba.

Nos instalamos en la nueva habitación y enseguida nos dimos cuenta de que, entre otras cosas, necesitábamos ir a una tienda o a unos grandes almacenes. No teníamos camisetas, calzoncillos ni camisetas limpias que ponernos. Habíamos preparado el equipaje pensando tan solo en un día y una noche.

Salimos, compramos dos bocadillos de queso absolutamente insípidos y dos cervezas. No sentamos en un banco a tomarlos y luego nos dirigimos a la agencia de viajes que nos habían indicado en el hotel.

El cambio de billetes nos llevó más tiempo del previsto. El empleado de la agencia no era precisamente un genio y, pese a que mi padre hablaba un francés casi perfecto, le pedía todo el rato que repitiera lo que había dicho, exhibiendo la cara de fastidio de quien tiene cosas más importantes que hacer en lugar de ocuparse de las banalidades de un postulante italiano.

Aquello me enervaba y deseé con todas mis fuerzas saber hablar francés para poder intervenir en la conversación y decirle a ese tío que era un idiota y un gilipollas, o algo por el estilo. Me habría gustado defender a mi padre, porque me parecía que ese tío le estaba faltando al respeto.

En cambio, él se mostraba tranquilo y tenía un aspecto curiosamente juvenil. Había dejado la chaqueta y la corbata en el hotel porque hacía un calor considerable; estaba despeinado, algo que no sucedía casi nunca, y además parecía que el odioso empleado de la agencia lo pusiera de buen humor.

Al final conseguimos nuestros billetes. Mi padre se despidió del tipo con un exceso de cordialidad que más bien parecía que le estuviera tomando el pelo.

Ya en la calle nos miramos a los ojos y tuve la sensación de que era la primera vez que aquello ocurría.

–Ahora necesitamos un teléfono –me dijo–. Tengo que llamar a la facultad para avisarles de que mañana no voy a ir.

–El año que viene empiezo la universidad –dije tras unos segundos

–Sí, ya lo sé. ¿Tienes algo pensado?

–No. ¿Tú ya lo tenías claro antes de acabar el instituto?

Hizo un gesto impreciso.

–Sabía que iba a estudiar Matemáticas o Física desde el bachillerato. Nunca me planteé otra alternativa.

Encendió un cigarrillo y pensé que fumaba demasiado. Caminamos en silencio en busca de una cabina telefónica.

–¿Y mamá? –Tardé unos minutos en formular la pregunta, dudando de su pertinencia.

–¿Mamá qué?

–¿Sabía en qué facultad quería inscribirse?

–Creo que sí. Siempre quiso estudiar Letras, es decir, Humanidades. Eligió estudiar Historia del Arte estando ya en la universidad. Nunca se le habría ocurrido estudiar Ingeniería o Medicina, por ejemplo.

–Algunos de mis amigos saben ya desde hace años lo que van a estudiar. A mí siempre me ha parecido extraño tenerlo claro tan pronto.

–Depende del motivo –dijo aplastando la colilla contra una pared y arrojándola al cubo de la basura.

–Los hijos de médicos quieren estudiar Medicina y los de los abogados quieren estudiar Derecho. ¿Cómo vas a saber con doce años si se te darán bien ciertas materias o si te van a gustar? Supongo que lo que intentan es imitar a sus progenitores, bueno, a los padres, porque las madres de estos normalmente no trabajan.

–Sí, no suele ser una buena idea. Mis amigos del colegio que decidieron heredar la profesión del padre nunca me parecieron personas satisfechas ni felices.

–Estuve solo una vez en tu despacho en la universidad.

–Sí, me acuerdo. Tendrías seis o siete años. Te sentó mal que el espacio en el que trabajaba fuera tan pequeño.

Tenía razón, me sentó fatal. Sabía que mi padre se codeaba con grandes científicos de todo el mundo, así que tenía que ser alguien importante y como tal su despacho tenía que ser tan importante como él. Antes de verlo me lo había imaginado como una especie de salón con grandes ventanas luminosas, provisto de raros aparatos científicos y repleto de libros. Lo único que se correspondía con la realidad era eso, los libros.

La habitación era más bien pequeña, con una única y normalísima ventana y efectivamente libros por todas partes: en las estanterías, sobre la mesa y mal apilados contra la pared.

Fue una decepción, pero jamás se lo di a entender, así que no podía creer que mi padre se hubiera dado cuenta ni, mucho menos, que se acordara de ello después de tantos años.

No se me ocurrió nada más que añadir: la normalidad de aquella conversación empezaba a desconcertarme. Me metí las manos en los bolsillos y seguí caminando en silencio junto a mi padre, hasta que vimos una cabina telefónica.

Tuvo que hacer un par de llamadas antes de dar con quien estaba buscando: algún asistente o algún empleado de la universidad. Era difícil saberlo porque papá trataba a todos de usted. También en eso era diferente a mamá. Ella pasaba rápidamente al tú sin ningún problema, fuera quien fuera su interlocutor; en muchos aspectos pertenecía a una época distinta y posterior a la que había nacido y crecido.

–Bien, ahora estamos oficialmente de vacaciones –dijo mi padre cuando terminó de hablar por teléfono–. A veces te crees indispensable, piensas que sin ti el mundo se desplomaría o, como poco, no podría seguir adelante. Después sucede una cosa como esta y te das cuenta de que: a) no eres indispensable; b) no ser indispensable no está nada mal.

–¿Qué hacemos entonces?

–Calzoncillos. Necesitamos calzoncillos urgentemente. Y luego camisas y camisetas. Así que vamos a buscar unos grandes almacenes y a gastar unos cuantos francos.

Le preguntamos a una mujer delgada de mentón prominente, sonriente y un poco achispada que, al percibir nuestro acento, nos preguntó, en italiano, si éramos italianos. Ella lo era y se había ido a vivir a Marsella con sus padres justo antes de la guerra y allí seguía desde hacía cuarenta y cinco años aunque ahora la ciudad ya no era la misma se había convertido en un lugar peligroso y quede claro que no era racista sino que con todos esos jóvenes argelinos marroquíes tunecinos Marsella no parecía una ciudad francesa y quizás lo mejor habría sido irse pero también había muchos italianos en Marsella y al fin y al cabo el italiano y el marsellés se parecen entre otras cosas porque los dos hablan como si cantasen y nosotros por qué estábamos allí si no era indiscreto preguntarlo porque Marsella no era una ciudad para turistas bellísima eso sí pero poco adecuada para turistas e incluso un poco peligrosa si uno no sabía por dónde moverse por eso no pensaba que fuéramos turistas y perdonadme sé que soy una charlatana pero es que me pongo tan contenta cuando tengo la posibilidad de hablar italiano que no me callaría nunca.

Mi padre la neutralizó con estilo, eficacia y algunas mentiras bien distribuidas. Le contó que habíamos elegido Marsella como base para visitar la Provenza; que habíamos perdido una maleta y teníamos que comprar algo de ropa y otras cosas y por eso estábamos buscando unos grandes almacenes. ¿Podía indicarnos donde había uno, por favor?

Nos lo indicó, no sin insistir en que anduviéramos con cuidado por ciertas zonas de la ciudad y que evitáramos la parte del Vieux Port o del Panier de noche e incluso de día. Después nos deseó unas buenas vacaciones en la Provenza: en pocos días comenzaba la floración de la lavanda, algo maravilloso, claro que quizás era por eso por lo que habíamos decidido ir. Concluyó diciendo que era estupendo que un chico tan guapo como yo fuera de vacaciones con su padre, cuando seguramente habría un montón de chicas deseando disfrutar de su (o sea, de mi) compañía.

Evité precisarle a la mujer que las cosas, a mi modo de ver, no eran exactamente como ella decía, y que si eran tantas las chicas que querían estar conmigo, lo mostraban con tanta discreción que yo ni siquiera me había percatado del asunto.

Al final conseguimos deshacernos de la señora Marta Monicelli –había hallado el modo de decirnos nombre y apellido, especificando que, al parecer, no era pariente del director de cine–, le dimos las gracias, nos despedimos de ella y nos dirigimos al supermercado.

Era un buen lugar, moderno, de esos que en aquella época te alegraban el día porque encontrabas de todo. Resolvimos rápidamente el asunto de la ropa, compramos camisas blancas y celestes, camisetas, calcetines y calzoncillos. Pantalones no me hacían falta, pero papá insistió en que cogiera unos vaqueros nuevos.

De la ropa pasamos a otras secciones: hogar, electrónica, librería –compramos una guía

turística de Marsella y alrededores— y, por último, la sección de alimentos. El que mejor recuerdo era el sector de los quesos, esa mezcla entre aroma y hedor que todavía ahora, mientras escribo, hace que se me haga la boca agua. Los nombres en cartelitos alineados parecían un trabalenguas para niños o la formación de un equipo de fútbol: Comté, Reblochon, Camembert, Brie, Roquefort, Chèvre, Beaufort, Saint-Nectaire, Cantal, Cancoillotte, Brocciu.

—Me está entrando hambre.

—A mí también —respondió papá—. Estos deben ser mejores que esa cosa amarilla que nos pusieron en el bocadillo.

—¿Qué hacemos?

—Yo por puro instinto me compraría tres o cuatro, un poco de pan y una buena botella de vino tinto y me iría a un parque a comer.

—¿Pero?

—Pero tenemos que pasar un montón de tiempo despiertos. Si despachamos así la cena, la noche se nos va a hacer larguísima. Mejor adoptar otra estrategia.

Me pregunté si mi padre había hablado siempre de ese modo, porque me parecía notar algún cambio. No solamente en el léxico —«puro instinto» o «estrategia» eran expresiones que no creía que se las hubiera oído decir nunca—, sino también el modo de pronunciarlas y hasta la entonación.

Quizás por vez primera prestaba atención a lo que decía y al modo en que lo decía, y por eso me parecía estar descubriendo algo que en realidad siempre había estado ahí.

—¿Y entonces?

Miró el reloj.

—Son casi las siete. Vamos al hotel, nos damos una ducha, leemos y le echamos un vistazo a la guía. Después nos ponemos nuestras camisas nuevas y nos vamos a cenar a algún restaurante mejor que el de anoche. ¿Qué te parece la idea?

Respondí que me parecía bien y me encaminé hacia la salida.

—Antonio...

—¿Sí?

—Toma —dijo alcanzándome el frasco con las pastillas que le había dado Gastaut. Las que servían para estar despierto y que ignorábamos qué contenían—. Supongo que es hora de tomar la primera. Después, una cada ocho horas, según dijo. Mejor que las tengas tú.

Estábamos tumbados en la cama, en calzoncillos y camiseta. Mi padre estudiaba la guía de Marsella y yo leía a Salinger.

Me había llevado también *El nombre de la rosa*. Llevaba tres años en circulación, de hecho ya todos lo habían leído y a todos *les había gustado*; quizá por eso, para seguir con el rol de joven intelectual anticonformista, me mantuve a distancia, imitando así de manera mecánica el comportamiento de mi madre.

Una vez pasada la euforia de la publicación, ella se compró el libro en edición de bolsillo, lo leyó e incluso lo apreció sin emitir ninguna de sus extravagantes críticas. Eso hizo que me sintiera autorizado a leerlo y por eso decidí meterlo en la maleta.

Todavía no lo había empezado, sobre todo porque estaba enganchado a *Franny y Zooey*. Con vergüenza y orgullo, me identificaba con la pedantería de los personajes. Eran a la vez inmaduros y profundos, y eso me parecía magnífico.

En ellos hallaba lo que consideraba mi personal estilo de pensamiento y en ocasiones tenía la sensación de descubrirme a mí mismo. Ahí estaban mis defectos –o al menos los que a mí me gustaba pensar que eran mis defectos–, pero representados de un modo que me permitía sentirme orgulloso de ellos. Subrayaba y copiaba párrafos y trozos de diálogos, y al copiarlos me apoderaba de ellos.

Frases del tipo: «no me deja apenas tiempo para pensar de modo electivo»; o: «a unos cuantos estudiantes de opresivo tipo profundo»; o si no: «la habilidad era mi enfermedad incurable».

«Seymour había empezado a creer (y yo estaba de acuerdo con él, en la medida en que entendía el razonamiento) que cualquier tipo de educación tendría un olor igual de dulce, o quizá mucho más, si no se iniciara con una búsqueda de conocimiento sino con una búsqueda de lo que el zen llamaría el no conocimiento».

–Qué sensación tan rara –dijo papá de pronto, apartando la vista de la guía de Marsella.

–¿El qué?

–No me acuerdo de cuándo fue la última vez que tuve dos días libres sin nada concreto que hacer, sin ningún deber. *Eso* es lo raro.

Me volví hacia él y le dije:

–Observando a los adultos, pienso a menudo que os quedáis atrapados en cosas que en realidad no os importan nada. ¿Cómo ocurre? ¿Cuándo ocurre?

Cambió de posición: de tumbado pasó a sentarse con la espalda apoyada en la cabecera de la cama. Después dobló la esquina de la página que estaba leyendo y cerró la guía.

–Es imposible determinar cuándo. No es algo que ocurra de repente, sucede un día tras otro, fruto de un paulatino desprendimiento a veces imperceptible. Te das cuenta con los años. Te saturas de cosas innecesarias, es decir, objetos, compromisos o relaciones personales que van convirtiéndose en hilos invisibles que te enredan cada vez más, día tras otro, como una tela de araña.

Me incorporé también yo, con un movimiento idéntico al suyo. Apoyé el libro en la cama, abierto, con la portada blanca vuelta hacia arriba.

–Y si uno se da cuenta de ello, ¿por qué no hace nada para liberarse?

–Esa es precisamente la trampa. Sabes que estás desperdiciando gran parte de tu tiempo en cosas inútiles, y sin embargo no consigues salir de ahí. ¿Conoces a Kavafis?

–No, ¿quién es?

–Un poeta griego, aunque vivió siempre en Egipto, en Alejandría. Uno de sus poemas trata precisamente de lo que estamos hablando. Se titula: «Cuanto puedas». –Hizo una pausa, como si dudase entre seguir adelante o cambiar de tema. Luego añadió–: ¿Te apetece oírlo?

–Sí –respondí con cierto reparo.

Se tocó la barbilla como para concentrarse y recordar el texto, aunque estaba claro que también a él le daba cierto apuro ponerse a recitar una poesía delante de un hijo desconocido de casi dieciocho años. Nos adentrábamos en territorios inexplorados.

Se aclaró la voz.

Si imposible es hacer tu vida como quieres,
por lo menos esfuézate
cuanto puedas en esto: no la envilezcas nunca
por contacto excesivo
con el mundo que agita movedizas palabras.
No la envilezcas nunca
en el tráfago inútil
o en el necio vacío
de los rostros diarios
y al cabo te resulte un huésped importuno.

Los versos quedaron un buen rato suspendidos en el aire.

–Es muy bonito –dije al final–. ¿Te importaría repetirlo? Me gustaría escribirlo en mi cuaderno.
–Mientras hablaba con mi padre de ese modo, cortés y prudente, me pregunté qué es lo que estaba pasando.

Lo recitó de nuevo, lentamente, y yo lo transcribí cuidadosamente en una página de la derecha de mi cuaderno casi nuevo.

Ahora Kavafis está de moda y sus palabras han quedado consumidas de tanto usarlas. Pero en aquel momento sonaban con toda su fuerza, estaban intactas y relucientes. Y ahí siguen, en aquel viejo cuaderno, con una fecha de principios de junio de 1983.

La frontera entre el antes y el después.

–De todos modos en Marsella hay un montón de cosas que ver. No será una ciudad para turistas, como sostiene nuestra amiga Marta, pero ya verás como mañana no nos aburrirnos –dijo papá.

–Bueno, pero ahora vamos a comer.

–Tienes razón –dijo casi saltando de la cama.

El recepcionista del hotel nos recomendó un restaurante justo enfrente del Vieux Port. El propietario era primo suyo, nos dijo. Lo llamaría para reservar mesa y decirle que nos tratara bien. Allí tendríamos la ocasión de probar la verdadera y tradicional cocina marsellesa: no debíamos perdernos los *panisses fris*, la *tapenade* untada en pan tostado y, cómo no, la bullabesa.

Para ir a Chez Papa –así se llamaba el restaurante– recorrimos de nuevo la Canebière.

Era la misma de la noche anterior, pero ya no se mostraba tan hostil y la mirada de la gente que por allí deambulaba parecía menos amenazante. Quizás dependía del hecho de que aún no hubiera anochecido y de que tuviéramos una meta concreta, con indicaciones que no nos hacían sentirnos perdidos y vagamente en peligro.

El mismo lugar donde habíamos asistido al arresto estaba tranquilo ahora. Eché un vistazo al suelo entre las vías del tranvía, como buscando algún rastro de lo acontecido, alguna mancha de sangre que dejara constancia de la paliza, pero no vi nada.

Mientras caminábamos pensaba en el hecho de que nunca había hablado de verdad con mi padre. Bueno, claro que habíamos hablado, pero siempre –aparte de algún momento de mi infancia anterior a la separación de mis padres y del que no conservo recuerdo alguno– con algo de azoramiento y cierta distancia, por no decir condescendencia. Lo que sí recuerdo son sus torpes intentos de aproximación a un estereotipo de figura paterna.

Cuando nos veíamos hacía lo posible por ser natural y espontáneo. Como es lógico, no lo conseguía porque es imposible ser espontáneo por obligación. «Sé espontáneo» es un mandato paradójico e irrealizable, ya sea impuesto por los demás o promovido por nosotros mismos.

Por otra parte, a quien le hubiera preguntado acerca de la relación con su único hijo, seguro que mi padre le habría hablado de una sorda hostilidad que había crecido con el tiempo, que él no alcanzaba a comprender y ante la cual no sabía cómo comportarse.

Así estaban las cosas desde hacía años, pero solo me di cuenta de ello mientras caminábamos por la Canebière en dirección al restaurante Chez Papa.

Nos recibió Monsieur Dominic, el primo del recepcionista, que ya estaba avisado de nuestra llegada. Nos acomodó en una mesita con mantel a cuadros rojos y blancos y con vistas a los barcos del Vieux Port. Hasta donde me alcanzaba la mirada, había decenas de ellos atracados en dársenas de madera dispuestas perpendicularmente respecto a los dos grandes muelles principales. Muchos de estos barcos eran veleros, el efecto del conjunto era el de una inmensa extensión de árboles y cordajes que filtraba los miles de rayos del sol en ocaso. Eran las nueve y veinte cuando desapareció por completo tras la lejana línea del horizonte.

Elegir la cena fue muy fácil. Pedimos todo lo que se nos había aconsejado, además de una jarra de rosado de la Provenza.

Cuando nos trajeron los entremeses, papá me llenó el vaso –por un momento pensé que me serviría un dedo de vino mezclado con agua, como hacía cuando era pequeño–, después llenó su vaso y lo alzó hacia mí dejando que brillara. Brindamos y bebimos: el vino estaba bueno, frío y engañosamente suave.

Al verme saborear la bullabesa, se acordó de que de niño no quería comer nunca pescado

porque me daban miedo las espinas; solo comía barritas de merluza Findus. Y ahí tenéis otros dos, mejor dicho tres detalles imprevistos, que contrastan con la idea que tenía de mi padre. Es decir, que en su día se diera cuenta de que yo no comía pescado, de que, en cambio, sí que me gustaban las barritas y que además se acordara de ello.

Comimos todo lo que nos sirvieron, vaciamos la jarra de rosado de la Provenza, le dijimos a Monsieur Dominic que todo estaba riquísimo –era verdad– y le pedimos la cuenta.

Nos la trajo junto a un platito de galletas y dos chupitos de aguardiente obsequio de la casa. El restaurante estaba lleno y se respiraba un aire alegre y tranquilo, como de otra época, como si estuviéramos en los años sesenta o incluso antes.

Mi padre observaba el entorno con una sonrisa juvenil.

Antes de ese momento, si me hubieran pedido que describiera la cara de mi padre, habría tenido alguna dificultad. Supongo que me habría referido a su nariz algo prominente, a las gafas, a sus ojos oscuros y a su cabello espeso salpicado de canas. Sin embargo no habría sabido decir – porque no me había fijado– que tenía un hoyuelo en la barbilla, largas pestañas y una cicatriz sobre la ceja derecha. ¿Cómo era posible que no la hubiera visto antes?

–¿Y esa cicatriz? –indagué.

–¿Cuál? –respondió. Luego vio en qué dirección señalaba. Se la tocó como controlando que siguiese ahí. Dio un sorbo al aguardiente y encendió un cigarrillo–. Fue por culpa de tu madre.

–Al menos una vez te dio tu merecido.

Mi padre se echó a reír. Un risa rápida y auténtica antes de responder.

–No, no, nada de eso. Me la hice, me la *hicieron*, por culpa suya, por decirlo de algún modo.

La risa dio paso a una expresión vagamente meditabunda.

–Hacía mucho tiempo que no pensaba en ello.

–¿Qué pasó?

–¿Has oído hablar alguna vez de las novatadas?

–Sí, el profesor de educación física de bachillerato nos contó algo. Empezó a estudiar Medicina pero nunca se licenció y en su relato los años de universidad fueron la edad de oro. Gracias a las novatadas fue alguien importante. Más tarde sus amigos se licenciaron y se hicieron médicos, mientras que él acabó enseñando educación física.

–¿Sabes una cosa?

–¿Qué?

–A veces, cuando hablamos, me paro a pensar en cuando eras un niño y me parece increíble que ahora te expreses de ese modo. Tan esmerado, tan adulto.

No supe qué decir, así que me limité a asentir, algo que funciona siempre en estos casos. Dejé que pasaran unos cuantos segundos antes de preguntar:

–¿Y entonces? ¿Cómo fue lo de la cicatriz?

Sonrió mirando a lo lejos.

–Cuando sucedió, tu madre era novata mientras que yo estaba ya en cuarto. Según la terminología estudiantil era un cuatro sellos.

–¿Qué significa?

–Que en mi expediente universitario había cuatro timbres, uno por cada año académico. Había quien tenía diez, más timbres que cursos. Gente que vivía siendo eternamente estudiante. Algunos, como tu profesor de educación física, no terminaban nunca la carrera. Así que es normal que recuerden esos años como la mejor época de sus vidas. El momento más divertido para ellos era siempre el inicio del curso.

–¿Por qué?

–Porque en esos primeros días los veteranos, sobre todo los repetidores, van a la caza de los novatos para someterlos a una serie de bromas más o menos pesadas con las que los amenazan para que les paguen o los inviten a cervezas. Desde un punto de vista jurídico creo que se incurre en varios delitos: el de extorsión, seguro. Los veteranos más ávidos se apostan en la puerta de la facultad en grupos de cuatro o cinco. Seleccionan a los nuevos y los rodean, uno por uno. La duración de la novatada y el grado de pesadez de la misma (a veces podían ser muy crueles) dependían de quiénes eran los veteranos y de cómo se comportaban los novatos.

–¿Y nadie se rebelaba?

–Normalmente no. Lo mismo pasa en los cuarteles, entre veteranos y reclutas. Los recién llegados se sienten amenazados, solos, ignoran el contexto, el ambiente en que se mueven. No saben qué les puede suceder. Así que en general siguen el juego porque, en realidad, la mayor parte de las veces es eso, un juego, dejan que se les ridiculice un poco, pagan el tributo y ahí se acaba la cosa.

–¿Cuántas veces te podían hacer algo semejante?

–Una sola, era una regla muy estricta. Al final del ritual te daban un papel, lo llamaban pergamino, que acreditaba el pago. Una especie de salvoconducto. Si te rodeaba otro grupo, lo mostrabas y ellos estaban obligados a dejarte tranquilo. En principio era todo bastante inofensivo y duraba pocos días. Después los artífices de las novatadas se dedicaban a otras cosas. Fiestas, borracheras o visitas en grupo a prostíbulos entonces abiertos y todavía legales.

La parte final de la frase, la referida a los prostíbulos abiertos y legales, le salió con una inflexión en la voz diferente del resto.

–También es cierto que algunas veces no todo iba bien. Puede que el novato no quisiera tolerar esos pequeños, y en ocasiones no tan pequeños, abusos de poder. O bien que los veteranos fueran más estúpidos o más crueles de lo normal y exagerasen. Si ambas circunstancias coincidían, el asunto podría tener consecuencias lamentables. La broma más idiota y más pesada era coger al novato, sobre todo si no les seguía el juego, y arrojarlo en la fuente. Ten en cuenta que eso sucede en noviembre, cuando ya empieza a hacer frío.

–¿Y también a las chicas?

–Dependía mucho de cómo eran los veteranos. Lo normal era que con las mujeres se contuvieran un poco. Lo normal.

–¿Y a mamá qué le pasó?

Encendió un cigarrillo y, con la mirada perdida en un lugar lejano, repitió mis últimas palabras, pensativo.

–A mamá qué le pasó...

Él y yo nunca habíamos hablado de mamá. En realidad tampoco habíamos hablado de él con mamá. Me di cuenta en el momento en que comenzaba la parte central de su relato.

Eran las ocho y media y papá pasaba por delante de la facultad para ir a clase. Divisó un grupo de gente que gritaba alborotada y supuso que se trataba de una novatada habitual. Ese tipo de cosas nunca le había interesado, así que siguió caminando hasta que vio que esta vez la víctima era una chica.

Entonces decidió acercarse para ver lo que pasaba. Casi a gritos, la estudiante pedía que la dejaran en paz, que no tenía ninguna intención de prestarse a esa bufonada.

Los otros replicaban a coro que era la norma: tenía que pagar el peaje, de lo contrario –aulló uno que parecía ser el jefe– tendría que atenerse a las *consecuencias*. Y mientras lo decía

gesticulaba hacia la fuente. La chica empezó a decir que iba a llamar a la policía y uno de los veteranos le contestó que tuviera cuidado con lo que decía. A la policía no había que mezclarla con esos asuntos. El grupo comenzó a acorralarla. Puede que alguien la empujara. Ella estaba a punto de echarse a llorar.

«Eh, eh, pero ¿qué hacéis?», dijo mi padre.

«¿Y este quién coño es?», preguntó uno de la banda.

«Uno que quiere hacerse el héroe», comentó otro.

«¿Quieres acabar tú en la fuente en lugar de la novata?», amenazó un tercero.

«¿No os parece que estas payasadas deberían tener un límite? ¿El respeto a las mujeres, por ejemplo?»

El peor del grupo era un tipo bajito y musculoso, estudiante de Medicina y constante repetidor de cursos, con el pelo a cepillo y un vistoso prognatismo. Practicaba boxeo y le gustaba pegar, detalles de los que mi padre se enteró después del incidente. El complejo de estatura lo incitaba a buscar pelea con los más altos, y la frustración por su vergonzoso expediente académico lo incitaba a desahogarse con los buenos estudiantes. Con mi padre mataba dos pájaros de un tiro, aunque probablemente no lo supiera.

«¿Crees que el llevar gafas me va a impedir que te parto la cara?», le dijo a mi padre mientras le daba un empujón.

«Supongo que quieres decir: que te *parta* la cara.» No se había podido resistir a corregirle el modo verbal. El otro lo miró cabreado durante unos instantes. ¿Ese tío flaco y gafotas le estaba vacilando? El asunto se estaba poniendo feo y era mejor resolverlo cuanto antes. «Quítate las gafas, ricachón.»

Mi padre se las quitó. No tenía ninguna experiencia en litigios y peleas. Imaginaba que el matón al final desistiría o se limitaría a darle empujones.

Pero no fue así. Ni siquiera le dio tiempo a guardarse las gafas cuando aquel energúmeno le asestó dos puñetazos en la cara: uno a cada lado.

¿Por qué lo hizo? Probablemente porque *podía* hacerlo. La violencia depende casi siempre de esta razón fundamental.

Uno de los puñetazos le alcanzó la arcada de la ceja izquierda y se la rompió.

Cuando eso ocurre, se sangra muchísimo. La gente se asustó, algunos gritaron, otros pidieron ayuda y los conjurados salieron corriendo. De ese momento, en el que todo lo que le rodeaba había perdido nitidez (suele ocurrir, con dos puñetazos en la cara), mi padre solo recordaba dos cosas.

La primera, el agua fría de la fuente que, a causa del viento, le salpicaba la cara y se mezclaba con la sangre.

La segunda, los ojos de mi madre.

–Pero ¿tú a mamá la conocías ya antes de este episodio? –Solo por lo que se decía.

–¿Qué se decía?

–Que era muy guapa. Lo es todavía. Era famosa por eso.

Si era tan guapa ¿por qué te marchaste de casa?

Las palabras, que naturalmente no tenían mucho sentido, se materializaron sin control en mi cabeza, como un cartel de neón. Y parpadeaban. En realidad llevaban años parpadeando.

–Aun así, yo no la reconocí enseguida en medio de tanta confusión –prosiguió.

Necesitó unos cuantos segundos para retomar el hilo.

—¿Y después?

—Alguien me acompañó a urgencias. No recuerdo quién. Puede que fuera algún empleado de la facultad, pero también vino mamá, y allí se quedó hasta que me pusieron los puntos y me dieron la medicación. Después nos fuimos a tomar un café y a fumar un cigarrillo. Y, bueno, así fue como nos conocimos.

—¿Por qué nunca me contasteis nada de esto?

Mi padre se encogió de hombros.

—No lo sé. No se dio la ocasión.

—¿Cuántos años teníais?

—Yo veintiuno.

—¿Y mamá?

—Dieciocho.

—¿Y estuvisteis juntos desde entonces..., o sea, hasta que os separasteis?

Puso una expresión muy rara, con una sonrisa ambigua, de esas indescifrables.

—No. Rompimos tres años después.

Una tarde –mis padres llevaban ya un par de años separados– yo, como de costumbre, no tenía ganas de hacer los deberes. De modo que decidí prepararme un bocadillo con lo que encontrara en la nevera y concederme una pausa.

Hago un uso impropio de la palabra «pausa», ya que esta presupone el comienzo de una actividad y la interrupción temporal de la misma, y yo todavía no me había sentado a estudiar. Sin embargo, tengo que admitir que nunca me he dejado condicionar por este tipo de cuestiones nominales. Incluso hoy me siento capaz de tomarme una pausa en un trabajo mucho antes de ponerme a hacerlo.

La luz de la cocina estaba apagada. La encendí y vi a mi madre sentada con los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos. Tenía puesto el abrigo y había dejado el bolso en el suelo. Estaba a punto de salir, pero algo la había paralizado, congelándola en esa penumbra tan familiar y de repente tan tenebrosa, en una postura y con una *mirada* que no eran habituales en ella.

La imagen me perturbó hasta tal punto que me temblaron las piernas.

Se volvió hacia mí como a cámara lenta y por unos instantes tuve la impresión de que no me reconocía. Después tuvo un sobresalto.

–Ven aquí, tesoro.

Me acerqué y ella me tomó de la mano.

–Perdóname, perdóname, tesoro mío.

–¿Por qué, mamá?

–A veces pienso que no soy adecuada, que no soy una buena madre. Perdóname.

No es verdad, claro que eres una buena madre, me habría gustado decirle.

Habría querido decirle que no fue culpa suya que papá se fuera de casa. Tampoco lo era mía, no era culpa de ninguno de los dos. Habría querido decirle que conseguiríamos estar bien sin él.

Pero no pude, como tantas veces en mi vida en las que no he hablado aun sabiendo que era necesario hacerlo. Ella se echó a llorar, yo también me eché a llorar, y me quedé en silencio y solo fui capaz de abrazarla, sintiendo bajo mis manos la suave lana de su abrigo rojo y el perfume de su piel, seca y suave, como un talco preciado y antiguo.

Se repuso y me limpió las lágrimas de la cara con la yema de los dedos, diciéndome que no era nada, que a veces ocurren estos momentos de desesperación.

Y luego pasan, añadió.

Se puso de pie, me dio un beso en la frente y me dijo que tenía que irse porque si no llegaría tarde.

Había una especie de ambigüedad rítmica en el relato de papá. A ratos daba muestras de alivio, incluso parecía contento de poder abrirse conmigo, como si hubiera estado esperando mucho tiempo esa ocasión. Un momento después parecía asaltado por la duda, en apuros, casi reticente. Entonces me veía obligado a animarlo a seguir.

–Me gustaría que me contaras toda la historia.

Cogió la servilleta y se puso a limpiar sus gafas con cuidado, aunque no parecía que lo necesitaran.

–Nos hicimos novios un par de meses después del incidente de la fuente y estuvimos juntos unos dos años y medio. Yo tenía veinticuatro años y hacía poco tiempo que me habían nombrado asistente ordinario cuando... rompimos, por así decirlo.

–¿Asistente ordinario?

–Era una figura de la universidad antes de la reforma. Cuando te licenciabas, si el profesor te llamaba para trabajar con él te convertías en un asistente voluntario, es decir, que no te pagaban. Después se convocaban oposiciones para el puesto de asistente ordinario. Si las ganabas, te contrataban, te pagaban y podías incluso dar clase. El paso siguiente era ser profesor ordinario.

–Que es lo que sois tanto tú como mamá.

–Pues sí.

–¿Era normal llegar a ser asistente ordinario con veinticuatro años?

–No muy frecuente, pero tampoco excepcional.

–¿Cuándo te hiciste profesor?

–Con veintiocho años.

–¿Y eso era normal?

–No, de hecho, antes de los treinta o de los cuarenta era bastante raro.

–¿Y por qué rompisteis tú y mamá? Cuando erais jóvenes, quiero decir.

–No creo que sea una buena idea hablar de eso.

–Tú eres del 32, ¿verdad?

–Sí. ¿Qué tiene que ver?

–¿Y todo eso sucedió cuando tenías veinticuatro años? O sea, ¿en 1956?

–Sí.

–Estamos hablando de hace casi treinta años. Tuvo que suceder algo terrible si no estás seguro de que sea una buena idea hablar de ello.

Lo dije bien. El tono era sarcástico aunque no demasiado. Una frase adecuada, de adulto.

Mi padre asintió con la cabeza dándome la razón. Encendió el enésimo cigarrillo y fue en ese instante cuando noté, por vez primera, que las falanges y las uñas de los dedos índice y corazón de su mano derecha estaban amarillas debido a la nicotina.

–Vale, aunque en realidad no es del todo exacto decir que *decidimos* romper. Fue ella quien lo decidió, yo solo lo acepté. Fue una tarde de marzo, un viernes, y habíamos quedado para ir al cine. Todavía me acuerdo de la película que queríamos ver: *La última vez que vi París*, con Elizabeth Taylor. Se basaba en un relato de Fitzgerald, que en aquella época era uno de mis

escritores preferidos. Pasé a recoger a tu madre y me dijo que prefería que diéramos un paseo porque tenía que hablar conmigo.

Esbozó una sonrisa sin alegría y añadió:

–Empieza a preocuparte si tu novia o tu mujer cambia de planes y te propone dar un paseo para hablar. Es una trampa, seguro.

Dejó pasar unos segundos.

–De un modo u otro –concluyó, supongo que tras haber analizado las distintas variantes del término «trampa».

–¿Qué te dijo?

–La típica frase que se dice en estos casos. Solo que entonces yo no sabía que era tan típica.

–¿Y cuál es?

–Que necesitaba tiempo para reflexionar. Que estaba a punto de licenciarse y que le apetecía irse al extranjero, que quería solicitar una beca. No estaba segura de sus sentimientos y consideraba injusto tenerme atado a una situación que a ella misma no le resultaba clara. Y cosas por el estilo.

–¿Y tú no habías intuido nada? Quiero decir, ¿que pudiera hacerte un discurso de ese tipo?

Otra sonrisa triste.

–Los matemáticos, sobre todo los jóvenes, tienden a no tener en cuenta detalles tan poco relevantes como la variabilidad del ánimo humano. Prolija premisa para decirte que no, no había intuido nada.

–¿Y tú qué le respondiste?

–Es extraño, recuerdo perfectamente lo que me dijo ella, lo que te he contado, pero no me acuerdo de lo que dije yo. Estaba confundido, no me lo esperaba. Creo que le pedí alguna explicación, ah, sí, le dije que me parecía una decisión precipitada. Valiente estupidez. ¿*Precipitada* por qué? A *mí* me parecía precipitada. Pero a ella no, ella había estado pensándolo mucho, su decisión lo era todo menos impulsiva. Pero en ese momento no era capaz de dedicarme a distinciones tan sutiles.

–¿Y después?

Papá no respondió enseguida. Arrugó la frente, como si tratara de reordenar una maraña de ideas confusas o se preguntase hasta qué punto era oportuno revelar detalles de aquella vieja historia.

–¿Mamá no te ha hablado nunca de nosotros?

Negué con la cabeza. Era la respuesta que se esperaba.

–Rompimos, tal y como había decidido tu madre, y yo me quedé con el corazón destrozado.

Si alguien me hubiera dicho tan solo el día antes que mi padre utilizaría una expresión de ese tipo y además referida a sí mismo, no le habría creído.

–Aunque ¿sabes qué? No recuerdo realmente qué era tener el corazón destrozado. Me asoma el recuerdo borroso de una emoción violenta y terrible. Sé que era así porque me lo he repetido muchas veces, pero no consigo revivirla.

Se interrumpió de pronto, como si sin darse cuenta hubiera llegado al borde de un precipicio. Apagó el cigarrillo y no añadió nada más.

Pero yo ahora quería saber más. De repente me parecía una cuestión *urgente*. ¿Cómo era posible que después de que hubieran roto cuando eran jóvenes, se volvieran a encontrar, se casaran, me tuvieran a mí, y de nuevo hubieran decidido separarse definitivamente? ¿*Qué* ocurrió? ¿Quién lo decidió esa segunda vez? Siempre di por hecho que había sido mi padre, pero ahora

muchas de las convicciones sobre las que había fundado mi sentido de identidad –quién era yo, por qué era así y de quién era la culpa perdían consistencia, resultaban evasivas o sugerían otra cosa.

La historia de la pequeña cicatriz en la ceja había entreabierto una puerta a un mundo desconocido. Era imposible desviar la vista de lo que había ahí dentro, en la penumbra. Era imposible retirarse como si nada.

–Por favor, continúa.

Se pasó la mano por la cara en un gesto involuntario.

–Sucedieron muchas cosas para poder contártelas aquí, ahora. Muchas ni siquiera tienen interés.

–¿Cuánto tiempo pasó hasta que os volvisteis a encontrar?

–Nos encontrábamos por ahí de vez en cuando.

–Sí, pero ¿cuándo volvisteis a ser novios?

De un modo neutro y un poco forzado me contó que pasados unos años empezaron a salir de nuevo y en pocos meses se casaron. Un relato tan poco detallado que parecía desprovisto de esencia.

En ese momento llegó Monsieur Dominic para preguntarnos si estábamos bien y si queríamos otro aguardiente. Mi padre dijo que no, gracias, que ya habíamos bebido bastante, pero parecía contento con la interrupción, como si lo hubieran liberado del peso de tener que proseguir. Se puso a hablar con él de no sé bien qué, aunque más o menos intuía el tema.

Mi padre le preguntó qué se podía hacer después de cenar, si no queríamos ir a dormir. El hombre interpretó mal la pregunta: ¿estábamos buscando chicas, acaso? Me pareció oír la palabra *putains*, seguida de un enfático punto de interrogación. Estaba sorprendido, Dominic, no le parecíamos esa clase de tipos. Mi padre sonrió. No, no; no estábamos buscando chicas. Quizá un local donde poder escuchar música o un cine que estuviera abierto hasta tarde, o cualquier otra cosa, porque no queríamos ir a dormir. ¿Podía sugerirnos algo? Hasta ahí, conseguí seguir más o menos la conversación. Después se pusieron a hablar más rápido y me perdí.

Terminada la conversación Dominic sacó el bloc donde anotaba la comanda, escribió algo en mayúsculas, arrancó la hoja y se la dio a papá.

Nos pusimos de pie, le dimos la mano mientras decía algo relacionado con vernos pronto por allí, quizá la noche siguiente –o al menos eso me pareció entender–, y después nos fuimos.

–¿Qué te ha escrito? –le pregunté cuando apenas nos habíamos alejado una decena de metros del restaurante, en dirección al muelle.

–Las señas de un local donde tocan jazz. ¿Qué hora es? –Papá nunca llevaba reloj.

–Las diez y media.

–Ha dicho que nunca empiezan a tocar antes de medianoche. Damos una vuelta por aquí y luego vamos.

Dimos un paseo por el puerto rodeando el Panier pero sin entrar en él.

Ese lugar provocaba una sensación ambigua que oscilaba entre un aire casi familiar como de pueblo, y la sensación de un peligro latente y áspero. Había algo que serpenteaba en silencio por esos callejones y te observaba sin ser visto.

Nos sentamos en un bar con la intención de no beber nada con alcohol. Gastaut había prescrito que pasara dos días haciendo vida normal, pero convinimos que el concepto de normalidad no incluía emborracharse con vino y aguardiente, aunque fuera bajo la estricta vigilancia (y con la participación) de mi padre.

Así que pedimos dos cafés, posiblemente los peores de toda nuestra estancia en la ciudad, y retomamos nuestra charla. Nunca había tenido interés por nada relativo a mi padre. Ahora me interesaba todo: las preguntas surgían una detrás de otra.

–¿Cómo eras cuando tenías mi edad?

–No lo sé. Nunca se me ha dado bien hablar de mí, quiero decir, hablar de mí de forma creíble. Creo que es un fenómeno bastante frecuente. Pídele a alguien que conoces bien que se describa y comprobarás que casi nadie sabe hacerlo. En el mejor de los casos sueltan algún estereotipo más o menos elaborado. En otros, te cuentan las fantasías en las que ellos mismos tienen necesidad de creer.

–Vale, pero ¿había algo que te gustaba de verdad?

–Me gustaban las matemáticas y la música. Soñaba con ser un pianista de jazz y un gran matemático. De esas dos aspiraciones, digamos que conseguí media.

–¿Qué quieres decir?

–No llegué a ser pianista de jazz y a lo sumo soy un buen matemático. Fantaseaba con pasar a la historia por haber demostrado el teorema de Fermat, pero no lo he logrado y seguro que nadie recordará nunca mis modestas teorías.

–Tendrías que explicarme quién es Fermat.

–Era un matemático y jurista francés del siglo XVII. Antes era frecuente que la misma persona fuera a la vez jurista y matemático. Una vez un amigo mío, profesor de Derecho Civil, me dijo que la inteligencia para entender bien el Derecho tiene una conformación muy específica y muy similar a las matemáticas. Ante mi escepticismo y para convencerme, citó a un gran matemático polaco, Stefan Banach, que decía que los buenos matemáticos consiguen ver la analogía, mientras que los *grandes* consiguen ver una analogía detrás de otra. Es una definición genial y mi amigo decía que valía también para los juristas: los buenos perciben la analogía, la homogeneidad y la heterogeneidad; los grandes, las analogías entre analogías. En definitiva, son capaces de situar el discurso en otro nivel.

»En cualquier caso, Fermat hizo muchos descubrimientos importantes, pero es famoso por un teorema sobre el que decía haber hallado una demostración maravillosa. Por desgracia, escribió él mismo, los márgenes del libro en el que tomaba apuntes eran demasiado estrechos para contenerla. No sé si realmente dio o no con esa demostración, es más, tengo mis dudas sobre ello, pero desde aquel momento los matemáticos de todo el mundo la buscan sin ningún éxito y a día de

hoy nadie sabe si existe realmente. De ahí que haya muchos que prefieran hablar de la conjetura de Fermat.

–No entiendo, ¿tomaba apuntes en los márgenes de un libro?

–Sí, sobre la *Aritmética* de Diofanto de Alejandría, que era un matemático griego.

–¿Y eso sucedió en el siglo XVII?

–En 1637, para ser exactos.

–¿Y desde entonces nadie ha podido demostrar el teorema?

–Hay quien se ha acercado muchísimo, pero sin llegar a la demostración. Ten en cuenta además que los instrumentos algebraicos de los que hoy disponemos son mucho más sofisticados y potentes que los que había en tiempos de Fermat.

–¿Tú eres uno de los que ha estado cerca?

–Eso llegué a pensar, pero me equivocaba. Lo estuve intentando durante veinte años y después me rendí; las matemáticas son un deporte para atletas jóvenes.

Dejó pasar unos segundos y continuó.

–Alguien lo logrará tarde o temprano. La demostración, por ahora, solo aparece en una novela.

–¿Qué quieres decir?

–Me han dicho que en el último libro de Oriana Fallaci, que no he leído, el protagonista descubre la demostración, pero como está en la cárcel, aislado, sin lápiz ni papel, no puede anotar la solución ni retenerla en la cabeza y la olvida.

–¿Y eso es creíble?

Mi padre adoptó una expresión insólita.

–Bueno, los caminos del genio son infinitos, la intuición repentina es una parte fundamental del progreso científico, por consiguiente también del matemático, aunque es poco probable que esta intuición se manifieste sin una previa incubación que implica mucho trabajo de papel y lápiz. De todos modos, novela aparte, son muchos los matemáticos que han creído haber demostrado la conjetura y que luego, por sí mismos o con ayuda de cualquier otro, se han dado cuenta de que no era así, que en algún punto de la demostración había un error.

–¿Por qué las matemáticas son tan importantes para ti?

–Por qué *eran* tan importantes. Lo entendí hace pocos años, más o menos cuando decidí renunciar a la conjetura de Fermat. Hasta entonces había pensado que la razón por la que me gustaban era que encontraba placer en la belleza. No me interesó nunca la aplicación práctica de lo que investigaba, de lo que intentaba descubrir. El criterio era la belleza. La belleza pura y simple.

Se quitó las gafas, cerró los ojos y se los frotó. Hizo el gesto de coger su taza, pero debió de acordarse de lo malo que era el café y cambió de idea.

–Más tarde descubrí que las matemáticas eran un modo de mitigar la ansiedad, un instrumento con el que combatir la amargura de la existencia y su imprevisibilidad. Una defensa contra el miedo. En alemán, uno de los idiomas más precisos que existen, con diversos sinónimos para cada concepto, hay una sola palabra para definir el miedo y la ansiedad: *Angst*. Pues eso, las matemáticas eran una defensa contra el miedo, un remedio al caos y un modo de domesticarlo.

Se interrumpió. Supongo que a consecuencia de mi asombro.

–¿Estás bien? –me preguntó.

–Jamás habría pensado que pudieras hablarme de este tipo de cosas.

–Bueno, ninguno de los dos habría pensado nunca encontrarse en una situación semejante, volviendo al tema de la imprevisibilidad y la ingobernabilidad.

–Tienes razón, continúa.

–A muchos matemáticos les gusta creer, aunque no suelen declararlo explícitamente, que todo puede ser reducido a símbolos y fórmulas. Yo mismo lo creía, de un modo más o menos consciente: el universo tiene una estructura matemática y se trata solo de desvelarla.

–¿Y no es así?

–No, no lo es. Las matemáticas no preceden a los descubrimientos de los matemáticos. Es una construcción que explica muchas cosas del mundo pero no todas.

Hizo otra pausa.

–¿Me sigues?

Lo seguía.

–A los matemáticos les gusta sentirse superiores. Hay una historieta, una especie de chiste si lo prefieres, que lo describe perfectamente.

Justo en ese momento se acercó a nosotros un perrito blanco con manchas negras, una especie de fox terrier callejero. Dejó que lo acariciáramos moviendo la cola dignamente como muestra de cordialidad pero sin ningún tipo de sumisión.

–*Tati, viens ici* –lo llamó una señora con el pelo corto que parecía una modelo de Modigliani. El perro corrió hacia ella.

–¿Sabes quien era Tati?

–No.

–Un actor cómico francés. Una comicidad surrealista, inteligente. Murió el año pasado. –Hizo una breve pausa y añadió–: A tu madre le gustaba mucho.

La referencia a mamá quedó suspendida entre nosotros un instante.

–Bueno, el chiste. Un astrónomo, un físico y un matemático atraviesan Escocia en tren. En un momento dado ven una oveja negra pastando en un prado. El astrónomo exclama: «¡Qué interesante, así que en Escocia las ovejas son negras!» El físico lo mira con cierto desdén: «Vosotros, como siempre, con vuestras generalizaciones arbitrarias. En realidad la única certeza irrefutable es que en Escocia hay, al menos, una oveja negra.» El matemático los mira, suspira y concluye de modo didáctico: «No tenéis remedio. Lo único que podríamos decir es que en Escocia hay al menos una oveja y que al menos un lado de esa oveja es negro.»

Dije que era bueno, con un tono que hizo que me sintiera adulto. Era bueno, confirmó él; estaba claro que se lo había inventado un matemático –o como máximo un lógico– y reflejaba con precisión la actitud de los matemáticos respecto a los demás científicos.

Encendió otro cigarrillo.

Pensé que había algo de irremediable y trágico en ese fumar constante, en esa demostración de debilidad que él casi conseguía transformar en lo contrario. Se intuía una elección deliberada de autodestrucción en la repetición de ese ritual siempre idéntico: sacar del bolsillo el paquete blando y aplastado, dar golpecitos sobre el borde superior para que saliera el filtro ocre, ponérselo en los labios, encender una cerilla y aspirar como si nada.

–A veces me siento cansado.

–¿Cansado de qué?

–Si pasas muchos años de tu vida convencido de ser depositario de un saber superior, cuando ese convencimiento se quiebra, te sientes perdido. Es como si, de repente, todo dejara de interesarte.

–Pero tú tienes un montón de intereses, la música, los libros...

–Sí, bueno, lo de leer es un buen ejemplo. Tienes razón, he leído siempre mucho. Pero con una

actitud que en el fondo era equivocada. Peligrosamente equivocada.

–¿No estás exagerando?

–Espera, déjame terminar. Estudiaba y leía, pero siempre convencido de que las cosas verdaderamente importantes se hallaban en otro lugar. Que el verdadero conocimiento era el científico, concretamente las matemáticas, y que todo lo demás era cháchara, en el mejor de los casos casi ingeniosa. Me enfrentaba a novelas, libros de filosofía, política o sociología con la misma disposición con la que ciertos intelectuales leen, qué sé yo, novelas negras o de ciencia ficción. Un pasatiempo, no del que avergonzarse, pero de cuya naturaleza debe uno ser consciente para no engañarse. Están las cosas serias y lo intrascendente, más o menos elegante, más o menos sofisticado, más o menos complejo, pero intrascendente al fin y al cabo. Te lo concedes con cierta reserva mental, aunque se trate de un ensayo de Sartre. Un pasatiempo frívolo de la inteligencia antes de volver a las cosas serias. Ahora, sin embargo, me siento completamente descolocado.

Parecía frágil. Tuve el impulso de darle una palmadita en la espalda.

Él se masajeó las sienes y entrecerró los ojos.

–Puede que dependa del hecho de no haber cumplido mis expectativas, aunque sospecho que si hubiera alcanzado mis sueños de gloria matemática, un momento así habría llegado igualmente. Imagino que también depende del hecho de que me hago viejo y me da miedo la muerte. –Se interrumpió–. No debería hablar contigo de estas cosas. –Y empezó a mover la cabeza como negando con decisión.

–¿Tienes a alguien más con quien hacerlo?

Me miró como si no hubiera entendido bien, como si no hubiera oído la pregunta.

–No, a nadie –admitió al final.

–Entonces háblalo conmigo.

La respuesta pareció sorprenderle, como el que de repente descubre una posible solución.

–Claro –susurró–. Lo hablo contigo. –No había un solo atisbo de ironía que aludiera a la rareza de esa pequeña conversación–. Nunca pensé que me haría viejo. Parecía imposible que en cierto momento de mi vida dijera: «Tengo cuarenta años.» Ahora tengo más de cincuenta.

Terminó el cigarrillo con una calada tan intensa que le trazó dos surcos en las mejillas.

–Debía morir joven. No físicamente, sino como matemático. Cambiar de trabajo, dejarlo en cuanto empezara a perder fuerzas. Por muy bueno que sea uno, yo era *medianamente* bueno, llega un momento en que descubre la propia mediocridad respecto al talento superior, y aún más respecto al genio. Uno debería ser capaz de apearse del carro justo al llegar al límite de sus posibilidades, cosa que nunca ocurre.

–¿Cuándo descubriste que se te daban bien las matemáticas?

La pregunta sonó un poco a reprimenda: no me gustaba su discurso ni tampoco las cosas que decía.

Pareció darse cuenta y adoptó un tono menos dramático.

–En realidad siempre se me dieron bien, desde pequeño. Aunque hay un episodio concreto. Uno de esos momentos en los que vislumbras una especie de predestinación y que te gusta recordar.

–¿Qué pasó?

–Acababa de empezar el bachillerato, eran las primeras semanas de instituto. El profesor nos contó una anécdota sobre un matemático del pasado, Gauss; una historia de cuando él iba al colegio. Parece que un día en la clase de Gauss, que entonces tendría nueve años, los niños estaban particularmente inquietos. El maestro, exasperado, les ordenó que se pusieran a sumar

todos los números del 1 al 100. La idea era tenerlos entretenidos un buen rato y así quedarse tranquilo.

En ese momento un chico y una chica de mi edad o poco más, en sandalias, largas camisas y pinta de hippies se nos acercaron, nos llamaron hermanos en inglés –*Hi brothers*– y nos pidieron un cigarrillo. Mi padre sacó el paquete y les dio tres o cuatro.

–5050 –dije cuando nuestras miradas se cruzaron de nuevo.

–¿Cómo dices?

–5050 es el resultado de la suma.

–Ah, ¿entonces te había contado ya esta historia? No me acordaba.

–No.

–No, ¿qué?

–No me la habías contado.

Su cara adquirió una expresión de estupor.

–¿Cómo lo has hecho? –dijo despacio.

Me tomé unos instantes antes de responder.

–He visualizado todos los números del 1 al 100 dispuestos en un segmento. Después, como en un dibujo animado, he cerrado ese segmento transformándolo en un círculo cuyos extremos, 100 y 1, se tocan. En ese punto me ha parecido natural sumarlos: 101. Luego he observado el diámetro del círculo, que partía del punto exacto entre el 1 y el 100 y llegaba al punto exacto entre el 50 y el 51. He sumado también esas dos cifras y he visto que el resultado era el mismo. Me he dado cuenta de que el número 100 se divide en 50 pares cuya suma (la de cada par) es siempre 101. He multiplicado 101×50 , es decir, $100 \times 50 + 50$.

–¿Serías capaz de traducirlo en una fórmula?

–Creo que sí.

Me acercó el pequeño bloc de notas negro y la pluma que llevaba siempre consigo y escribí: $n / 2 (n + 1)$. Rectifiqué: $n (n + 1) / 2$.

–Así está mejor.

Le devolví la pluma. La sostuvo en la mano como si fuera un cigarrillo: estaba seguro de que de un momento a otro se la iba a meter en la boca.

–¿Qué nota sacaste en matemáticas en el primer cuatrimestre?

–Un seis.

–Un seis. ¿Y qué sacarás a final del curso?

–Pues otro seis.

–¿Por qué?

–¿Por qué qué?

–Sabes perfectamente a lo que me refiero.

Me encogí de hombros. Papá se inclinó hacia delante.

–De pequeño, en los primeros años de primaria, eras un portento. Después pasaste a enseñanza media y cambió todo.

Él se marchó de casa cuando yo estaba cursando cuarto de primaria y mi rendimiento escolar – óptimo hasta ese momento– cayó en picado, estuve a punto de repetir curso.

Me recuperé un poco al inicio del bachillerato asentándome en una tranquila mediocridad: sacaba notas aceptables en casi todas las materias, muchos seis y algún siete. Aun así, el talento para las matemáticas que parecía tener cuando era niño se había esfumado.

Lo miré de nuevo a los ojos. Había una nota de insoportable y opaca vulnerabilidad en su

expresión. Tuve que apartar la mirada.

–No has terminado de contarme la anécdota, la historia de tu profesor.

Tuvo un leve sobresalto.

–Ah, sí. Dijo que Gauss había respondido en pocos segundos y preguntó si había alguien capaz de hacer lo mismo que él.

–Y tú levantaste la mano.

–Sí.

–¿Y él?

–Me preguntó cómo lo había conseguido. Le expliqué que me había imaginado los números como puntos dispuestos en una línea y había sumado los extremos: $100 + 1$. Después me di cuenta de que la suma de 99 y 2 era la misma... Así que fue fácil. Tu solución es mejor, con la línea convertida en círculo. El dibujo importa.

–¿Y cómo lo hizo Gauss?

–No se sabe. Ni siquiera se sabe si la anécdota es verdadera o es una de las tantas leyendas que circulan en torno a los genios. En cualquier caso, años más tarde supe que ese profesor hacía la misma pregunta a toda la clase al empezar el curso. Por lo visto solo dos respondimos; el otro no sé quien fue.

–Se pondría contento, el profesor.

–Me puso un nueve. En realidad, llegar a la solución en un tiempo tan breve habría merecido la nota más alta, me dijo, pero si me hubiera puesto un diez habría significado que no había nada que mejorar y habría contribuido a desperdiciar mi talento.

Se concentró.

–No recuerdo con precisión sus palabras, pero el sentido era ese: no desperdiciar el talento.

Eran ya las once.

–¿Entonces te apetece ir al local que nos ha dicho Dominic?

–Sí, claro, nunca he escuchado jazz, igual me gusta.

–*Crees* que no lo has escuchado, pero el jazz está en todas partes, dijo alguien.

–¿Alguien quién?

Soltó una risita.

–Yo mismo. Sobre el jazz circulan multitud de aforismos. El más famoso es de Louis Armstrong: «Si necesitas preguntar qué es el jazz, nunca lo sabrás.»

Se sacó el mapa y buscó la dirección que nos habían dado.

–Son unos cuarenta minutos caminando. Si quieres cogemos un taxi.

–Vamos caminando, así hacemos que pase el tiempo.

–Dominic dijo que no era muy buena zona.

Me encogí de hombros.

–Tampoco el puerto lo era.

Mi padre no puso más objeciones y echamos a andar de nuevo por la Canebière. Ya no había tanta gente y tal vez por eso algunas luces de neón parecían más intensas, como con vida propia.

Pasamos delante de un sexshop; luego de otro. Cuando llegamos al tercero, mi padre me preguntó si quería entrar.

–¿Lo dices en serio?

–Si estuvieras solo o con un amigo, ¿no entrarías?

–Claro que sí –respondí sin ningún atisbo de duda.

–Pues yo también. Así que más vale entrar sin pensarlo más.

Cruzamos el umbral. Había una gruesa cortina negra de plástico que separaba el interior del exterior. Un más allá respecto al mundo real, otra dimensión.

Recuerdo aquello como si lo tuviera delante en este momento: la iluminación era fría y violenta, parecida a la de los depósitos de cadáveres que salen en las películas, y el espacio mucho más grande de lo que uno habría imaginado. Desde fuera parecía una pequeña tienda de unos pocos metros cuadrados. Superada la cortina, en cambio, se accedía a un local amplio y profundo. Paredes llenas de estanterías con la parte central ocupada por largas vitrinas y cinco o seis clientes que ponían mucho esmero en no cruzarse las miradas. El único empleado era un chico delgado, de aspecto normal, poco mayor que yo, sentado detrás de la caja y que jugaba al ajedrez solo.

Las revistas y los vídeos estaban ordenados ostensiblemente por temas: orgías, lesbianas, disciplina, gay, fustas, animales. El surtido de objetos era para todos los gustos; aceites y pomadas que prometían en cuatro lenguas diferentes espectaculares aumentos de tamaño –«hasta ocho centímetros» estaba escrito en una caja provista de dibujos que *no* dejaba nada a la fantasía del cliente.

De vez en cuando me fijaba en lo que hacía mi padre. Se movía a sus anchas entre las estanterías examinando todo con atención, como si fuera en busca de ideas con que valorar la

actividad comercial en cuestión. En un momento dado cogió una fusta –un látigo de nueve colas, para ser exactos– y la probó golpeándose delicadamente el antebrazo.

Al fondo estaban las cabinas. Me acerqué a echar un vistazo: al lado de cada una había un cajetín. Introduciendo cinco francos se podía entrar, elegir un film de entre un vasto repertorio (dividido en áreas temáticas como las estanterías) y disfrutar de la visión privada durante unos minutos, con las consecuentes prerrogativas.

En cada puerta había un letrero: *«Prière de laisser cet endroit aussi propre que vous désirez le trouver en entrant»*. Se ruega dejar el lugar tan limpio como les gustaría encontrarlo al entrar.

Tuve la tentación de introducir los cinco francos, es más, tenía ya la mano en el bolsillo buscando las monedas cuando oí una secuencia de sonidos no articulados, fuertes y guturales, como de alguien que se está aclarando enérgicamente la garganta. Procedían de una de las cabinas y se mezclaba con una respiración afanosa que aumentaba rápidamente hasta concluir en un estertor impresionante.

Al cabo de unos instantes, de la cabina en cuestión salió un viejo con olor a tabaco que trataba de cerrarse una bragueta visiblemente maculada; estaba claro que no se había atendido al mensaje del cartel.

Saqué sin pensarlo la mano del bolsillo y me di cuenta de que mi padre estaba a mi lado.

–¿Nos vamos? –dijo con tono neutro.

Nos dirigimos a la salida. El dependiente ajedrecista no nos dirigió la mirada en ningún momento; me pregunto cómo hacía para controlar si alguien robaba.

Caminamos un rato en silencio.

–Me acabo de acordar de que cuando yo era pequeño a veces tocabas el piano –dije–. Ese que tenemos en casa.

–Sí, es cierto.

–Pero no me acuerdo de lo que tocabas.

–Un poco de todo, pero lo que más, jazz clásico.

–¿Estudiaste música de pequeño? Siempre me lo he preguntado.

–Durante algunos años tomé clases particulares con un maestro, pero solo aprendí a tocar la música que me gustaba cuando dejé de asistir a clase. En la universidad formé un grupo con tres amigos: piano, batería, contrabajo y saxo. Ganábamos algo de dinero tocando en bodas o en salas de baile. Era divertido. Incluso estuvimos pensando en la posibilidad de sacar un disco. Al final terminamos la carrera y cada uno siguió su camino, que no fue la música precisamente.

–¿Componíais?

–Sí, escribimos algunos temas. Dos o tres de ellos no eran malos, en mi opinión.

–¿Cuánto tiempo hace que no tocas?

–De vez en cuando toco un poco.

–Pero en tu casa no tienes piano.

Negó con la cabeza y seguimos caminando.

–¿Y entonces cómo lo haces?

–Un amigo mío tiene una tienda de instrumentos musicales y de vez en cuando deja que practique. Siempre elijo un piano diferente.

–¿Por qué no te llevaste el que hay en casa?

–No sé, quizá la idea de dejar algo a lo que le tienes cariño en un lugar del que no te quieres ir es como un modo de no irte del todo. Como esperar volver. No lo sé.

Su respuesta me dejó sin palabras. Si había decidido dejarnos a mi madre y a mí, ¿qué

significaban esas palabras?

No quise pedirle explicaciones, no estaba preparado aún para afrontar ese argumento.

–¿Y a ti qué música te gusta? –preguntó mi padre.

–No soy un gran apasionado. Me gustan algunos cantautores, solo algunos, el rock, y las canciones que contienen una historia o que hacen que te la imagines. Me interesa más la letra que la música.

–¿Por ejemplo?

Lo pensé unos segundos.

–Me gusta mucho una balada de Don McLean, pero no sé si lo conoces.

–Sí, me suena. ¿Cómo se llama la canción?

–«American Pie». Está inspirada en un hecho ocurrido en 1959, un accidente aéreo en el que murieron tres músicos. Contiene un montón de símbolos y me gusta escucharla porque cada vez que lo hago creo descubrir un nuevo significado o un episodio escondido. Dura casi nueve minutos.

–Me gustaría escucharla –dijo sin condescendencia.

–Vale, cuando volvamos te presto el disco.

Sonrió de un modo ambiguo.

–En realidad yo no sé casi nada de ti. No tengo ni idea de lo que quieres, de lo que te gustaría hacer. Pero puede que sea típico de todos los padres.

–No sé lo que quiero. Alguna vez me lo he preguntado, pero no he dado con ninguna respuesta. Si te digo una cosa, ¿me prometes que no te vas a preocupar? Ahora ya es agua pasada.

–No me voy a preocupar. Lo prometo.

–Alguna vez he pensado en cómo puede ser suicidarse.

No se inmutó.

–¿De qué manera?

–Precisamente, ese era el problema. No encontraba ningún método que me pareciera seguro. Quiero decir, que me asegurase que no iba a sufrir en absoluto.

–¿Y todavía lo piensas?

–No, hace tiempo que no.

–A mí también me ha pasado.

–¿En serio?

–Cuando iba al instituto. Después, una tarde, cuando estaba terminando la universidad, hablé del tema con algunos amigos. Uno de nosotros acababa de hacer el último examen y estaba a punto de licenciarse. Bebimos mucho, pasamos a las confidencias y en un momento dado les confesé que había pensado en el suicidio. Creía que mis amigos se sorprenderían. Y así fue, pero no por el motivo que yo me imaginaba. Les había pasado a todos, y yo en cambio convencido de que era una experiencia infrecuente y exclusiva.

Guardamos silencio. Hay momentos que se quedan grabados en la memoria de modo indeleble, porque sucede algo que cambia tu visión del mundo. La anécdota del suicidio me sacó del nimbo adolescente en el que había vivido hasta entonces. La nube en la que piensas que tus experiencias son únicas, inefables, trágicas y, sobre todo, incomprensibles para los demás.

–Un chico de mi instituto se suicidó el año pasado.

–Lo sé, me acuerdo.

–¿De veras?

–Habría querido decirte algo, pero al final no me atreví. ¿Lo conocías mucho?

–No, solo de vista. Coincidimos un par de veces jugando al fútbol.

–¿Se sabe por qué lo hizo?

–No, nadie lo supo nunca.

–Son cortocircuitos en la cabeza y en el alma de las personas, que nadie logrará nunca identificar. Te puedes volver loco intentándolo –afirmó encendiendo de nuevo el cigarrillo.

–Deberías fumar un poco menos.

Lo dije del tirón y sorprendiéndome de haberlo hecho.

Me miró unos segundos. Después guardó en el bolsillo el paquete de tabaco y las cerillas.

Llegamos a un cruce. Mi padre se detuvo para echarle un ojo al mapa. Las calles estaban desiertas.

–Por aquí –aseguró indicando una calle a la izquierda–. Ya casi estamos.

Tras recorrer varias manzanas la ciudad se había transformado en una periferia semidesierta con unos pocos coches estacionados aquí y allá. Había patios malolientes llenos de yerbajos y desechos; edificios fantasmas; viviendas públicas que parecían deshabitadas con inquietantes y tenues luces en las ventanas; muros medio derruidos dentro de los cuales se entreveían naves industriales abandonadas. Todo rezumaba abandono y desolación.

Un grupo de perros cruzó la calle: el jefe era un pastor mestizo que guiaba el cortejo, los otros lo seguían en fila, ordenados como en una especie de coreografía que me recordó la portada de *Abbey Road*. Fueron desapareciendo uno a uno por un callejón, desvaneciéndose en la oscuridad y poco después me pregunté si verdaderamente los había visto.

–¿Estás seguro de que es por aquí?

Me enseñó el mapa. El nombre de la calle que estábamos cruzando se correspondía al que había anotado Dominic.

–Tendría que ser allí, claro que es una zona extraña para un club de música.

–Yo, por si acaso, cojo esto –dije recogiendo del suelo una barra de hierro oxidado, de esas para mezclar el cemento armado.

Mi padre estuvo a punto de decirme no hagas tonterías, deja eso ahí..., o algo parecido, pero luego, teniendo en cuenta el contexto, debió de pensar que armarse no era tan mala idea.

Seguimos caminando. Un taxi nos adelantó y se paró a unos cien metros de distancia. Se bajaron tres personas y entraron en algún sitio mientras el coche se alejaba velozmente como si el taxista no quisiera pasar ni un segundo más en esos parajes.

–Debe ser allí –dije.

–Sí, eso parece –respondió mi padre apresurando el paso.

El portón entreabierto daba a un patio al fondo del cual había una especie de local prefabricado con un letrero verde y violeta: En Fusion. Tiré al suelo la barra de hierro y nos acercamos. Junto al edificio había coches aparcados y en la puerta del local dos tipos con pinta de pocos amigos. Uno era grande, alto y gordo, con la cara de un buda vicioso; el otro todo lo contrario: delgado y oscuro, con brazos fibrosos que parecían tiras de cuero. Los dos tenían el aire de ser ese tipo de personas con las que lo último que harías sería discutir.

Nos preguntaron si teníamos invitación. Mi padre dijo que no, que no la teníamos y que no sabíamos que fuera necesaria, que nos había mandado Dominic de Chez Papa para escuchar un poco de música.

Mencionar a Dominic funcionó. Se miraron uno al otro; el grande, que parecía el jefe, asintió. El flaco nos hizo pagar cien francos a cada uno, sin darnos ninguna entrada, y nos dejó pasar.

Era un espacio enorme con poca luz y mucha gente; ventanas abiertas de par en par, olor a hierro fundido, tabaco y humanidad. A un lado estaba el bar con la barra de madera y un montón de serrín en el suelo; del otro, junto a una pared de ladrillos gastados por el tiempo, un escenario al que en ese momento estaban subiendo los músicos.

Papá se encendió un cigarrillo.

–Qué sitio más raro, ¿no?

–Un poco raro, sí.

–Yo bebería algo, pero no sé si tú...

–Yo también. Gastaut ha dicho que haga todo lo que haría un chico normal de mi edad, así que tenemos que respetar la prescripción médica.

Mi padre no puso objeción. Fuimos al bar y pedimos dos cócteles –*perroquet* se llamaban– a base de pastís, sirope de menta verde, agua y hielo. La típica bebida fresca y sabrosa que te bebes como si fuera un refresco y que luego te ofusca las ideas y hace que te tiemblen las piernas.

Me puse a observar a la gente. Eran todos mayores que yo, aunque había muchas chicas: algunas eran jóvenes y algunas eran guapas y algunas llevaban faldas y pantalones ajustados y todas eran graciosamente vulgares; y yo me preguntaba qué podía acabar pasando en esa noche infinita que tenía por delante y en todas las demás noches de mi nueva vida –porque en ese momento estaba seguro de que iba a tener una nueva vida– y descubrí con alegría que me sentía bien y que no dormir no era tan malo, que quizá era lo que había que hacer siempre para que el tiempo durara más y fuera más interesante.

Los músicos se alternaban en el escenario. Cada quince minutos cambiaba el batería o el saxofonista o el bajista o el trompetista. Todos hombres, excepto una chica que durante un rato tocó la batería como si estuviera poseída. Solo el pianista era siempre el mismo: un tipo con camisa blanca, corbata negra y Borsalino gris echado hacia atrás para que se le viera la frente. Antes de cada pieza encendía un cigarrillo, le daba un par de caladas y luego lo dejaba consumirse en el cenicero con el humo que trazaba garabatos en su cara.

Era una *jam session*, me explicó mi padre.

–Es cuando los músicos se juntan para tocar sin un programa determinado, a veces sin ni siquiera conocerse, se alternan e improvisan sobre un standard.

–¿Qué es un standard?

–Buena pregunta. Un standard es..., cómo decirlo..., un tema de jazz muy famoso que con el tiempo se ha convertido en un clásico y todo el mundo lo toca. Una especie de parrilla musical sobre la que se improvisa. Una forma.

Quedó libre una mesita justo delante de los músicos y fuimos a sentarnos. Mi padre tenía razón: yo pensaba que nunca había escuchado jazz. Es decir, que nunca lo había hecho deliberadamente, pero entre disonancias, solos, compases, llamadas y respuestas, algo reconocía.

Mi padre parecía contento, no tengo una palabra mejor para decirlo. Cuando empezaban un tema nuevo, me decía el título y el autor. Después escuchaba concentrado, siguiendo el ritmo y acompañando con un movimiento de la cabeza los pasajes mejor resueltos.

Ahora eran cuatro los que tocaban: piano, batería, contrabajo y trompeta. El batería tenía el pelo largo y gris recogido en un moño, y miraba a su alrededor como buscando a alguien que no estaba allí. Sudaba mucho y cada tanto se pasaba una toalla por la cara.

El contrabajista era alto y guapo, miraba fijamente hacia delante y parecía algo tímido. Abrazaba el instrumento como un marido a su mujer en una foto de antaño.

El trompetista era un negro cincuentón con marcas de viruela en la cara y un tedio incurable en la mirada: nadie sabe las cosas que he visto y de todos modos no tengo ganas de contarlas. Estaba allí pero nada lo motivaba. No le importaba nada de nada, lo único, la música que tocaba, las notas lánguidas, lacerantes e hipnóticas que emanaban del instrumento, mientras cerraba los ojos y se le hinchaban las venas del cuello como si con su trompeta estuviera buscando una idea escondida en cualquier parte, en el aire. Como si quisiera dar con una regla secreta, la regla del todo.

Mi padre tamborileaba con la mano abierta sobre la mesa y con el pie golpeaba rítmicamente el suelo. Observaba a los músicos –principalmente al trompetista– con una vaga sonrisa dibujada en sus labios.

–Yo no es que entienda mucho, pero el que toca la trompeta me parece el mejor –dije en un momento dado.

–Así es. Los demás tocan bastante bien, pero solo él tiene realmente intención.

Estuve a punto de preguntarle qué quería decir con lo de la intención, pero él siguió hablando.

–La pieza se titula «So What», es de Miles Davis. Uno de los grandes genios musicales de este siglo. Es más, yo diría que uno de los grandes genios musicales de todos los tiempos. Uno que ha cambiado la historia de la música.

Justo en ese momento –o algo después, aunque la memoria tiende a concentrar los recuerdos para dotarlos de más orden y sentido del que tendrían los hechos a los que se refieren– un tipo subió al escenario y se acercó al pianista. Le susurró algo al oído y el músico recogió su vaso del suelo, se levantó, se excusó con los otros músicos, hizo una pequeña reverencia al público, se colocó bien la gorra y se alejó del escenario entre aplausos. Los otros dejaron de tocar mientras el tipo que había pasado el mensaje al pianista se dirigía al público –a nosotros– preguntando si alguien quería ocupar su lugar al piano.

Nadie se prestó, de modo que volvió a repetir la invitación dos o tres veces más sin ningún éxito.

Mi padre se movió y cambió de postura, como teniendo la intención de levantarse y lo hubiera pensado mejor diciéndose a sí mismo: no haga tonterías, profesor, olvídalo.

–¿Quieres ir tú? –le pregunté en voz baja.

–No, no. Mejor no –respondió bajando también la voz.

–¿Por qué no? Quiero decir, si sabes tocar, ¿por qué no lo haces?

–Mejor no –repetió con los ojos fijos en el escenario y en el taburete vacío del pianista.

–Venga, ve. –Y sin ser realmente consciente de lo que le estaba diciendo, añadí–: Me encantaría oírte tocar.

Se volvió despacio hacia mí como para asegurarse de haber entendido bien lo que le estaba pidiendo. Seguidamente se levantó e hizo un gesto con la mano para llamar la atención del tipo del escenario.

Mientras se dirigía al piano temí que no estuviera a la altura. Dijo que había tocado de joven en bodas y fiestas de estudiantes, que se ejercitaba de vez en cuando en pianos prestados; en el mejor de los casos era un aficionado y yo lo había mandado a hacer el idiota delante de un montón de franceses desconocidos que no iban a tener ningún problema en abuchearlo y echarlo a silbidos de allí.

¿Por qué no me había quedado callado?, me pregunté. Y mientras sorbía con la pajita el hielo derretido en el fondo del vaso, tuve la sensación de que estaba a punto de ocurrir algo irreparable.

Papá tomó asiento y ajustó la altura del banquito, ensayó un par de acordes, estiró los músculos del cuello y probó de nuevo mirando el teclado. Después levantó la vista y miró, uno por uno, a los demás músicos.

–«So What», *ça va*? –dijo el trompetista.

–*Ça va* –respondió mi padre, y comenzaron a tocar sin más.

Al principio con cautela. Yo entendía poco de *aquella* música en particular, pero tenía la impresión de que tocaba alguna nota de menos, de que se mostraba comedido, buscando el punto de sintonía, la vía de entrada.

Luego, poco a poco, las teclas empezaron a liberarse, el sonido del piano se volvió más pleno comenzando a dialogar con los otros como quien entra a participar educadamente en una conversación ya iniciada.

Observaba de un modo casi espasmódico cada uno de sus gestos, todo era ajeno a la imagen que me había hecho de él, casi misterioso. A ratos cerraba los ojos, a ratos se balanceaba hacia atrás y hacia delante. Sus manos eran ágiles y veloces: comunicaban un perfecto sentido de esencialidad, una metáfora bien conseguida, un ideal de estilo, un modo de estar en el mundo.

Llevaban tocando unos diez minutos cuando reapareció a un lado del escenario el pianista del Borsalino mientras sonaba un solo de trompeta. Se quedó allí parado escuchando y sonriendo. Mi padre le hizo una señal con la cabeza como diciéndole: ok, te he visto, ahora te dejo tu sitio. El otro respondió con un gesto como diciendo: sigue tocando. Mi padre sonrió.

El trompetista se dio cuenta –no estaba tan ausente como me había parecido–, emitió una serie de notas conclusivas, se volvió hacia mi padre y le cedió el paso. «Dale, te toca», decía la rotación moderada y esencial que aquel original negro hizo con el cuerpo, con la cabeza, con la trompeta: una muestra de respeto hacia el pianista aficionado que había tenido el valor de subir al escenario y ponerse a tocar con ellos.

Y papá tocó solo. No me lo hubiera confesado ni siquiera a mí mismo, pero estaba orgulloso de él, y habría querido decirles a quienes tenía al lado que aquel hombre delgado y elegante y de aspecto juvenil que tocaba el piano era mi padre.

Cuando terminó, respetando el sentido de lo que había tocado en dos escalas conclusivas y melancólicas, recibió un aplauso lleno de simpatía. Yo también le aplaudí y seguí haciéndolo hasta que me aseguré de que me había visto, porque comenzaba a entender que existían los equívocos y no quería que por nada del mundo ocurriera uno en ese momento.

En los años que siguieron he escuchado mucho jazz en sus diferentes formas y manifestaciones. Aprendí conceptos de los que aquella noche en Marsella no sabía nada: variaciones, paráfrasis, disonancias, cluster, cromatismos, interplay, improvisación modal, free jazz, etc.

Pero la verdad es que lo mucho o lo poco que entiendo ahora de jazz lo aprendí aquella noche.

Decidimos regresar andando, como habíamos venido. Pudimos haber llamado un taxi, pero nos dijimos que para que el tiempo pasase era mejor andar que ir en coche.

–Para que el tiempo pase. Qué tontería de frase. El tiempo se las arregla por sí solo para pasar, no necesita ayuda –dijo mi padre.

–A veces pienso en las frases hechas y me pregunto de dónde vienen. Algunas son realmente absurdas. Por ejemplo: *l'amico del giaguaro*.¹ ¿A qué se refiere?

–Creo que viene de un viejo chiste, no me acuerdo bien.

–Es una frase que siempre he odiado, quizás porque la decía a menudo una profesora que detestaba.

Vi que seguía allí el barrote que había tirado al suelo cuando llegamos, lo pisé un segundo y decidí cogerlo de nuevo.

–Por si acaso.

Al igual que antes, mi padre no dijo nada. Esta vez ni siquiera lo pensó.

–Sobre el paso del tiempo recuerdo haber leído una frase muy buena –dijo dando una patada a una botella de plástico.

–¿Cuál?

–Se ha hecho tarde muy pronto.

Sonreí, aunque no tenía la edad suficiente para entender del todo la tremenda exactitud que contenía esa breve frase.

–Nunca me habría imaginado que tocaras así el piano –comenté después de un rato.

–Reconozco que cuando subí al escenario estaba muerto de miedo. Luego, por suerte, no me fue tan mal. Sobre todo porque era una de mis piezas preferidas.

–Tampoco pensaba que me gustara el jazz.

–¿Y qué tal?

–Pues he descubierto que sí, que me gusta, aunque no sabría explicar por qué.

–La belleza del jazz reside en la imperfección. Imperfección en el más estricto sentido del término.

–No entiendo.

–Perfecto viene del latín *perficere*, es decir, completar. Imperfecto, desde el punto de vista etimológico, es todo lo que no es completo. La incompletud distingue al jazz de cualquier otro género musical. En música clásica, por ejemplo, la partitura contiene todas las notas que hay que tocar. El intérprete la lee y toca las notas escritas, ni una más ni una menos. La interpretación consiste en el diferente modo en que cada músico toca exactamente las notas escritas por el compositor. En el jazz la partitura es solo el punto de partida.

–¿Tiene relación con lo que me explicaste de los standards? ¿Hay una especie de parrilla sobre la que luego los músicos improvisan?

–Exacto. Se parte del standard, o sea, de las notas escritas en la partitura, para desde allí ir a la búsqueda de otras cosas. Cosas que no conoces antes de empezar. El ejecutor es en cierto modo el compositor de lo que está ejecutando.

–Dijiste que el de la trompeta tenía intención. ¿Qué significa?

Encendió un cigarrillo y aminoró el paso, como para concentrarse y poner en orden las ideas.

–Bueno, este es uno de los conceptos para el que pueden servir las palabras de san Agustín a propósito del tiempo. Si no me lo preguntas, lo sé. Si me lo preguntas, no lo sé. –Apagó el cigarrillo y continuó–. Se podría decir que intención es donde uno quiere llegar tocando un tema. O mejor, si queremos ser más precisos, es el *dónde* se quiere llegar pero también el *cómo*. Es la meta, pero también la ruta. Hay muchas clases de intenciones: seria, dramática, frívola, ingeniosa o incluso simpática. No soy capaz de explicarlo mejor.

–El trompetista parecía muy serio.

–*Era* muy serio.

Nos cruzamos con un tipo en pijama que llevaba un mastín enorme de la correa. Hombre y animal nos miraron con recelo: era evidente que éramos forasteros y cabía preguntarse qué hacíamos allí en mitad de la noche.

Miré la hora y me pregunté si estaba sacando al perro de paseo antes de acostarse o si era el primer paseo de la mañana. A propósito del concepto de tiempo.

–¿Cómo estás? –se interesó mi padre.

–Muy bien. ¿Y tú?

–Bien también. No estoy nada cansado.

Eran las tres menos veinte, caminábamos a paso ligero y ambos estábamos despiertos y de buen humor. De algún modo empezaba a captar los misterios de la ciudad por la que llevábamos moviéndonos tantas horas. Tenía la sensación de introducirme en lugares recónditos, vidas secretas, ventanas donde sombras de personas pasaban un instante y desaparecían para siempre. Y entre las líneas irregulares que formaban aquellas calles vislumbraba la clave oculta de mi vida presente y sobre todo de mi vida futura.

Papá tenía los ojos ligeramente ofuscados y una expresión absorta pero liviana al mismo tiempo.

–¿Crees que nos hemos perdido? –le pregunté.

–Me temo que sí.

–¿Consultamos el mapa?

–¿Qué más da? Al fin y al cabo no tenemos otra cosa que hacer –respondió con un deje de alegre locura en la voz.

Lo miré unos instantes para ver si hablaba en serio. Concluí que no hablaba en serio pero tampoco bromeaba.

–Alguien dijo que no saber orientarse en una ciudad no tiene importancia, pero perderse por una ciudad como si fuera un bosque es algo que hay que aprender.

Y así fue como intentamos aprender a perdernos. Enseguida nos dio una especie de fiebre del ánimo: pensábamos de otro modo, veíamos cosas –dentro y fuera de nosotros– de las que antes no nos habíamos percatado.

–A veces me pregunto qué significa ser libre –dije de repente.

–Yo creo que la libertad no puede existir al margen de cierta dimensión de riesgo, de inseguridad. Libertad es equilibrio precario, es estar un poco fuera de lugar.

–Me gusta esa idea de sentirse fuera de lugar.

–Lo mismo decíamos tu madre y yo hace muchos años.

Pasaron varios minutos en los que únicamente se oía el tenue silbido de su respiración de

fumador, el ruido amortiguado y esporádico de algún coche que pasaba y desaparecía, el repique de nuestros pasos.

–Parece que allí hay un bar abierto –dijo señalando un cartel encendido a lo lejos.

–Pues vamos a tomar un café.

–Vale.

–Pero eso lo dejas fuera –dijo señalando el barrote que a esas alturas me acompañaba con toda naturalidad como un arma de servicio–. En caso de controversia será mejor confiar en nuestras dotes dialécticas.

El lugar no era acogedor. La luz era fría y despiadada, las paredes estaban llenas de pósters de futbolistas del Olympique de Marsella, de la selección francesa y de tíos en chándal y guantes de boxeo en posturas de ataque. Estaba escrito «*Savate championnat national français 1981*» o algo semejante. En lo alto de una estantería, cerca de los pósters, se exhibían algunos trofeos.

Apoyado en una barra de madera roída y mugrienta, con encimera de mármol, había un tipo de la edad de mi padre que parecía una versión barriobajera de un personaje de Hanna-Barbera, un Ranger Smith de mirada esquiva y con barba de tres días. En un lado del local había una serie de mesas de metal que en otro tiempo debían de haber sido azules.

En una de esas mesas había tres tipos sentados que bebían un líquido de color amarillento, fumaban cigarrillos sin filtro y discutían animadamente y en voz alta.

Al vernos entrar dejaron de hablar durante unos segundos. Mi padre preguntó al dueño si podíamos sentarnos y este asintió con la cabeza señalándonos, con un evidente esfuerzo de cortesía, una de las mesas vacías.

Pedimos dos cafés. El tipo del bar nos preguntó si lo queríamos con un chorrito de pastís. Mi padre consideró la oferta y luego dijo que era mejor que no, que teníamos que mantenernos despiertos. Por alguna misteriosa razón a Ranger Smith le gustó la respuesta y esbozó una sonrisa.

—Por cierto, papá, soy yo quien tiene que mantenerse despierto. ¿Por qué no volvemos al hotel y duermes un poco? Yo me pongo a leer, estoy perfectamente.

—No, no. Si no te controlo, podrías quedarte dormido y tendríamos que empezar todo de nuevo. Quise replicarle pero él prosiguió.

—Y además no tengo ganas de dormir. Me gusta estar despierto. Siempre pensé en el sueño como en una obligación; con lo que no tener que hacerlo me da una sensación de libertad.

No había mucho que añadir, así que decidí cambiar de tema.

—Entonces habrá que ir pensando qué vamos a hacer mañana, o sea hoy, dentro de poco.

—¿Qué hora es?

—Las tres y cuarto.

El del bar nos trajo los cafés y nos preguntó si éramos italianos. Le dijimos que sí y enseguida se volvió más amable. Nos contó que su abuelo era de Sorrento, que él se llamaba Gerard Iaccarino y que, aunque había nacido en Marsella y nunca había estado en nuestro país, se sentía medio italiano. Hablaba en una lengua mixta que hasta yo entendía.

El año anterior, en la final del Mundial de Fútbol, animó a Italia después de que Francia perdiera en semifinales contra Alemania en la tanda de penaltis. El mejor jugador de Italia, según él, no era Paolo Rossi, sino Claudio Gentile, e Italia ese año se había hecho con el título porque tenía la mejor defensa del mundo.

—¿Qué deporte es ese? —pregunté yo, indicando los pósters de los boxeadores.

Savate, respondió. Un deporte de origen marsellés. Era como el boxeo pero se podían usar también las piernas. Uno de los atletas del cartel era hijo suyo, subcampeón de Francia en 1981.

Entraron cuatro chicos que hablaban acaloradamente todos a la vez, quizá de algo que acababa

de ocurrir y sobre lo que tenían opiniones opuestas. El señor Iaccarino volvió a su puesto detrás de la barra.

No recuerdo cómo acabamos hablando del tema del sexo, pero en un momento dado le dije a mi padre si podía hacerle una pregunta personal.

–Adelante.

–Es *muy* personal.

–Si es *demasiado* personal puede que me reserve el derecho a responder.

Me gustó esa puntualización. Solo que ahora debía hacer la pregunta personal. Y exponerla en voz alta no era fácil.

–Me preguntaba..., o sea, quería preguntarte cuántos años tenías cuando estuviste con una chica por primera vez.

Tomó un buen respiro. Dejó pasar unos diez segundos, quizás alguno más.

–Tenía diecinueve años –dijo finalmente. Su expresión indicaba que no había terminado de responder. Guardamos silencio un momento.

Nunca había hablado de este tema con mis amigos. Algunos, al igual que yo, no habían estado nunca con una chica. En el sentido de hacer el amor. Otros sí, pero me daba vergüenza preguntarles cómo era, cómo había que comportarse y todo lo demás. No quería parecer el pobre chaval al que tomaban el pelo porque a sus casi dieciocho años aún no había estado con una chica; el pobre chaval que hacía preguntas morbosas y se masturbaba como si tuviera trece años.

Tras un breve cálculo llegué a la conclusión de que si eso había sucedido cuando papá tenía diecinueve años, no había sido con mi madre. Lo cual hacía la conversación más fácil.

Él prosiguió, como si antes hubiera tenido que reordenar un poco las ideas.

–Casi todos mis amigos habían estado ya con una mujer y yo era uno de los pocos que no lo había hecho.

No conseguía imaginarme que en los tiempos de mi padre, a los diecinueve años, fuera normal hacerlo por primera vez. Hay un montón de tópicos, me dije. Uno piensa siempre que en tiempos de sus padres se llegaba virgen al matrimonio. Que se era menos libre para todo, a fin de cuentas.

–¿Y estabais..., salíais juntos? ¿Tenía tu misma edad?

Esbozó una sonrisa. En ese momento pensé que iba a coger el paquete de tabaco y a encender un cigarrillo, pero no lo hizo.

–No era tan fácil en esa época que uno..., que una mujer tuviera relaciones sexuales antes del matrimonio. Para los hombres era diferente: estaban las casas de citas..., los burdeles.

Era obvio, pero yo no me lo había imaginado siquiera remotamente. La idea de que mi padre se fuera de putas me parecía inconcebible. No podía imaginármelo ni siquiera después de aquellas palabras: asociar a mi padre, aunque fuera solo desde un punto de vista lingüístico, a la palabra «puta» era absurdo.

–¿Te incomoda el asunto?

Estuve a punto de mentirle, pero habría sido una falta de respeto hacerlo, habría supuesto una vuelta atrás respecto al inesperado punto al que habíamos llegado.

–Un poco. Para serte sincero, no me lo esperaba.

–Sí, supongo que en tu lugar también yo me sentiría incómodo. De hecho, antes de que ocurriera me decía a mí mismo que jamás pondría los pies en un lugar de esos. Todavía no entiendo cómo pudo ocurrir.

–Pero ¿cómo funcionaba? O sea, uno iba allí, llamaba a la puerta, entraba y luego ¿qué decía? Yo nunca me hubiera atrevido. Supongo que nunca me voy a atrever.

–Yo tampoco habría tenido el valor. Me llevaron unos amigos. Me dijeron que era normal, incluso necesario, porque de ese modo aprendería y no correría el riesgo de quedar mal cuando tuviera que hacerlo con una mujer sin pagar por ello.

Reinó el silencio. El siguiente paso podría haber sido pedirle que me contara el episodio. Pero dudo que estuviéramos preparados. No creo que llegáramos a estarlo nunca.

–¿Cómo era...? Quiero decir..., ¿cómo era ella?

–Normal. Tirando a gorda, pero normal. Se parecía a la portera del edificio de al lado de mi casa. Se parecía tanto que en alguna ocasión llegué a pensar en la posibilidad de que fuera ella misma. La cosa duró tres o cuatro minutos.

En ese momento encendió un cigarrillo, le dio un par de caladas y noté cómo sus facciones se iban distendiendo un poco.

–Durante mucho tiempo me arrepentí de haber entrado en aquel burdel. Durante mucho tiempo me atormentó la nostalgia de esa primera vez que nunca tuve, algo que habría podido recordar con ternura en lugar de con vergüenza. Muchas veces no nos damos cuenta de que lo que hacemos por primera vez es un punto de no retorno. En lo bueno y sobre todo en lo malo. Si te equivocas, nadie te lo restituirá jamás.

Terminó de beberse el café y fumó.

–Es curioso. Nunca me habría imaginado hablando de esta historia con alguien y mucho menos con mi hijo.

–¿A mamá se lo contaste alguna vez?

–Algunos meses después de empezar a salir, la primera vez, quiero decir, salió el tema de las casas de citas. Hubo un gran debate en el Parlamento y en todo el país sobre la posibilidad de abolirlas, algo que acabó ocurriendo, creo que en 1958. Tu madre manifestó un absoluto desprecio por los burdeles, por quienes los gestionaban y sobre todo por quienes los visitaban.

–Me la imagino perfectamente. –Reí.

–Sostenía que un hombre que va de putas o es un miserable o es un inadaptado. O las dos cosas. Yo intenté hacerle ver que su visión era un poco simplista, un poco *tranchant*... Innumerables hombres, generación tras generación, habían realizado su primera práctica sexual, llamémoslo de ese modo, con una mujer de más edad. A veces una gobernanta, o si no una prostituta. ¿Esto significaba que todos ellos, generación tras generación, eran miserables o inadaptados, o las dos cosas?

–¿Y qué dijo ella?

–Ella nada, no se movió de su posición ni un milímetro. Sabes mejor que yo lo drástica que puede ser en sus juicios. Y, bueno, concluí la conversación diciéndole, como siempre, que era libre de pensar como quisiera, pero que me parecía un poco radical, que no todo es blanco o negro, que tampoco a mí me gustaba la idea de considerar el cuerpo de la mujer como una mercancía, aunque no compartía su radicalismo. Y cosas así. Traté de defender por todos los medios mi punto de vista, pero estaba deseando cambiar de tema. En cualquier caso no creo que le contara nunca mi vivencia, y te puedo asegurar que aquella conversación cerró para siempre toda posibilidad de hacerlo.

Entendía lo que quería decir. Sobre ciertas cuestiones mamá no era proclive a matices y podía llegar a ser muy tajante. Lo sabía muy bien, y sin embargo el modo en que papá me lo estaba contando abría una nueva visión no solo de él, sino de él y ella. Sobre el equilibrio –desequilibrio– de la relación que los unía y sobre las relaciones de poder que los estimulaban.

–Antonio.

–¿Sí?

–No le cuentes esta historia a mamá, no quiero que lo sepa.

–No lo haré.

–Lo sé, pero te lo digo igualmente.

Si una semana antes –o incluso dos días antes– alguien me hubiera dicho que mi padre había estado con una puta me habría sentado fatal. En cambio, ahora no sabía descifrar mis sentimientos respecto a tal revelación. Una mezcla de estupor, curiosidad y algo parecido a la ternura.

Me sentía muy confuso y él había dejado de hablar. Entendí que estaba esperando que yo hiciera lo mismo y le contara algo sobre mí.

–Yo no he estado nunca con una chica, nunca he tenido una relación física completa. A veces pienso que nunca me ocurrirá.

–Sucederá pronto, y cuando ocurra tus percepciones actuales te parecerán absurdas.

Encendió un cigarrillo.

–¿Has fumado alguna vez?

–Nunca he tocado el tabaco. ¿Tú cuándo empezaste?

–Cuando era adolescente compraba cigarrillos sueltos.

–¿Qué quieres decir?

–No era necesario comprar un paquete. Ibas al estanco y pedías, qué sé yo, cinco cigarrillos que te metían en un sobrecito blanco. Eso se pudo hacer hasta finales de los sesenta; después prohibieron la venta de tabaco suelto porque decían que favorecía el tabaquismo de los más jóvenes. Y así era.

–¿Nunca has intentado dejarlo?

Sonrió ignorando la pregunta. Estaba pensando en otra cosa.

–Después de tu madre no he vuelto a enamorarme de otra mujer –dijo como retomando un discurso hace tiempo interrumpido.

Un día oí hablar a mis padres de un colega suyo profesor universitario –uno importante, un rector o un catedrático– que había dejado a su mujer por una estudiante.

¿Conocéis una de esas situaciones en las que los adultos hablan convencidos de que los niños no los oyen, y que si lo hacen, no entienden de lo que se habla? A todos nos ha pasado de pequeños escuchar al menos una conversación de ese tipo, así que tendríamos que saber cómo funciona. En cambio, cuando nos hacemos adultos se nos olvida y pensamos que los niños son sordos o tontos, y les dejamos oír y entender –o malentender– cosas que no habríamos querido que oyeran o entendieran. Y menos aún que malentendieran.

El caso es que esa conversación me impresionó mucho: un hombre de cincuenta años, mucho mayor que mi padre en aquel momento, se había liado con una de veinticinco.

Conocía a aquel profesor: más de una vez había venido a cenar a casa con su mujer. Era un tipo bajito y regordete, todo altanero, con una barbita canosa y unas gafas de montura fina que no sé por qué razón me despertaban una inmensa antipatía. Si hubiera tenido que encuadrarlo en una de las etapas de la vida habría dicho, desde mi punto de vista de niño de primaria, que era casi un anciano: alguien más próximo a la categoría de abuelo que a la de padre.

El problema principal, me pareció entender de lo que decían mis padres mientras yo fingía leer un tebeo de *SpiderMan*, era que separarse o divorciarse son hechos que ocurren, pero que un profesor universitario se liara con una de sus alumnas no estaba bien. No era la primera vez ni sería la última, añadió mi madre con tono concluyente. Esa fue la idea que me quedó grabada, una especie de revelación sobre cómo funciona el mundo: los hombres de cierta edad –digamos casi abuelos–, y concretamente los profesores universitarios, dejan a sus mujeres para estar con una de sus estudiantes; algo bastante reprochable, pero que por desgracia ocurre con cierta frecuencia.

Dos años más tarde, o poco más, mi padre se fue de casa.

Todo discurrió de un modo muy civilizado: me convocaron en el comedor y me dijeron que a veces sucede que las parejas, aunque se sigan queriendo, necesitan tomarse una pausa para estar solos y reflexionar.

–¿Queréis decir que os estáis *divorciando*? –inquirí yo tratando de dominar el pánico, en un recodo del río de palabras con el que habían saturado el silencio de aquella tarde de octubre. La palabra «divorcio» siempre me había resultado un poco arcana e inquietante. Exótica. Algo que afecta a otra gente, en otros lugares.

Negaron con la cabeza casi al unísono embarcándose en una sutil –y para mí entonces incomprendible– disquisición sobre la diferencia entre *divorcio* y *separación*. Ellos no se estaban divorciando, solo se estaban tomando un tiempo; vale, digamos que era una separación temporal para superar algunas dificultades. Pero tranquilo, porque para mí no iba a cambiar nada. Papá se iría una temporada a otra casa, yo me quedaba allí con mamá aunque podía ir a verlo y estar con él cada vez que quisiera. Era libre de estar con uno u otro según me apeteciera y eligiendo sobre la marcha. Tendría total libertad.

Las diferencias sustanciales y jurídicas entre divorcio, separación y pausa de reflexión no me quedaron claras del todo.

Sin embargo, lo que sí me quedó claro fue que mis padres estaban diciendo un montón de mentiras, que *no* todo iba a ser como antes. En resumen, mi padre se iba de casa exactamente igual que su colega de la barbita canosa y las gafas de montura odiosa.

El caso es que dejaba a mi madre –y a mí– por una estudiante veinteañera. Lo tuve claro desde el preciso momento en que terminó el discurso en el comedor, aunque no había ningún elemento concreto para pensarlo. Es más, el hecho de que no hubieran mencionado ningún motivo para tomarse esa pausa de reflexión fue lo que me convenció de que en realidad había motivo, solo que no quisieron revelármelo. Y no lo hicieron porque era algo impropio, por no decir vergonzoso.

Fue así como empecé a nutrir una sorda hostilidad hacia mi padre. Y en cierto modo también hacia mi madre, por una razón diferente y complementaria.

Él había hecho algo incorrecto e inmoral; ella algo inoportuno e irritante: se había comportado con demasiada educación y condescendencia. Él se marchaba, un gesto que ella misma, poco tiempo atrás, habría calificado de inadmisibles, ¿y ahora se mostraba serena y acomodaticia? Tenía que estar enfadada, tenía que castigarlo, que hacerle ver lo injusta que había sido su conducta.

Ni siquiera por un segundo, en las semanas, meses y años sucesivos, me asaltó la duda de que mi interpretación hubiera sido fruto de la fantasía de un niño enfadado y descontento por la ruptura de su familia.

Fue del todo irrelevante que en el pequeño apartamento de mi padre nunca hallase ningún indicio no digo ya de la presencia sino del mero paso por allí de otra mujer. Dicha ausencia – creía yo con fanática convicción– era un claro síntoma de las cautelas que adoptaba para que no lo descubriera.

Con la adolescencia, y con todo lo que me ocurrió, dejé de pensar en la fantasmal y joven novia de mi padre, aunque la hostilidad hacia él no desapareció. Se transformó en un rencor inconsciente y de baja intensidad, un ruido de fondo de la conciencia, algo que percibes solo si cesa de golpe, dando lugar al silencio o a un sonido diferente.

La frase de mi padre –«No he vuelto a enamorarme de otra mujer»– pronunciada aquella noche, en aquel bar, en un lugar impreciso de una ciudad desconocida, no cuadraba con mi tesis sobre su separación.

Salimos del bar sobre las cuatro y media, después de probar los cruasanes calientes y llenos de mantequilla que acababan de llegar de una panadería de por allí.

El señor Iaccarino nos explicó dónde estábamos y por dónde debíamos ir para volver al hotel. Si en algún momento se preguntó cómo y por qué habíamos acabado pasando por su local, se lo guardó para sí. Nos indicó el camino –si me hubiera fiado de mi intuición habríamos ido en dirección opuesta– especificando que a pie íbamos a tardar al menos tres cuartos de hora. Si queríamos, añadió, podía intentar llamarnos un taxi, aunque no estaba seguro de que quisiera venir a esa zona.

Le dimos las gracias y le dijimos que preferíamos dar un paseo; nos despedimos de él y nos pusimos en marcha.

Fuera el aire era fresco, casi cortante. A veces, cuando pasábamos delante de viejos portales entreabiertos, nos golpeaba un tufo de orina y humedad.

–Veo que no pisas las alcantarillas –dijo mi padre sonriendo en la penumbra.

–¿Qué?

–Que evitas las alcantarillas. Yo también lo hacía de joven, yendo de casa a la facultad cuando tenía exámenes.

Tenía razón. Era una costumbre que había adquirido –no sé por qué– desde hacía algunos años y que ahora seguía practicando sin darme cuenta. Lo consideraba una rareza personal y secreta, una de las muchas cosas por las que me creía distinto a los demás.

–¿Por qué? –le pregunté.

–Pues por lo mismo que tú. Casi todos tenemos una pequeña superstición personal. Hay quienes evitan las alcantarillas como nosotros y quienes las pisan deliberadamente respetando los bordes. Luego están los que evitan los bordillos de las aceras, o los que cuando cruzan un paso de peatones evitan pisar las rayas blancas, y cosas por el estilo.

–Y tú cuando tenías un examen...

–Evitaba las alcantarillas. A veces me decía que era un comportamiento absurdo, una superstición aún peor que la del gato negro o la sal esparcida por la mesa. Me decía que era algo inaceptable para una mente racional y matemática como la mía. Y sin embargo durante cuatro años nunca pisé una alcantarilla en el camino de casa a la universidad en los días de examen. Me preocupaba que pudiera ocurrir algo desagradable y no quería correr el riesgo. Los antropólogos llaman a eso «pensamiento mágico».

–¿Pensamiento mágico?

–Sí, es un mecanismo mental por el que vemos significados donde no los hay e imaginamos correspondencias inexistentes entre causas y efectos llegando a creer que podemos modificar la realidad con nuestros pensamientos a través de acciones simbólicas o de rituales. El pensamiento mágico es la base de la creencia en el mal de ojo o en los amuletos. No sé si me he explicado bien.

–Sí, sí. No paso por debajo de una escalera porque creo que podría causarme una desgracia,

aunque entre el pasar por debajo de una escalera y la posible desgracia no haya ninguna relación de causa efecto salvo en mi imaginación.

–Exactamente. La superstición nos afecta a todos. Hay una anécdota estupenda sobre Niels Bohr, uno de los mejores científicos de todos los tiempos. Al parecer había colgado una herradura en la puerta de su casa de campo. Un día uno de sus estudiantes fue a verlo y al ver la herradura se quedó atónito. «Profesor, ¿realmente cree usted que una herradura colgada en la puerta da buena suerte?» «No», respondió Bohr, «claro que no lo creo. Pero parece que funciona igualmente.»

Parecía contento de poderme contar anécdotas y explicarme cosas. Sobre todo parecía contento del hecho de que yo se lo permitiera. Algo que no sucedía desde que era niño.

El cielo comenzaba a aclararse y las calles a llenarse de gente. Gente que corría de un lado para otro, obreros con cara de sueño y pequeñas bolsas colgadas del hombro que contenían el almuerzo, repartidores de pan, barrenderos, policías y enfermeras; y supervivientes de la noche huyendo hacia sus refugios, antes de que la luz del día los chamuscara. Uno de ellos, nos pasó al lado, soltó un escupitajo y nos dedicó una sonrisa indescifrable.

Llevábamos unos diez minutos sin hablar y caminando a buen ritmo cuando tuve una percepción imprevista, simultánea y vertiginosa que no había experimentado antes y muy pocas veces experimenté después. Me *sentí* parte de una multitud que, al mismo tiempo, podía contemplar como desde lo alto de una torre.

Personas, cuyo número aumentaba conforme iba amaneciendo, pululaban por calles, plazas y callejones: se juntaban y se separaban dibujando formas en perpetuo movimiento como ciertas bandadas de pájaros en el cielo. Todos juntos, mi padre, yo, los barrenderos, los obreros, los gamberros, los policías, las enfermeras, los criminales, los camareros y los desesperados, constituíamos un único y gigantesco organismo que solo yo podía percibir.

Ya había amanecido cuando llegamos al hotel. El ascensor estaba averiado, nos dijo el recepcionista; vendrían a repararlo sobre las siete y media. Nuestra habitación estaba en el cuarto piso. Subimos por las escaleras. Al llegar al rellano noté que mi padre jadeaba y por un instante me asusté. Luego se le pasó.

–Ahora debemos tener cuidado –dijo, abriendo de par en par las ventanas que asomaban a edificios teñidos de rosa por el amanecer.

–¿Cuidado con qué?

–Pues que podemos descansar un poco pero sin dormirnos. Ve a ducharte y luego tómate otra de esas pastillas.

Obedecí. El agua templada me produjo una agradable sensación. Después me tomé la pastilla aun sin necesitarla porque me sentía bien y sin ganas de dormir, es más, estaba deseando salir otra vez y comprobar las nuevas aventuras que nos tenía reservadas –a mí y a mi padre juntos– la jornada que estaba comenzando.

Mientras él fue a ducharse y a afeitarse saqué el walkman y una de las cintas que había preparado para el viaje. Recuerdo aún la playlist como se recuerda la alineación del equipo de fútbol que nos gustaban cuando éramos niños.

«Romeo and Juliet», «Private Investigations», «Ragazzo dell’Europa», «Should I Stay or Should I Go», «Under Pressure», «Caterina», «Always on My Mind», en la versión de Willie Nelson.

Me tumbé en la cama, me puse los auriculares y me dejé llevar por la música.

No sé en qué canción se me cerraron los ojos, solo recuerdo a mi padre en albornoz que me zarandeaba suavemente el hombro.

- Conque no necesitabas otra pastilla, ¿eh?
- No estaba durmiendo, escuchaba música...
- Sí, claro, y yo estaba levantando pesas. Ve a ducharte de nuevo, esta vez con agua fría. Luego nos vamos a desayunar y elaboramos el programa del día.

Después de desayunar volvimos a la habitación para descansar un poco. Tumbados en la cama, pero despiertos.

–He estudiado la guía –dijo mi padre.

–¿Y?

–Parece que lo primero que tenemos que ir a ver es Notre-Dame-de-la-Garde: la iglesia que se veía desde el puerto, en alto, toda iluminada, no sé si te fijaste. Dice que aparte del edificio en sí, desde allí se puede contemplar un magnífico panorama de la ciudad y las islas. Otra cosa que no podemos perdernos son las Calanques.

–¿Qué son?

–Formaciones geológicas: fiordos y acantilados, justo al salir de Marsella. Podemos coger un ferry en el Vieux Port y hacer un recorrido de tres horas. ¿Qué te parece?

Bostecé profundamente y me estiré. Me sentía bien y la pastilla estaba empezando a hacer efecto.

–De acuerdo, ¿por dónde empezamos?

–Vamos en taxi a Notre-Dame-de-la-Garde, visitamos la iglesia y disfrutamos de las vistas. Después bajamos al puerto y vemos dónde se compra el billete para ir a las Calanques.

Media hora más tarde estábamos ya en el taxi. Mi padre charló con el taxista durante todo el trayecto. Entre todas las cosas que estaba descubriendo sobre él, estaba también esa inesperada locuacidad, esa disposición a interesarse por la gente. Me pregunté si había sido siempre así y yo no lo había notado antes, o si era una consecuencia de esa situación inusitada que estábamos viviendo.

Hablaban un francés denso y rápido y no entendía casi nada de lo que decían, solo que el taxista era originario de la Bretaña y que detestaba a los *beurs* –hijos y nietos de inmigrantes norteafricanos– que se habían hecho con el control de la ciudad; que él, en cuanto pudiera, se iba de Marsella.

Notre-Dame-de-la-Garde era un edificio de dimensiones impresionantes, de mármol, de estilo neorrománico, colocado estratégicamente en el punto más alto de la ciudad. Eran las ocho y media, el aire era limpio, Marsella se extendía a nuestros pies y el mar a lo lejos brillaba como una promesa.

–Esas de ahí son las islas Frioul –dijo mi padre consultando la guía y señalando con el dedo un pequeño archipiélago cerca del puerto–. En la más pequeña de las islas está el Château d’If.

Tardé algunos segundos en ubicar el lugar y el nombre.

–¿Quieres decir el de *El conde de Montecristo*?

–Sí. Fue una prisión hasta principios de siglo.

–No sabía que existiera de verdad, pensaba que era un lugar inventado.

–Pues ya ves que existe. La novela empieza justo ahí –dijo mi padre.

El conde de Montecristo era una de mis novelas preferidas, la había leído dos veces: primero la versión adaptada para niños y luego la completa. Me gustaban las aventuras de injusticias, abusos y venganza, me sumergía totalmente en la historia, y la que más me gustaba de todas era

precisamente la de Edmond Dantès. La había devorado sin pararme a pensar que parte de la novela se ambientaba en Marsella, es decir, en el lugar físico y real en el que yo ahora me hallaba. Tuve una sensación hilarante, como si de repente me hubieran concedido la oportunidad de visitar Smallville, o Mouseton, o Gotham City.

–Qué pena no haber traído la cámara fotográfica –dije observando el panorama en todas las direcciones.

–Pues sí, es una pena. Pero ¿quién se iba a imaginar que nos haría falta? –respondió mi padre, y la frase se me quedó grabada como una misteriosa máxima, como una profecía.

Deambulamos alrededor de la iglesia, observamos la gigantesca estatua de la Virgen situada en el campanario, estudiamos la ciudad desde todos los ángulos y cuando decidimos que era suficiente –incluso los panoramas más bellos del mundo pasado un tiempo se vuelven cursis– cogimos otro taxi para volver al Vieux Port.

En el puesto donde vendían los billetes para las excursiones en barco por las Calanques había una mujer regordeta de senos enormes que dejaba entrever y cara afable. Hablaba de un modo lento y agradable, separando las palabras, y yo entendía casi todo. Al darnos los billetes nos miró y nos preguntó si habíamos llevado ropa de baño. No, no la llevábamos, respondió mi padre. ¿Por qué? ¿Nos podíamos bañar allí? Por supuesto que sí, afirmó ella. Había calas de agua cristalina –mejores que las de Córcega, precisó con cierto orgullo– y sería una pena dejar pasar la ocasión.

Si queríamos, nos daba tiempo de ir a una tienda que había allí cerca y comprar todo lo que necesitáramos.

Y así fue como nos hicimos con bañadores, chanclas y toallas. Compramos incluso una ridícula bolsa decorada con peces y caballitos de mar.

De vuelta en el muelle, mi padre se detuvo un momento.

–¿Qué pasa? –le pregunté.

Sonreía de un modo insólito, vago y casi estúpido.

–¿Sabes que me estoy divirtiendo? –dijo.

Aquella frase me rompió el corazón. Lo único que pude hacer fue sonreír y asentir con la cabeza.

–Yo también –dije, y era verdad. No me había divertido tanto en toda mi vida.

A bordo éramos unas diez personas además del marinero, un tipo grande y gordo, con barba y antebrazos tatuados. Había una familia francesa –padre, madre y dos niños silenciosos– y un grupo de turistas alemanes perfectamente ataviados para hacer una excursión por el bosque. Nos cambiamos en la pequeña cabina de la embarcación, mostrando con cierto orgullo nuestros trajes de baño marseleses. El mar estaba tranquilo, con levísimas crestas que centelleaban con la luz del sol, las cuales, por razones inexplicables, me hicieron pensar en la eternidad.

–¡Quién iba a imaginar que en Marsella había lugares tan bellos! Prácticamente en la misma ciudad –dijo mi padre tras media hora de navegación, observando los acantilados blancos y ocre que asomaban sobre el mar con una pendiente vertiginosa. Llevaba unas lentes de sol sobre sus gafas de ver, procedimiento que evocaba tiempos en los que comprar gafas de sol graduadas era un lujo. Con ese accesorio pasado de moda, la camisa blanca y el bañador parecía el personaje de una película de los sesenta.

Pero tenía razón, la costa era de una belleza que te quitaba el aliento. El azul intenso del cielo dibujaba, para quien fuera capaz de verlo, formas invertidas que se incrustaban entre las

puntiagudas cimas de los acantilados. Algunas rocas parecían desafiar la fuerza de gravedad: peñascos enormes milagrosamente sostenidos por puntas y aristas en perfecto y precario equilibrio, como las imágenes de algunos dibujos animados. En lo alto, grutas ciclópeas, primitivas; en la base, crestas gigantescas que descendían como toboganes adentrándose en el mar.

A lo lejos había gente tomando el sol. Mi padre preguntó al marinero cómo se podía llegar hasta allí, ya que a sus espaldas únicamente se veían acantilados. Le explicó que existían senderos, pero había que conocerlos bien porque eran empinados y peligrosos, de hecho, más de un excursionista inexperto había muerto precipitándose al vacío.

En algunos tramos pasamos tan cerca que podíamos tocar las paredes con la mano. Algunas superaban los cien metros de altura e infundían un respeto casi religioso.

Llevábamos navegando más de una hora, el sol pegaba fuerte, cuando entramos en una pequeña cala donde el agua era verde y trasparente. El marinero echó el ancla y nos dijo que quien quisiera podía bañarse.

Nos tiramos al agua desde la popa casi al mismo tiempo, de pie y con la nariz tapada. El agua estaba fría y limpia y fuimos nadando hasta una playita de piedras y grava. Regresamos a la embarcación al ver que al marinero nos hacía señas indicando que nos íbamos.

Era muy pequeño, la última vez que habíamos estado juntos mi padre y yo en el mar.

La Calanque de Morgiou, que era más grande que las otras, tenía un pequeño puerto deportivo y un pueblecito de pescadores. Mi padre preguntó si podíamos bajar y dar un paseo por allí. El marinero le dijo que no estaba previsto, pero que, si queríamos, podíamos bajar allí y regresar en otra embarcación que llegaría en un par de horas. Él mismo avisaría a su colega para que nos recogiera.

Cuando nos dejó en el muelle, nos despedimos de los otros excursionistas sin ningún pesar, ya que no habíamos intercambiado ni una sola palabra con ellos, y nos dirigimos al pueblo.

El lugar parecía casi deshabitado, aun así encontramos un pequeño bar abierto. Entramos a tomar un café y el propietario nos indicó el camino para llegar a una cala donde, según él, el agua era espléndida y no había casi nadie. Se llegaba en cinco minutos. Mi padre le preguntó a cuánto estaba Marsella por tierra y él le respondió, con cierto orgullo, que *estábamos* en Marsella, noveno distrito. Lo cual no significaba que se pudiera ir andando al centro; el Vieux Port estaba a unos quince kilómetros. Pero estábamos en Marsella y un mar tan bonito no lo tenía ninguna otra ciudad de Europa.

Siguiendo sus indicaciones, tuvimos que escalar un par de minutos y luego descender a la cala.

—Pues sí, es realmente bello —dije contemplando el paisaje que nos rodeaba.

En la playa había exactamente cinco personas: tres chicos con barba y mochila, sudadísimos, que sin duda habían llegado hasta allí por tierra, y dos mujeres acampadas —con sillas de playa, una neverita e incluso una mesa a la sombra de un pino de cinco o seis metros de alto que crecía sobre la roca blanca.

Teníamos todo el espacio que queríamos, así que extendimos las toallas sobre las piedras de la playa a unos diez metros de las dos mujeres; los mochileros estaban en el otro extremo de la cala y la quietud era casi irreal. Las paredes de roca calcárea descendían a plomo hasta el mar por todas partes, punteadas de pinos y arbustos de todas las tonalidades de verde.

A lo lejos se intuían los senderos vertiginosos de los que nos había hablado el marinero:

minúsculas figuras humanas los transitaban evitando los matorrales y aventurándose con tino sobre el abismo.

Estuvimos una hora entrando y saliendo del agua bajo un sol cada vez más tórrido y vertical. Mi padre propuso que nos pusiéramos un poco a la sombra para no quemarnos. Así que cogimos nuestras cosas y nos acercamos a donde estaban las dos mujeres, bajo el pino de Aleppo, y les preguntamos si no les importaba que nos pusiéramos allí cerca de ellas.

Una de las dos respondió en un discreto italiano:

–Tenéis que pagar la entrada.

La miramos sin saber bien qué decir.

Ella continuó muy seria:

–Tenéis que darme un cigarrillo, si no, no podéis. –Y luego se echó a reír–. Estoy intentando dejar de fumar y no compro tabaco. Pero os he visto hacerlo y me han entrado unas ganas terribles –dijo invitándonos a colocarnos cerca con un gesto.

La otra intervino y dijo algo en francés, riendo pero con tono de reproche.

Papá también se rió ofreciéndole el paquete a la primera.

–¿Qué ha dicho? –le pregunté.

–Ha dicho que su amiga ha dejado de fumar pero solo de *su* tabaco.

Nos acomodamos. Mi padre apoyó el paquete de cigarrillos y el mechero entre nuestras toallas y sus sillas invitándolas a servirse cuando quisieran, sin necesidad de pedir.

–¿Cómo es que habláis italiano? –se interesó.

–Estuve viviendo un año en Florencia cuando acabé la universidad. Enseñaba francés y al mismo tiempo aprendía italiano. ¿Y vosotros cómo habéis llegado hasta aquí?

Les contamos un poco una versión incompleta –digamos que muy simplificada– de los hechos y les preguntamos si ellas eran de Marsella. No, eran de Toulouse; estaban allí pasando una semana en casa de una amiga.

Se llamaban Adèle –la fumadora de cigarrillos ajenosy Lucie. Adèle parecía mayor, tendría unos cuarenta años y era más guapa, aunque la otra tenía algo de morbosos –un toque sensual en su mirada– que hacía difícil quitarle los ojos de encima.

Eran arquitectas y durante muchos años habían trabajado proyectando y restaurando casas, pero a ninguna de las dos les gustaba. Luego, casi como un juego, empezaron a inventar y dibujar historias para niños. Tuvieron tanto éxito que empezaron a publicar sus libros también en otras lenguas y en un momento dado se dieron cuenta de que podían permitirse dejar la arquitectura.

Lo bueno de ese trabajo, decía Adèle, eran los largos períodos de tiempo libre. Con tres libros al año y dos meses de trabajo para cada uno, la cuenta era fácil. Seis meses de vacaciones para dedicarse a lo que les diera la gana, sobre todo a viajar.

Lo esencial, explicó como si nos estuviera dando una clase (y supongo que así era en realidad), era no trabajar más de lo necesario, bastaba con ahorrar un mínimo para las emergencias.

–Una parquedad deliberada –dijo mi padre asintiendo, y yo pensé que debía tener muy en cuenta aquellas palabras y aquel encuentro en el momento de elegir a lo que dedicarme en la vida.

–¿Tenéis hambre? –nos preguntó Adèle en un momento dado.

Y sí, teníamos muchísima hambre.

Sacaron de la bolsa unos bocadillos de jamón y queso, unos pepinillos y una botella de vino blanco y nos unimos al banquete charlando como si fuéramos amigos de toda la vida.

Estábamos tomando el café –lo habían llevado en un termo– cuando sobre la cima, a unos

doscientos metros de distancia y por un sendero invisible, apareció como de la nada una fila de excursionistas.

La escena me recordó una película que había visto hacía años en el cinefórum del instituto y que me había impresionado mucho: *Picnic en Hanging Rock*.

La historia real, al parecer, de unas estudiantes australianas que en 1900, durante una excursión escolar, se habían adentrado en un paraje rocoso rodeado de espesa vegetación y luego desaparecieron. Solo encontraron a una de ellas y en circunstancias misteriosas, pero había perdido la memoria y no fue capaz de contar lo que había sucedido.

Era una película poética e inquietante sobre hechos y misterios fundamentales de la vida, de la juventud y de la muerte. «Todo comienza y termina justo en el momento y el lugar precisos», decía Miranda, la protagonista de belleza ultraterrenal, que no pude sacarme de la cabeza durante años.

Y mientras recordaba aquella frase, uno de los excursionistas puso un pie donde no debía y resbaló deslizándose por la grava. Consiguió detenerse muy cerca del acantilado evitando una caída de al menos cincuenta metros al mar.

La escena era irreal y terrible. El hombre trataba de retroceder, pero la escarpada era demasiado pendiente y sus compañeros parecían no saber qué hacer. Sus voces eran sordas y confusas.

La idea de poder estar asistiendo a la muerte de una persona me consternó, la enormidad del hecho me superaba. Alrededor la naturaleza quieta y bellísima, exactamente la misma de hacía un instante, exactamente la misma que habría después.

El rescate fue laborioso y difícil de describir con detalle. Los compañeros del excursionista le lanzaron una cuerda. Luego, con cautela, para evitar caer ellos mismos, tiraron de él lentamente hasta alcanzar el sendero. No se había hecho daño, al menos no seriamente, porque todos se pusieron de nuevo en marcha y poco después desaparecieron de nuestro campo de visión.

Adèle cogió otro cigarrillo y esta vez Lucie se sumó a ellos. Fumaron los tres en silencio, porque no sabían muy bien qué decir. No habían apagado el cigarrillo cuando vimos llegar la embarcación en la que teníamos que volver.

—Ahí está, tenemos que irnos —dijo mi padre levantándose.

—¿Por qué os vais tan pronto? —preguntó Adèle.

—Ha llegado nuestro barco.

—Es la mejor hora para estar aquí. No podéis irnos.

—Nos gustaría, pero no sabemos cómo regresar.

—Os acompañaremos nosotras. Tenemos el coche en el pueblo. Os dejaremos directamente en el hotel, servicio completo.

Estuve a punto de responder que sí inmediatamente, pero me contuve porque no quería parecer infantil. Me dio la impresión de que también mi padre habría querido responder enseguida. Pero también se contuvo y se volvió hacia mí.

—¿Qué dices?

—Venga, sí, nos quedamos. Se está bien aquí, y además no tenemos nada que hacer hasta mañana por la mañana.

Estuvimos allí un par de horas más, hablando de todo —a Adèle le sorprendió que papá fuera matemático—, bebimos café, nos bañamos y vimos el sol que se ponía y cambiaba los colores de la cala: del blanco al amarillo y del ocre al gris en todas sus tonalidades.

En un momento dado Lucie, en un italiano desastroso, intentó decirme que le recordaba a un joven actor de la Comédie-Française.

Pronunció un nombre que no había oído nunca y que olvidé un segundo después. Antes de que se me ocurriera algo inteligente que responder, Adèle intervino riendo. Dijo que Lucie me acababa de hacer un cumplido, que ese actor era un chico guapísimo.

Nos fuimos de allí pasadas las seis. Tomamos el Chemin de Morgiou, una carretera salvaje como de montaña, pasamos por delante de la cárcel de Marsella donde, según dicen, se alojan los peores criminales de Francia y atravesamos anónimas áreas residenciales de aspecto inhóspito.

–¿Qué hacéis esta noche? –se interesó Adèle cuando estábamos casi llegando al hotel.

–Nada, iremos a cenar a algún sitio –respondió mi padre.

–Hay una especie de fiesta en casa de nuestra amiga Marianne. ¿Por qué no venís? Habrá gente interesante.

Esta vez mi padre respondió inmediatamente, sin ni siquiera preguntarme. Dijo que sí, que con mucho gusto. Cuando nos despedimos en la puerta del hotel –*à tout à l'heure*, dijo papá, *à tout à l'heure*, repetí yo–, teníamos una tarjeta donde estaba escrita la dirección de Marianne y el acuerdo de vernos allí en unas horas.

Para una fiesta. Mi padre y yo. En Marsella.

–¿Te apetece ir? –me preguntó mi padre cuando nos quedamos solos.

Me apeteecía muchísimo, pero pensé que era mejor mostrar contención, así que respondí con un poco de indiferencia.

–Sí, claro, ¿por qué no? Así se nos pasa la noche más rápido.

–Vale, entonces antes de subir a la habitación tenemos que encontrar un sitio donde comprar un par de botellas de vino. No podemos presentarnos con las manos vacías. Dentro de poco cierran, así que démonos prisa.

Recorrimos varias calles sin pronunciar palabra. Sentía cómo la sal me pellizcaba la piel y estaba algo mareado por el cansancio y por la excitación. Mi padre, en cambio, parecía en buena forma, nadie diría que llevaba una noche sin dormir y todo el día sin descansar ni un minuto.

–Eran simpáticas, ¿no? –dije yo, viendo que él no tocaba el tema.

–Simpáticas, sí.

–¿Te gusta Adèle?

–Sí, claro, es una mujer interesante con la que da gusto hablar. No es algo frecuente.

–¿Cuántos años crees que tendrán?

–Adèle algo más de cuarenta y Lucie unos treinta y cinco, diría.

–¿Y qué piensas? ¿Crees que Adèle quiere algo contigo?

Soltó una carcajada. Como si le hubiera contado un chiste buenísimo.

–Sería divertido si no fueran lesbianas –afirmó, sin dejar de caminar.

¿Lesbianas? No lo había notado para nada y, si él estaba en lo cierto, yo me había montado una película sin fundamento alguno. Sobre Lucie en particular y sobre lo que podía suceder esa noche en la fiesta. Empecé a ponerme nervioso.

–¿Por qué lesbianas? –pregunté con una voz que involuntariamente se alzó un par de tonos.

–Igual me equivoco, pero por el modo en que se miraban y las atenciones que se procuraban no parecían simples amigas. Y además había cierta sincronía en sus movimientos como es propio en algunas parejas que llevan juntas mucho tiempo. Por ejemplo, en un momento dado Adèle retiró un mechón de pelo de la cara a Lucie, poniéndoselo detrás de la oreja. Un gesto muy íntimo. Aunque, repito, puede que me equivoque.

No sabía qué decir. Me pregunté si alguna vez había conocido a una pareja de mujeres homosexuales. Me respondí que no, lo que podía significar dos cosas: o nunca las había tenido delante o era incapaz de reconocerlas.

¿Cómo era posible que mi padre se diera cuenta de esos detalles? Siempre lo consideré un despistado, poco interesado por los demás, concentrado en su mundo de símbolos abstractos. Sin embargo ahora, entre otras cosas, descubría que era capaz de captar e interpretar detalles como el de una mano afectuosa que pone en su lugar un mechón de pelo desordenado.

En ese momento pasamos por delante de una tienda de comestibles, con un enorme y viejo escaparate con cornisa de madera, en el que se exponían todo tipo de manjares: embutidos, quesos, dulces, salmones, arenques, botellas de vino, pan, chocolate, conservas...

El charcutero llevaba un delantal blanco del que asomaba una camisa con corbata negra

impecablemente anudada. Era un tipo sociable –una característica de los marseleses, según parecía– que nos aconsejó comprar dos botellas de Châteauneuf-du-Pape. El vino se producía a cien kilómetros de Marsella y esa bodega en concreto era de gran calidad. Íbamos a quedar muy bien sin gastar una suma excesiva.

–¿Has leído algo de Scott Fitzgerald? –me preguntó papá de vuelta al hotel.

–*El gran Gatsby*. ¿Por qué?

–Mientras el charcutero hablaba del entorno de Marsella me acordé de que una de sus novelas está ambientada en esta parte de Francia.

No dije nada porque no sabía dónde quería ir a parar. Tampoco él lo sabía, me di cuenta al mirarlo: tenía la expresión de quien está intentando recuperar el hilo perdido de un discurso o de una idea.

–Y nada, será la falta de sueño; me pongo a hacer extrañas asociaciones y acto seguido las olvido. En cualquier caso, la novela se llama *Suave es la noche*. Un magnífico título.

–Sí, lo es. ¿La historia transcurre aquí?

–En la Costa Azul, aunque al principio se habla explícitamente de Marsella. En este momento no recuerdo muy bien por qué.

–*El gran Gatsby* me gustó mucho.

–Fitzgerald fue un gran escritor y un hombre infeliz. Hay una frase suya en la que pienso mucho: «En la verdadera noche oscura del alma son siempre las tres de la mañana.»

Aquellas palabras y su aliento poético se me quedaron grabados para siempre.

Era una visión perfecta de la realidad que al mismo tiempo contenía lo opuesto a su significado aparente, como suele suceder con la mejores metáforas, más allá de la intención de su creador.

–Dúchate tú primero. Con agua fría, así me aseguro de que no te quedas dormido cuando entro yo en el baño –dijo mi padre.

Me quedé bajo el agua unos cinco minutos y entré en la habitación con el cuerpo aún mojado y la toalla liada a la cintura. La ventana estaba abierta, mi padre fumaba en el balcón; el aire era fresco y sentía escalofríos sobre la piel mojada. Por unos instantes suspendidos y maravillosamente absurdos pensé que mi padre y yo podríamos mudarnos allí a vivir como estábamos haciendo sin reglas ni horarios.

Cuando entré en el baño, me tomé la pastilla y me senté fuera con mi libro.

Deseaba leer un poco, pero inmediatamente me di cuenta de que tenía problemas para hacerlo. No entendía el significado de las frases; a veces me quedaba bloqueado con simples palabras cuyo significado no lograba comprender, como si el libro estuviera escrito en una lengua extranjera. Tuve la sensación de que el balcón daba vueltas a mi alrededor, empecé a sentir náuseas y que el corazón me latía con fuerza como no me sucedía desde hacía años.

Estaba a punto de tener un ataque. Tenía que llamar a papá y que me llevara de inmediato al hospital. De inmediato.

Lo intenté, pero no podía hablar y mucho menos gritar. No podía hacer nada. Estaba allí medio tumbado en la silla con el libro apoyado en las piernas y la toalla por la cintura, sin poder hablar y sin poder moverme.

Sin embargo, pensaba frenéticamente. ¿Cómo fue la crisis que tuve cuatro años antes? No me acordaba de nada, había perdido el conocimiento y luego desperté. Por lo visto no me había pasado nada, fue como caer en un sueño repentino y después despertar. Podría ser que la

epilepsia, al fin y al cabo, fuera algo inocuo. O tal vez estaba muriéndome. Lo pensé así, sin más: puede que me esté muriendo. Contemplé la hipótesis con mucha calma.

–Antonio, ¿estás bien?

Tardé algunos segundos en recuperar el contacto con el mundo exterior.

–Bien, creo que me he mareado un poco.

–¿Solo eso? Parecías como en trance.

–No, solo un mareo. Bueno, sí, un mareo un poco fuerte. Será la falta de sueño, pero ya estoy mejor. ¿Tú estás bien?

–Algo mareado también. Antes de ir a cenar nos tomamos un buen café. Has tomado la pastilla, ¿verdad?

Nos quedamos en silencio sentados en el balcón, descansando al menos una media hora. Vimos cómo el cielo se encapotaba de nubes blancas que poco a poco se volvían oscuras y compactas. Pensé que iba a llover y que habíamos tenido suerte con el tiempo y ese sol que había hecho y que tendríamos que tomar un taxi para ir a la fiesta y que mi padre era un personaje realmente sorprendente que no me esperaba, y que cuando regresáramos a casa quería seguir hablando con él porque decía cosas interesantes y tenía la sensación de que nos habíamos hecho amigos y todo eso era raro y hermoso, y que era una pena que Lucie fuera lesbiana porque me gustaba mucho y había tenido la impresión, absurda, lo sé, de que yo también le gustaba.

Cierto, me había recuperado del medio ataque pero persistía cierto desorden en la cabeza, ideas e imágenes se perseguían deprisa y se alejaban antes de que pudiera aferrarlas.

Era una sensación agradable y al mismo tiempo inquietante que duró hasta que salimos a la calle y empezó a hacerme efecto la pastilla.

Nos pusimos camisetas blancas que favorecían el alegre color que te queda después de pasar el día en la playa.

El ambiente de la Canebière nos parecía casi doméstico, aunque se tratara de la misma calle que dos días antes nos había atemorizado. En cambio, ahora nos sentíamos parte del flujo humano que iba al encuentro de la noche, mimetizados.

Después de haber recorrido unos cientos de metros, noté que *oía* a la gente hablar por la calle. Hablaban en árabe –*suponía* que era árabe–, en francés, en francés y en árabe a la vez, componiendo un susurro colectivo, una cantilena frenética, que unas veces se mostraba cordial y otras desafiante y peligrosa.

Ni por un momento pensé que esa noche, si todo iba bien, iba a ser mi última noche en Marsella.

Adèle nos escribió la dirección y también las indicaciones para llegar a la fiesta.

«El Panier no es tan peligroso como dicen», nos dijo al darnos la tarjeta, «aunque un poco de precaución nunca está de más.»

Efectivamente, nada más atravesar la frontera –*Quai du Port*– que separaba el puerto de la ciudad vieja, donde no habíamos estado aún, se percibía algo diferente, como una sensación de ser observados y, al mismo tiempo, un nivel diferente de identificación con la ciudad y sus rincones menos accesibles.

En algunos lugares había montañas de basura. En una esquina vimos el armazón de un ciclomotor al que le habían quitado las ruedas y el sillín; chavales muy jóvenes, casi niños, se movían en pandillas que aparecían y desaparecían por los callejones; la iluminación era precaria,

como si acabaran de restablecerla después de un largo período de oscuridad y los portones desprendían fuertes olores a comida y a humanidad.

Conseguimos llegar a la *montée des Accoules* y subimos hasta la *rue du Refuge*, donde estaba la casa de Marianne, en un edificio de los años veinte o más antiguo aún, con persianas que algún día fueron verdes y desconchones en numerosos puntos de la fachada. Había algo de provisional y definitivo en la apariencia de aquel edificio, y, a decir verdad, en todo el viejo barrio. El portón estaba abierto.

El apartamento estaba en la planta baja al final de un pasillo mal iluminado. Llamamos a la puerta con una aldaba, no había timbre.

Al cabo de unos segundos la puerta se abrió y conocimos a Marianne.

–*Vous devez être les italiens. Je suis Marianne* –dijo dándole la mano a mi padre, que respondió sonriendo y presentándose a su vez solo con el nombre de pila.

Marianne se volvió hacia mí y se quedó observándome unos segundos, como si no supiera cómo clasificarme. Al final optó por darme la mano a mí también.

Llevaba gafas con una montura negra muy masculina y gruesos cristales de miope que no atenuaban en absoluto el impacto de esa mirada irónica, de esos ojos oscuros, de esas cejas alargadas y peligrosas.

–*Je suis Antonio, je ne parle pas français* –balbuceé.

–*C'est dommage*, hay que hacer algo para remediarlo. ¿Hablas inglés?

Respondí que sí, algo de inglés sabía. Más o menos.

–Pues tienes que aprender también francés. De todos modos esta noche se habla italiano, así practico, y si cometo errores me corriges tú.

Mi padre le entregó las botellas, ella se lo agradeció diciendo que no hacía falta aunque el Châteauneuf era siempre bien recibido, y nos invitó a entrar porque no podíamos seguir conversando allí en la puerta.

–Esta noche celebramos la llegada de Adèle y Lucie de Toulouse. Son mis mejores amigas, aunque creo que ya las conocéis. En aquella parte tenéis comida, en la otra bebidas. Servíos y sentíos tan libres como en vuestra casa. Espero que os guste la cocina del Magreb.

Entramos directamente en un gran espacio abierto: más que el salón de un apartamento convencional parecía un garaje transformado. Olía a algo desconocido para mí, una especie de incienso dulce, y las paredes eran color verde agua; a la de la izquierda habían arrimado una mesa alargada y estrecha con dos candelabros y comida; a la de la derecha, una cajonera de madera natural con otro candelabro y bebidas. Sillas, un sofá sobre una alfombra frente a un televisor, grandes cojines por el suelo, una estantería llena de libros y objetos, un equipo de música colocado en el suelo y unas veinte personas que se movían por allí charlando unas con otras.

–Voy a dejar el vino en la mesa, nos vemos dentro de poco –dijo Marianne alejándose.

Estaba más que claro, pensé yo, que no tenía ninguna necesidad de practicar su italiano ni mucho menos de que la corrigiera.

–Vale –dijo mi padre–. Vamos a ver qué hay por ahí y a probar la comida magrebí.

–¿Tú las has probado alguna vez?

–Sí. Si es buena, está riquísima.

Nos separamos para inspeccionar el ambiente, cada uno por su cuenta.

Al fondo del salón había una especie de puerta ventana que daba a un patio lleno de grandes macetones con plantas; también había sillas donde algunos de los invitados comían, bebían y fumaban; cabe decir que albergaba un muestrario humano de lo más variado.

Había dos tipos con barba, camisetas sin mangas y músculos de porteadores –de hecho parecían porteadores, o descargadores del puerto– cogidos de la mano que se miraban con ternura; una chica rubia, delgadísima y pálida que sin embargo comía sin parar; un grupito de

chavales, blancos y negros, no mucho mayores que yo, reunidos en la parte más alejada del patio, y todo –sus gestos y el olor que emanaba– sugería que se estaban fumando un considerable porro.

Pero quien más me llamó la atención fue un hombre de unos sesenta años, con chaqueta y corbata, que se parecía muchísimo a Marty Feldman. Se parecía tanto que pensé que, en aquella situación, no sería extraño que fuese él. Estaba a punto de acercarme para presentarme y pedirle un autógrafo, felicitarlo y decirle que *El jovencito Frankenstein* era la película con la que más me he reído en toda mi vida, cuando me acordé de que Marty Feldman había muerto el año anterior; lo habían dicho en el telediario.

La cocina también daba al patio y tenía las paredes pintadas de un amarillo ocre, como en un cuadro de Van Gogh. Una mujer negra, de baja estatura y con una expresión decidida, por no decir definitivamente huraña, se afanaba con los fuegos.

Volví al salón y vi que sobre la puerta de entrada había un letrero. Me acerqué para poder leer lo que decía. Lo habían pintado en la pared con una bonita letra cursiva y cierto toque infantil; me gustaba el efecto de la grafía negra sobre el verde agua. Decía así: «*Le merveilleux nous enveloppe et nous abreuve comme l'atmosphère; mais nous ne le voyons pas*».

–Hola, Antonio, qué bien que hayáis venido. –Adèle se había materializado detrás de mí. Me besó y me abrazó como si fuésemos amigos de toda la vida que llevan tiempo sin verse. Olía a champú y a crema hidratante, parecía exaltada, descontrolada, como si se hubiera fumado algo y bebido alguna copa de más. Pensándolo bien todo parecía un poco descontrolado. Llegó también Lucie y también ella me abrazó y me besó, y debo reconocer que, a pesar de lo que me había dicho mi padre, al sentir su piel algo se agitó dentro de mí. Por un instante tuve la clara y vertiginosa sensación de la improbabilidad de la situación en la que nos hallábamos, como si fuera un sueño o pura ilusión.

–¿Entiendes lo que dice? –me preguntó Adèle.

–Más o menos. No todo. ¿Dice que todo lo que nos rodea es maravilloso y no nos damos cuenta?

–Exacto. Entonces no es verdad que no sabes francés. Ve a comer algo, tendrás hambre, está todo riquísimo. –Y desapareció junto a Lucie.

Hice lo que me dijo: cogí un plato, lo llené de todo lo que tenía a mano –cuscús, ensalada, buñuelos–, me serví una copa de vino y me acerqué a mi padre, que comía sentado en un sofá.

–Un situación poco usual, ¿no crees? –dijo con una chispa de alucinada alegría en los ojos.

–Digamos que hace dos días que todo es bastante inusual –respondí mientras me llenaba la boca de cuscús y pollo.

–Tienes razón. Tendremos muchas cosas que contar.

Al oír esa frase sentí una fulminante tristeza. Imaginarme contando todo lo que nos estaba sucediendo implicaba que ya hubiera acabado, y yo no quería que acabara, quería quedarme suspendido en el punto exacto en el que me hallaba, en esa línea divisoria entre el antes y el después.

Un gato atigrado salió de la nada y se acurrucó a nuestro lado sin ninguna timidez, como si fuéramos invitados habituales de la casa y supiera que no había nada que temer. Tras unos instantes se puso a ronronear; parecía un motor diésel de baja cilindrada.

–Es el gato de Cheshire –dije.

–¿De Cheshire?

–El gato de *Alicia en el País de las Maravillas*.

–No recordaba que se llamara así.

–Es el nombre que le han dado en la película de dibujos animados de Walt Disney.

–Ah, claro. Hola, Cheshire –dijo con el tono serio de los locos. Le propinó un golpecito amistoso en la cabeza y el gato cerró los ojos en muestra de agradecimiento; luego terminó su copa y encendió un cigarrillo.

Nos quedamos allí los tres, en el sofá, no sé cuánto tiempo.

De vez en cuando me levantaba e iba a por vino para los dos; de vez en cuando se levantaba él y hacía lo mismo. Sin exagerar, aunque sí con cierta regularidad, por decirlo de algún modo.

Todo era dulcemente alucinante. Las personas que nos rodeaban, las que venían a sentarse en el sofá –que era enorme– y después se levantaban, las que estaban fuera o las que se asomaban por otras habitaciones de la casa parecían sombras cordiales, entes amistosos, pero privados de consistencia corpórea.

Papá y yo conversábamos, aunque tenía la clara impresión de que a los dos nos costaba seguir el hilo de la conversación. En un momento dado divisé a Adèle y a Lucie, entre las sombras, dándose un beso en los labios.

–Tenías razón –dije. Pero él no había visto la escena y no sabía a qué me refería y yo tampoco se lo expliqué.

Empezó a llover y la gente del patio entró en la casa, pero el salón era grande y había sitio para todos. Trataba de ordenar las ideas de un modo coherente pero no lo conseguía. De vez en cuando me daba un mareo y todo giraba rápidamente en torno a mí como una ruleta. Después ralentizaba hasta pararse y justo entonces me parecía haber alcanzado un nuevo nivel de consciencia o inconsciencia, según se mire.

Sin darme cuenta me quedé observando uno de los candelabros: la cera se derretía y caía en forma de estalactita. Algunas alcanzaban los treinta centímetros y llegaban hasta la mesa. Había un misterio oculto en esas formas, me dije, pero no lo captaba. Todo era difícil de captar. En realidad me resultaba difícil incluso mantener los ojos abiertos y los dulces llegaron providencialmente cuando estaba a punto de quedarme dormido. Turrónes, roscos de almendra, una tarta de hojaldre finísimo y un dulce cortado a daditos que se parecía al membrillo que me daban de pequeño.

Estaba saboreando un turroncillo de almendras y sésamo cuando apareció Marianne y se sentó en la alfombra frente a nosotros, apoyándose con una mano en una de mis piernas. Fue un gesto muy casual y natural y aun así –según la percepción confusa y alterada que tenía en ese momento– deliberado.

–Mis amigas me han contado que eres matemático –le dijo a mi padre.

Él asintió sonriendo. Quizá quiso añadir algo pero tan despacio que no tuvo tiempo de hacerlo antes de que ella me preguntara.

–¿Y tú, Antonio, qué estudias?

Le dije que me quedaba un año para terminar el instituto y ella se mostró sorprendida. Pensaba que iba a la universidad, le parecía mayor. El comentario me chocó porque siempre estuve convencido de aparentar ser más pequeño. En ese momento se acercaron dos mujeres y dos hombres que se iban ya y querían despedirse de ella. Al incorporarse para darles un beso observé que en la parte interna del antebrazo tenía un tatuaje, una especie de animal mitológico con alas, creo que de águila, y cabeza de león.

Hoy en día tener un tatuaje es algo normalísimo, casi banal, pero entonces no lo era. Solo cierto tipo de personas los llevaban: los artistas, los locos, los hippies, algunos motociclistas y los expresidarios.

Quién sabe a qué se dedicaba Marianne. No parecía formar parte de ninguna de esas categorías.

Tal vez era una artista, tenía que preguntárselo ahora que volvía a sentarse con nosotros, después de despedir a los amigos que se iban. ¿Y Marty Feldman? ¿Dónde estaba? No lo había vuelto a ver por ninguna parte. ¿Se había ido sin despedirse?

Frases que mi cabeza elaboraba una tras otra, de modo muy elemental, como si estuviera hablando con un interlocutor poco inteligente. Lo hacía para dar un poco de coherencia y consistencia a esas ideas que me asaltaban por todas partes.

–¿Antonio? –La voz de mi padre sonaba lenta y lejana–. ¿Estás bien?

–Necesito enjuagarme la cara –dije haciendo un esfuerzo enorme, tanto para hablar como para levantarme.

Las paredes del baño estaban pintadas de azul. Me gustaba la idea de que cada habitación tuviera un color diferente, se me ocurrió que cuando tuviera mi propia casa haría lo mismo. Abrí el grifo del lavabo y me mojé la cara, pero no era suficiente, así que metí la cabeza directamente bajo la ducha.

Mientras me arreglaba el pelo, no sé por qué, se me ocurrió abrir el armario de las medicinas. Contenía lo habitual: aspirinas, colutorios, botes y cajitas de comprimidos, agua oxigenada, un par de pomadas y una caja de preservativos.

La visión de aquella caja me despejó mucho más que el agua fría. Cerré el armario, salí del baño y regresé al salón.

–¿Estás bien? –me preguntó papá.

–Sí, sí, todo bien.

–Tienes el pelo mojado.

–Estoy bien.

–La gente se está empezando a ir, ¿qué hacemos?

–Llueve, podríamos esperar un poco a que escampe.

Marianne volvió a sentarse con nosotros. Tenía una copa en la mano y un cigarrillo.

–El mejor momento de las fiestas en casa es cuando se va todo el mundo y se puede charlar tranquilamente.

–¿Cómo es que hablas tan bien italiano? –le pregunté.

–Estuve viviendo algún tiempo en Palermo y en Reggio Calabria.

–¿Y por qué allí? –se interesó mi padre.

–Soy antropóloga. Estudio las similitudes entre culturas tribales primitivas y comunidades criminales. Entre estas últimas, naturalmente, están las asociaciones mafiosas del sur de Italia: la Cosa Nostra siciliana y la 'Ndrangheta calabresa.

Mi padre dijo que era muy interesante y que si no estuviera tan cansado le habría hecho un montón de preguntas. Se le veía que le costaba mantener los ojos abiertos y conectar las ideas.

–No os he preguntado por qué estáis en Marsella –formuló ella con tono suave.

Mi padre hizo ademán de responder e, imagino, de empezar a contarle nuestras vacaciones en la Provenza o algo semejante.

Me anticipé y le expliqué, resumiendo pero sin omitir nada, el verdadero motivo por el que habíamos ido a Marsella y estábamos allí esa noche. No sé muy bien por qué lo hice, me salió de forma natural, aunque después me alegré de haberlo hecho. Me sentía bien, despierto y con la mente clara. Me sentía un hombre.

Papá no mostró indicio alguno de estupor por lo que había contado; es más, percibí una sensación de alivio, una distensión en su rostro.

–O sea, que esta es la segunda noche seguida que pasáis sin dormir.

–Sí.

–Y si esta noche no hubierais venido aquí, ¿qué habrías hecho?

–Habríamos dado vueltas por la ciudad, como ayer –respondí.

–Con esta lluvia habríamos tenido dificultades –intervino mi padre–. Gracias de verdad por la hospitalidad. Aunque ahora es mejor que nos vayamos. –Hablabo al ralenti.

–Os vais, ¿y qué hacéis si no podéis dormir? Aparte de que sigue lloviendo. Quedaos aquí. Preparo un café, descansáis un poco y cuando amanezca volvéis al hotel.

Mi padre intentó replicar, pero ella le dijo que se callara y que no se le ocurriera moverse del sofá. Lo dijo de forma adecuada, bromeando, pero seria.

–Voy a despedirme de alguna gente, vuelvo enseguida.

No puedo excluir la posibilidad de haberme quedado dormido unos minutos. Mi siguiente recuerdo somos Marianne y yo sentados en la alfombra, cerca del sofá. Mi padre no estaba y parecía que el resto de los invitados se hubieran ido. La escena, ahora, tiene la consistencia de los sueños.

–¿Qué significa? –pregunto señalando su tatuaje.

–Es lo contrario al grifo –responde ella.

–¿Cómo lo contrario?

–El grifo tiene el cuerpo de león y la cabeza de águila. En cambio este tiene cuerpo de águila y cabeza de león.

–¿Y por qué decidiste hacértelo así?

–No lo sé. Muchas veces hago cosas simplemente porque hacen que me sienta original. Es un comportamiento infantil, lo sé, pero no puedo evitarlo.

–El dibujo está muy bien.

–Me lo hizo uno que vive aquí al lado. Se pasó diez años en la cárcel, allí fue donde aprendió a tatuar.

–¿No te da miedo vivir sola en un barrio así?

–Para mí es el sitio más seguro de Marsella, son todos amigos míos. Puedo regresar sola a casa a cualquier hora sin ningún problema.

Miro alrededor.

–¿Quedamos solo nosotros?

–Sí.

En ese momento vuelve mi padre. Ha debido de ir al baño y, no sé muy bien por qué, pero confío en que no haya mirado dentro del armario de las medicinas. Se sienta de nuevo en el sofá, en su sitio de antes. El gato ya no anda por aquí, quién sabe dónde se habrá metido. Adèle y Lucie aparecen por una puerta que ni siquiera había visto. Las dos llevan puestas grandes camisetas que dejan ver buena parte de sus piernas desnudas; están listas para irse a dormir. Nos dan las buenas noches, nos besan, parece que den por hecho que nos quedaremos aún un buen rato por allí –quizá Marianne se lo ha contado todo–, luego desaparecen por la misma puerta.

–Vamos a hacernos un café –me dice Marianne. Nos levantamos y mi padre hace ademán de seguirnos–. Quédate ahí –le dice ella–. Descansa, duerme un poco.

–No puedo –dice papá, y ahora sí que parece totalmente exhausto.

–Claro que puedes, yo me ocupo de Antonio.

–¿Qué hora es?

–Casi las tres.

Papá reflexiona un par de segundos y decide que puede fiarse. Se queda donde está, es más, elige una postura más cómoda mientras nosotros nos vamos a la cocina.

–Tengo una moka, comprada en Italia. ¿O prefieres un café francés? –me dice Marianne.

–Prefiero el italiano, gracias.

–Claro, qué pregunta tan tonta. No entiendo cómo se me ha podido ocurrir.

Lo prepara y lo bebemos juntos, sentados a la mesa.

–Lamento que estés despierta por mi culpa –digo.

–Mañana no tengo nada que hacer, así que en cuanto os vayáis me acuesto.

–No entiendo por qué te preocupas por mí.

Ella reflexiona un momento.

–Supongo que por el mismo motivo del tatuaje, es decir, ningún motivo. O quizás porque tu situación es *balikwas* y me gusta la idea de formar parte de ella.

–¿Cómo has dicho?

–*Balikwas*. Es una palabra del tagalo, la principal lengua de Filipinas. Es difícil de traducir. Significa algo así como: saltar de repente a una nueva situación, cambiar el propio punto de vista, ver de una manera diferente cosas que creíamos conocer.

–Hasta hace dos días no conocía a mi padre –murmuro sin pensar en lo que estoy diciendo.

–Eso es *balikwas*.

Después empieza a contarme otras cosas, pero yo no consigo seguirla del todo; me esfuerzo, pero capto solo lo esencial, no todo. Me cuenta que ha estado casada, que tiene más del doble de mi edad –treinta y siete, para ser exactos– y luego, la conexión aquí se me escapa, que ella, yo, todos nosotros, somos entidades fragmentadas: una secuencia de emociones, inclinaciones, rasgos, deseos que tiran de nosotros en diferentes direcciones de modo contradictorio, y que hay que dilapidar la felicidad hasta la última gota cuando nos sorprende, porque es la única manera de no desperdiciarla.

Repito esa frase, evidentemente es importante y de hecho se me queda grabada:

–Hay que *dilapidar* la felicidad, es el único modo de no desperdiciarla. De todas formas luego desaparecerá igualmente.

Estando allí sentados en el mismo lado de la mesa de la cocina, uno junto al otro, tengo esa sensación rarísima de no entender nada y de, al mismo tiempo, entenderlo todo. Y creo que ese es exactamente el sentido de lo que ella está diciendo. Pienso que tiene una cara muy hermosa. Me gustan sus mejillas, un poco de niña pequeña. Y me gusta su labio superior, sería estupendo poderlo dibujar. Tiene alguna gotita de sudor sobre ese labio, y como no lo puedo dibujar, decido besarlo y lo hago, y pienso que ahora ella me va a dar un empujón, me va a llamar niño y me va a preguntar qué es lo que me he creído, y luego nos echará de casa a mí y a mi padre, ajeno a lo ocurrido.

Todo eso se me presenta como una secuencia ineludible contra la que no puedo rebelarme de ningún modo, y siento muchísimo que mi padre tenga que sufrir esa humillación por mi culpa.

Pero ella no me empuja y su boca es dulce del alcohol y el café, y amarga del tabaco. Nos besamos allí sentados, algo incómodos. El único ruido es el de la lluvia que cae, aunque menos que antes.

Se pone de pie, me coge de la mano y me lleva hasta su dormitorio. Las paredes son de color crema igual que la cama y huelo el perfume fresco de las sábanas recién lavadas.

–Nunca he hecho el amor con nadie –digo. Y creo que uno ha de ser correcto en estas situaciones, pero ella ni siquiera responde y me invita a sentarme en la cama. Creo que me pone un dedo sobre la boca para indicarme que debo guardar silencio. Aunque quizás he imaginado el gesto, pero el sentido es ese: que tengo que estar callado y no decir cosas estúpidas o inútiles. Y así es, uno debería evitar siempre decir cosas inútiles. O estúpidas.

Un momento después estoy tumbado en la cama. Ella se aleja y regresa con algo en la mano,

justo lo que yo había visto en el armarito del baño. Le susurro que no sé cómo se hace y ella me dice como quien da una orden –y esta vez lo dice de verdad– que debo estar callado.

Me lo pone muy despacio, con delicadeza y precisión, y yo pienso que nunca había visto un gesto tan preciso, delicado y amable. Amable es la palabra justa.

Eres muy amable, Marianne, querría decirle. Pero no acierto, por la grandeza de lo que está sucediendo. *Balikwas*. Tengo que recordarlo. Saltar sin previo aviso a otra situación.

Saltar.

Sin previo aviso.

Entonces ella se quita las gafas y la veo más joven y más frágil.

Se coloca encima de mí y cuando conseguimos estar uno en el otro, toma mis manos, se las pone en las caderas y me enseña.

–Despacio, despacio –susurra. Su acento francés se hace más fuerte y su respiración más jadeante; armonizada con el ritmo del agua que golpea una tubería de fuera. Me mira y yo la miro mientras se mueve, hasta que cierra los ojos y emite un gemido, luego otro más fuerte, como si ahora me estuviera dando permiso.

Y en ese preciso momento nos hallamos juntos en una rampa empinada por la que todo rueda, se precipita, adquiere velocidad y explota en una especie de montaña rusa de colores intensos.

Cuando regresamos al salón, Cheshire tenía todo el sofá para él.

Mi padre estaba fuera. Fumaba dándonos la espalda, mirando a un punto perdido por encima del muro que separaba el patio. Había dejado de llover, y todo –mesas, sillas, plantas, suelo– estaba cubierto de gotas en la semioscuridad. El final de la noche se percibía como un presagio. Después, como cada mañana, ya nada sería lo mismo.

Si papá notó nuestra presencia, no lo dio a entender. Le toqué el hombro y se volvió despacio, como el personaje de ciertas películas o de un sueño. De repente no sabía cómo llamarlo.

–Alguien había dicho algo de un café –dijo esbozando una sonrisa. Hacía como si nada, aunque no tenía pinta de estar haciendo como si nada. Tenía el pelo húmedo y medio peinado; la cara descansada.

–Voy a prepararlo. Esperadme aquí –respondió Marianne, sonriendo también con tal convicción que me produjo un escalofrío. Por un instante tuve la absurda sensación de que habían estado de acuerdo desde el principio. Desde antes de venir a Marsella. Mucho antes.

Papá tomó el café de pie en el patio. También nosotros –Marianne y yo– estábamos allí sin decir palabra, como si fuéramos parte de una ceremonia, de un determinado ritual de despedidas.

Después Marianne nos acompañó a la puerta. Habría querido pedirle el número de teléfono, decirle que quería –necesitaba– volver a verla, pero no encontré ni el modo ni el valor para hacerlo.

Abrazó fuerte a papá acercando sus mejillas a las suyas.

Luego se volvió hacia mí, dudó unos instantes, me acarició la cara y me dio un beso en los labios, rápido y ligero como el roce de una mariposa. Como algo que, después, no sabes si ocurrió realmente o solo te lo imaginaste.

Las calles del Panier estaban desiertas y brillantes de lluvia; parecían contener todas las promesas del futuro. Llegamos al Vieux Port cuando la luz del sol comenzaba a encender enormes nubes blancas.

La vuelta se nos hizo mucho más larga que la ida; llegamos al hotel casi arrastrando los pies, y el portero nos miró sin saber muy bien qué pensar.

Preparamos el equipaje moviéndonos con lentitud debido a un cansancio desbordante. Cualquier movimiento –coger un objeto, levantarse, agacharse para recoger un papel del suelo– suponía un esfuerzo infinito. Era como andar en la niebla vestidos con ropa empapada. Guardamos silencio, porque incluso hablar nos costaba.

Aún sentía en mí, tenue, el perfume de Marianne y quería conservarlo cuanto fuera posible. Así que, llegado el momento de la última ducha en aquel hotel, pedí a mi padre que lo hiciera primero. Estuvo a punto de replicarme –porque podía correr el riesgo de dormirme y todo eso–, pero debió de darse cuenta de que ya no era necesario. Nuestro viaje por esas dos noches había terminado.

El taxi nos dejó en la entrada principal del Centre Saint-Paul unos minutos antes de la hora que nos habían dicho. Papá sacó el paquete de tabaco, lo examinó y lo volvió a guardar en el bolsillo.

Tenía la expresión de quien está a punto de decirle adiós a algo.

–Antonio...

–Papá...

–Gracias. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan... *despierto*. A veces la palabra más obvia es también la más exacta. Tengo ganas de hacer un montón de cosas cuando regresemos. Hace años que pienso que soy demasiado viejo. Posiblemente no lo sea tanto, aunque lo haya entendido solo estos dos días.

Existen ocasiones en las que es mejor hablar y no dar nada por sentado. Pero también existen ocasiones en las que es mejor callarse porque hay algo impalpable y valiosísimo suspendido en el aire y tus palabras podrían dispersarlo en un instante.

Son dos conceptos simples. Lo difícil es saber cuándo aplicar una regla y cuándo otra.

Ese momento no era ocasión de decir nada. Debía dejar que hablara él, y lo entendí sin más. Dos noches sin dormir debilitan, ralentizan los reflejos y ofuscan la vista, pero también te regalan un sentido muy sutil y preciso para lo esencial.

–Y tú vas a estar bien, eso es lo más importante –dijo al final.

Después me dio una palmadita –casi una caricia– en la mejilla y entró en el hospital.

Estaba curado, dijo el doctor.

Luego repitió textualmente lo que había dicho dos días antes, que parecían diez años antes, que parecían toda una vida: podía olvidarme de los hospitales, de los electroencefalogramas, de los barbitúricos y sobre todo de los neurólogos. No sé si lo hizo aposta para demostrarnos que recordaba perfectamente lo que nos había dicho o si era una fórmula que recitaba siempre que anunciaba una curación.

Como en una montaña rusa de la conciencia, sentí, una tras otra, dos emociones opuestas.

Al principio me invadió la euforia.

Volví a ser un chico normal, sin ninguna discapacidad secreta e inconfesable, sin ninguna hipoteca de futuro, sin ninguna norma referente a lo que podía o no podía hacer. Sin la necesidad de repetirme a mí mismo que todo iba bien, aunque sabía perfectamente que no era así mientras tuviera que seguir dependiendo de las medicinas.

Luego la euforia se esfumó y dio paso al desaliento.

La pastilla y todo el ritual en torno a ella habían supuesto durante aquellos años una coartada perfecta para evitar cualquier tipo de responsabilidad y sentirme acreedor de la vida. Ahora, así sin más, la coartada había desaparecido: había sido borrada con un gesto y unas pocas frases pronunciadas con acento francés.

De repente me hallaba en mar abierto sin estar preparado.

¿Alguien lo está alguna vez?

Después dormimos.

Dormimos en el taxi que nos llevó al aeropuerto; dormimos en la sala de espera para el embarque una vez despachadas las formalidades y superados los controles; dormimos profundamente en el avión durante todo el trayecto y hasta pocos minutos antes del aterrizaje.

Papá me acompañó a casa en taxi. Volvíamos a estar despiertos y descansados, pero entre nosotros reinaba un silencio apabullante. Después de tanta intimidad imprevista nos hallábamos de nuevo en el sitio de siempre, donde la rutina, insidiosa, trataba ya de hacerse con el timón.

Dijo al taxista que lo esperara y bajó conmigo del coche, que se había detenido a unos metros del portón. Saqué mi maleta del maletero y me quedé allí parado, indeciso. Aunque sabía perfectamente lo que tenía que hacer.

Dejé la maleta en el suelo y abracé a mi padre; la última vez que lo había hecho tenía nueve años. Olía ligeramente a colonia y tabaco. El olor de un hombre del pasado.

Antes de entrar en el portal me di la vuelta y lo miré. Levantó el brazo; extrañamente no fumaba.

Claro que lo vi en otras ocasiones después de esa. Pero cuando lo recuerdo sin pensar en una situación concreta o cuando sueño con él, papá está siempre allí, junto a ese taxi, distraído, saludándome con la mano.

En el sueño nos quedamos así unos instantes –o unas horas– hasta que me despierto.

EPÍLOGO

Papá terminó su clase, salió del aula y le dijo al bedel que no se sentía bien y que quizá necesitaba un médico. El bedel le dijo que se sentara, le aflojó la corbata y, preocupado, fue a pedir ayuda. Cuando regresó para anunciarle la llegada de la ambulancia, ya no había nada que hacer.

Era abril, diez meses después.

Fue mi madre quien me entregó la carta junto a otras cosas que había encontrado en el escritorio de papá. Sus ojos brillaban y parecía perdida como nunca la había visto.

La caligrafía era limpia y legible, llena de trazos puntiagudos, aunque también de curvas suaves e imprevistas. Una letra bonita, clara y recta a pesar del folio blanco, sin rayas. Una sola página, liviana y casi alegre. No estaba doblada ni metida en un sobre: no la había escrito para enviarla.

Se sentía feliz, decía papá, por la ocasión imprevista e inesperada que nos había concedido Marsella; de lo que nos habíamos dicho y de todo lo que había quedado en suspenso, como una razón para seguir hablando. Y él lo habría hecho, sin ninguna prisa, llegado el momento oportuno.

Era lo mismo que había pensado yo durante los días y meses que siguieron a nuestro viaje. Que íbamos a seguir hablando, que teníamos todo el tiempo.

La carta terminaba con una frase de John von Neumann, un gran matemático: «Si la gente cree que las matemáticas no son sencillas, es solo porque no se da cuenta de lo complicada que es la vida.»

La tengo colgada en una de las paredes de mi despacho, en la universidad.

Quizás sea eso todo lo que hay que saber.

1. Expresión coloquial que significa «ponerse de parte del adversario». (*N. de la T.*)

Título de la edición original:
Le tre del mattino

Edición en formato digital: abril de 2020

© imagen de cubierta, Francesco Carofiglio. Diseño de Riccardo Falcinelli. Adaptación de la cubierta original de Einaudi

© de la traducción, Carmen García-Beamud, 2020

© Giulio Einaudi editore s.p.a. , 2017

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2020
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4149-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

cover